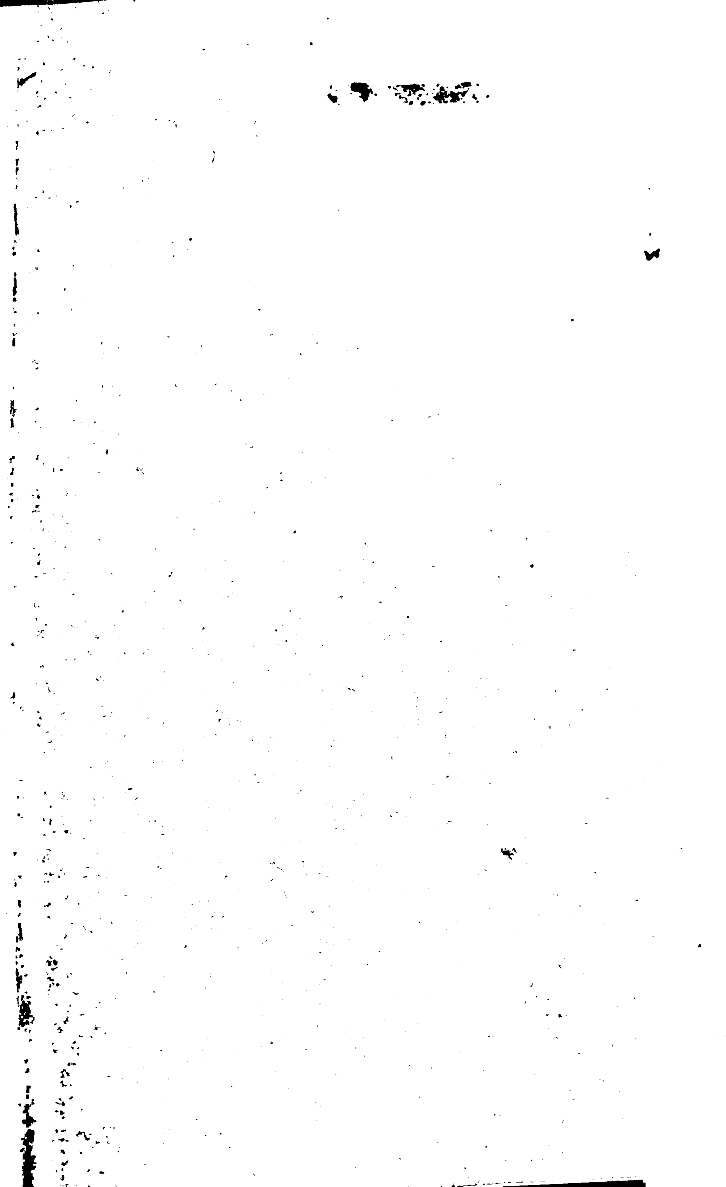

Obsequio de
El Autor


SEAL OF THE UNIVERSITY OF TEXAS
DISCIPLINA
CIVITATIS



COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

LÍRICOS

CX

EX-LIBRIS.

V. Agüeros

Obsequio de

El Autor

OCIOS POÉTICOS

DE

IPANDRO ACAICO

(D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGÓN)

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares	en papel de hilo, del...................	1 al 50.
10 »	en papel China, del...................	I al X.


+ I. Obpo. de S. L. Potosí



[illegible]S POÉTICAS

DE

[illegible]ANDRO ACAICO

[illegible] IGNACIO MONTES DE OCA

Y OBREGÓN

(Obispo de San Luis Potosí.)



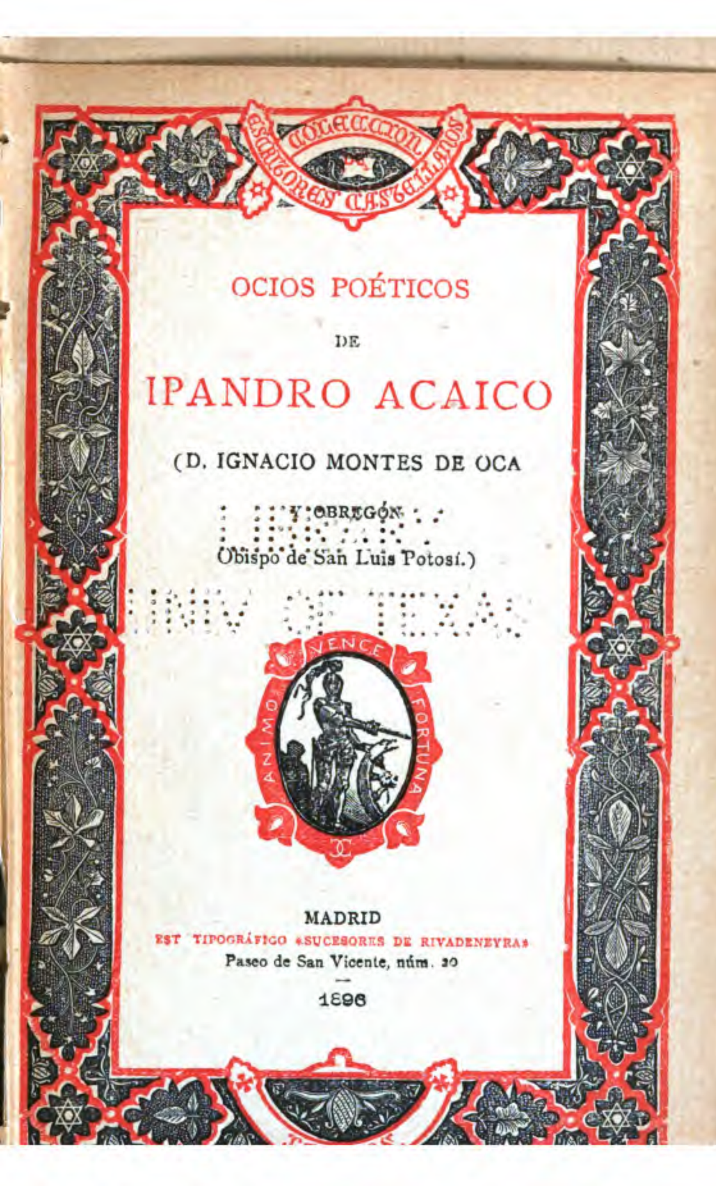
MADRID

[illegible]

Paseo de San Vicente, núm. [illegible]

[illegible]


+ I. Obpo. de S. L. Potosí



OCIOS POÉTICOS

DE

IPANDRO ACAICO

(D. IGNACIO MONTES DE OCA

Y OBREGÓN

Obispo de San Luis Potosí.)

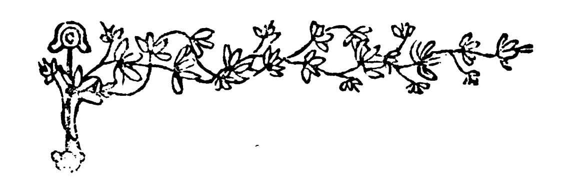
MADRID
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Paseo de San Vicente, núm. 20

1896

'Αείδων ἐνόμευε.

Cantando apacentaba su rebaño.

Mosco, Idil. III.



PRÓLOGO.

El año de 1877 se publicó en Méjico mi traducción métrica de los *Bucólicos griegos*. Poco se leen allí cierta clase de libros; y el mío, que reimpreso más tarde en España tuvo tan buen éxito, apenas circuló en América entre los literatos á quienes lo regalé. Desanimado con la poca fortuna de mi primer ensayo, al dar á luz el año siguiente mis *Ocios Poéticos*, hice una tirada de pocos ejemplares, destinados más bien á mis amigos que al público en general. También esta vez, aunque de diversa manera, el resultado fué contrario á lo que esperaba. Con grata sorpresa vi que en pocos días se agotó la edición; y durante los diez y siete años que han transcurrido no han cesado de hacerse pedidos, que ni mis editores ni yo hemos podido satisfacer. Entretanto, en periódicos, en folletines, en antologías, se han reproducido muchas de mis poesías, no siempre

con exactitud, y pocas veces con aquel acierto en la elección que hubiera convenido á mis circunstancias y carácter.

La crítica, que, como he dicho en otras ocasiones, *no temo, porque no aspiro á adquirir gloria*, me fué al principio tan favorable, que me hizo temer una reacción, como más tarde se verificó. No sólo recibí grandes elogios en España y en Méjico de aquellos escritores que pertenecen á mi propia escuela religiosa, política ó literaria, sino que me encomiaron altamente poetas que, como los mejicanos Guillermo Prieto y Gutiérrez Nájera, están dominados de tal manera por el fanatismo revolucionario, que no pueden sufrir que en la Iglesia católica florezcan las letras ni las ciencias.

A la tempestad de alabanzas, que duró algunos años, sucedió una tormenta de vituperios. Los autores que acabo de nombrar, retractando sus primeros juicios, encontraron malo cuanto al principio habían declarado bueno; y los siguieron en su ingrata tarea multitud de *zoilos* de diversas escuelas, que añadieron á la censura de los versos la injuria personal.

En tales circunstancias, se hacía indispensable una segunda edición. Formará el público de mis coplas el concepto que le plazca; pero basará su juicio, no en apasionadas censuras,

ni en fragmentos incorrectos ó desfigurados, sino en mis producciones originales. Satisfaré los deseos de los fieles amigos y admiradores de mi pobre musa; y á la Academia Española, á quien dediqué la primera edición, probaré una vez más que no ceso de esforzarme por corresponder al alto honor que me hizo admitiéndome entre sus miembros.

La presente colección va considerablemente aumentada, aunque no tanto como hubiera deseado. A las nuevas poesías puedo aplicar lo que de las anteriores decía en el prólogo de la primera edición: *Todas, salvo una que otra, fueron dictadas por exigencias del momento.* También debo repetir *que ocupado desde niño en estudios serios y en el extranjero, encerrado muy joven en austero seminario, ordenado sacerdote á los veintidós años*, consagrado Obispo á los treinta, *ni tiempo tuve ni inclinación para componer versos de un género ligero; y si faltan, es porque nunca salieron de mi pluma.*

La mayor parte de las poesías llevan las fechas en que fueron escritas. Publiqué el *Fiesco* á los diez y nueve años; de los sonetos, diez fueron trazados antes de los veinte, y el resto después de los treinta y cinco. El lema *cantando apacentaba su rebaño* figura, como antes, en la primera página, si bien se refiere á tiempos pasados, pues ahora ya no canto al apacentar mi crecida grey. No me faltan ocios,

como no faltan á ningún hombre, sea cual fuere su categoría; pero ni son tantos como cuando mi rebaño era poco numeroso y se hallaba desparramado en un territorio vastísimo, ni han dejado de proporcionárseme diversos modos de llenarlos, ni hay humor á los cincuenta y cinco años para pulsar la zampoña ó la lira. Sigo, no obstante, llamando á mis coplas OCIOS POÉTICOS, *porque han sido, en realidad, fruto de aquellos ratos de ocio que no es posible llenar de otra manera.* Agradezco en el alma al egregio editor de la *Colección de Escritores Castellanos* la honra que me dispensa dándoles cabida en su clásica publicación, y confío en que, bajo sus auspicios, correrá mejor suerte mi humilde libro.

Madrid, Septiembre de 1895.



LIBRO PRIMERO.

ODAS, HIMNOS Y CANCIONES.



Á D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

ENVIÁNDOLE, EN CAMBIO DE SUS POESÍAS LÍRICAS,
LAS OBRAS POÉTICAS,
ORATORIAS Y PASTORALES DEL AUTOR.

¡Hijo querido de la griega Musa,
Gloria naciente del hispano suelo!
Agradecido te saluda Ipandro,
Ínclito vate.

¿Cómo pagarte la preciosa lira
Que me regalas, de tu amor en prenda?
Aunque me pides mi zampoña en cambio,
Dártela temo.

¿Pueden mis cañas á las cuerdas de oro
Parangonarse, y al ebúrneo plectro
Con que los himnos de Catulo y Safo
Blando repites?

Pero lo quieres, y negar no puedo
Pago tan fácil, cuando Horacio mismo

No desdeñara contestar tu bella
Carta sublime.

Crucen los mares, y á tu mano lleguen
Los sicilianos pastoriles ritmos
Que á nuestra lengua, del nativo idioma
Dórico, vierto.

Vayan con ellos á obsequiarte alegres
Las cantinelas de mi propio numen,
De tiernos años ó forzados ocios
Métrico fruto.

En la portada de mi humilde libro
La fiel imagen herirá tu vista
Del zagalejo, que su grey dispersa
Pace cantando.

No te deslumbre su vistoso traje
Ni los topacios que en su pecho brillan,
Ni te imagines que en dorado alcázar
Plácido mora.

En el desierto y en la ardiente playa,
Sobre los riscos de escarpada sierra
Y entre los bosques, á las caras Musas
Nómade invoca.

Del Evangelio la doctrina santa
Bajo las selvas sin cesar predica,
Y á su rebaño letras paternales
Tierno dirige.

Letras que unidas á mandar se atreve:
Con los que pides castellanos versos:
Pasa por ellas, estudioso joven,
Pasa los ojos.

¿Cuándo podremos al cantor de Téos
Cubrir entrambos con moderna veste?
¿Cuándo á mi lira prestará su numen
Píndaro sacro?

Tú, que de Febo los favores gozas;
Tú, á quien Atena plácida acaricia,
Sigue las glorias del nevado Olimpo,
Dulce cantando.

Á la española juventud tu ejemplo
Á amar enseñe la elegancia griega;
Por ti reviva la sublime y pura
Clásica forma.

No te amedrente de Neptuno y Palas
En tus cantares invocar los nombres;
Cubra tan sólo sus efigies bellas
Púdico manto.

Besa el romano, convertida en Pedro,
La que era estatua del tonante Jove,
Y al que aún llama templo de Minerva
Férvido acude.

Á los hebreos dió la Providencia
Sus santas leyes; el poder á Roma,

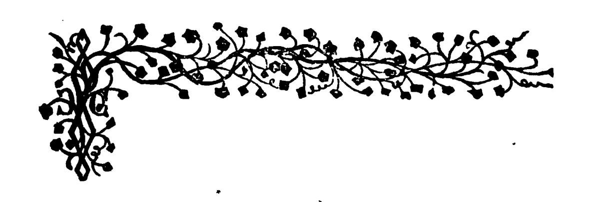
Y de las letras el primado excelso
Hélade tuvo.

Del monte Sina los preceptos guarda,
Al Vaticano la cerviz doblega;
Leyes tu musa sólo del Parnaso
Dócil acepte.

Del frío Norte las inmundas hojas
Arroje al fuego la piadosa España;
A Víctor Hugo nunca sus barreras
Abra Pirene.

¡Renacimiento! clama de Cantabria
Allá en los montes, inspirado vate.
¡Renacimiento! clame en las aztecas
Playas, Ipandro.

1878.



AL MISMO,

CON MOTIVO DE SU RECEPCIÓN EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Iza tus lonas, voladora nave
De mi Musa gentil, y á las columnas
Que levantara Alcides, y del mundo
Juzgó confín la antigüedad sencilla,
Dirige osada tu veloce prora.
¡Oh! ¡Quién pudiera en tu ligero casco
El Ponto atravesar! ¡Quién las riberas
Del perfumado Betis y del Tormes
Contemplar otra vez, y de rodillas
Pedir inspiración á las sagradas
Ninfas del Manzanares, que su veste
De escasos, pero fúlgidos cristales,
Hoy ostenta soberbio, señalando
De Europa á las atónitas naciones
El prodigio, no visto en luengos siglos,
Que sus pobladas márgenes ilustra,
Y que ni al sacro Tíber, ni al Danubio,
Ni al Erídano docto, ni del Sena

Al ojo altivo, sin voraz envidia
Es dado contemplar. Entre sus brazos
Amoroso recibe á insigne joven
El augusto Senado cuyas leyes
A dos mundos aún, con grato yugo,
Dulcemente encadenan. De Felipe
Ó de Carlos el sol, á un hemisferio
Pudo ocultar su lumbre; mas la sabia
Pléyade que luciente *purifica*,
Y fija, y da esplendor, á la que hablaron
Cervantes y Alarcón sublime lengua,
Ocaso no tendrá.
¡Salve, divina
Morada de las Gracias, nuevo Olimpo
Do coronado de laurel y rosas
Penetra vencedor, asido al brazo
De Hebe, deidad de juventud perenne,
El apuesto garzón que fieros monstruos,
Cual Hércules, ahogó desde la cuna,
Y con las frescas flores del ingenio
Primaveral, ostenta ya los frutos
Que sólo de la vida en el otoño
Solemos recoger, luz de Cantabria,
Gloria de España, admiración de Europa
Y querida mitad del alma mía!
¡Cuánto saber, qué ciencia, cuán profunda
Erudición alberga aquel recinto,
Sólo al mérito abierto! do á ninguno
Es dado penetrar, si de la Fama
No lo anuncia la trompa, y si no lleva

En sus espaldas ponderoso fardo
De volúmenes doctos, y sus dedos
La bien cortada péñola no oprimen,
A empaparse en la tinta siempre lista.
Donde el más joven, de luciente plata
Muestra ornada su sien, mientras á todos
Ciñen mil lauros la rugosa frente.

Cubierto aún con el sagrado polvo
De las queridas aulas, sube al templo
De la inmortalidad doncel gallardo,
Cuya tierna mejilla apenas orna
El primer bozo; pero ya la lira
Sabe pulsar, como en Olimpia ó Delfos
Píndaro excelso; de Catulo y Safo
Y de Erina y de Mosco la dulzura,
Gusta por él, aun de la indocta plebe
El tosco paladar; del grande Homero
A la sublime altura se remonta,
Merced á sus lecciones, de escolares
Ardiente multitud; presto el coturno
Del viejo Esquilo la española escena
Admirará festiva, y aun las sales
De Aristófanes mismo el más austero
Saborear podrá, gracias al tacto
Con que de Cristo adapta la doctrina
A la pagana forma deleitosa
El hijo de la Iglesia y de las Musas.

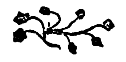
¡Oh de París, y de la docta Roma,
Y de Florencia, y de la reina altiva
Del Adria, polvorosas bibliotecas!

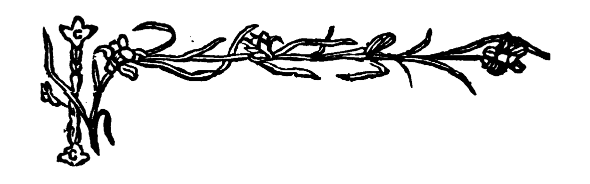
¡Archivos de Sevilla y de Simancas,
De Londres y Madrid! En breves horas
Visteis al niño que á infantiles juegos
Llamado parecía, los tesoros
Que largos siglos á la aguda vista
De sabios mil celosos ocultaran,
Descubrir, nuevo Lince, entre las hojas
De sucios pergaminos; y diamantes
Espléndidos sacar de entre las telas
Que, no turbada, trabajó la araña
En vuestros muros; joyas que relucen
De seductor lenguaje, en el brillante
Oro engastadas. ¡Luminosa *Historia*
De los heterodoxos que en España,
Contados y sin séquito, la enseña
Del error tremolaron! Cada línea
De tus doradas páginas, sin velo
Nos muestra á la Verdad, en su terrible
Pero celeste desnudez, que á tantos
Pavor infunde. La atrevida diestra
Del juvenil autor, á respetarla
Fuerza á la par al torpe Fanatismo
Y á la Impiedad procaz, á la Ignorancia
Y á la servil Adulación. La hoguera
Que al infeliz Servet hizo Calvino
Encender en Ginebra, á nuestros ojos
Señala con horror, mientras al cielo
Vemos subir, con apacible calma,
Las que en Valladolid acrisolaron
La católica Fe, llamas divinas.

Del desgraciado, pero no inocente,
Toledano Pastor, la sacra tumba
(Con hipócritas lágrimas regada)
No teme profanar, de sus errores
Mostrando la cadena, que el augusto
Salvador tribunal rompió celoso.
¡Bien haces, docto joven! que la Historia
No reconoce fueros; su sagrada
Misión es proclamar á los mortales,
Sin temor, la verdad, aunque se turbe
La paz de los sepulcros. ¡Anatema
A quien de miedo vil, ó de mentida
Piedad llevado, á Mesalina teje
Coronas de azahares, y cordero
Llama á Nerón, ó á Elisabeta virgen!
¡Ah! Con razón los ínclitos custodios
Del español lenguaje se prendaron
De tu precoz ingenio, y tus afanes
Por defender de nuestra madre patria
La no extinguida ciencia, y de sus letras
Acrecer el fulgor, hoy galardonan
Las codiciadas puertas del santuario
Do las divinas llamas alimentan
De la sagrada trípode, amorosos
De par en par abriéndote. De gala
España se reviste al ver el cuello
De su hijo predilecto circundado
Del precioso collar. En las montañas
De la paterna Santander resuena
Aplauso atronador. Ruge de gozo

El Cantábrico mar, y al Nuevo Mundo
La noticia feliz en un momento
Raudo transmite. En los lejanos Andes
Eco repite, desde el Bravo al Plata,
El fausto anuncio, y las radiantes frentes
A un tiempo levantando la Argentina
Matrona, y Venezuela, y las deidades
De Chile y del Perú, la alma Colombia
Y Méjico divina, y cuantas fueron
Hijas de Iberia, en cánticos prorrumpen
De celeste dulzor, y las gentiles
Diestras uniendo: «Tus hermanas somos
(Claman en coro), Cántabro lucero;
Es nuestro tu fulgor, que por la lengua
Somos aún, seremos siempre Españas.»
¡Oh Musa, alza tu vuelo! Y con las manos
Libres (como á él le place) de la dura
Cadena de la rima, dulce estrecha
Del apuesto doncel la diestra amada.
El es, oh Musa, tu mejor amigo
Y fiel admirador de tus sencillas
Ultramarinas galas; bien merece
De gratitud y amor tributo eterno.

1881.





EN LA CANONIZACIÓN

DE LOS

MARTIRES JAPONESES.

Filiæ Jerusalem, venite et videte Martyres cum coronis, quibus coronavit eos Dominus.

«¡Venid y ved mil mártires gloriosos
Ornados de las fúlgidas coronas
Con que ciñó Jehová su augusta frente!
¡Venid y ved! Pastores que animosos
Los rebaños pacéis, que el sol ardiente
Del Ecuador abrasa, y los que cerca
Perpetua nieve en las heladas zonas.
¡Venid y ved! los que del Pó y el Arno
Bebéis las dulces aguas, ó en el Sena
Apagáis vuestra sed; los que en Bretaña
La fe gloriosa de ínclitos mayores
Fervientes encendéis; los que en España
No indignos sucesores
Os mostráis de Ildefonsos y Leandros;
Los que habitáis las plácidas comarcas

Que baña el Rhin, y el Neva, y el Danubio,
Y las vastas regiones que fecunda
El caudaloso Nilo, ó el Vesubio
De roja lava destructor inunda.
Venid todos, venid, del Orbe entero
Pontífices augustos,
De la Esposa sin mancha del Cordero
A presenciar las inefables glorias:
Venid, y de los Mártires de Cristo
Cantad en torno mío las victorias.»

Desde lo alto del monte Vaticano
Así intrépido clama
Con voz sonora majestoso Anciano.
Alígera la Fama
Del Sucesor de Pedro el sacro acento
Por doquiera difunde en un momento.
Por apagarlo en vano
Se esfuerza la Impiedad: al Capitolio
Sus huestes dirigir en vano intenta
Y derribar sangrienta
Del Nono Pío el venerando solio.

¡Miradla! Al pie de los nevados Alpes
Su inmensa forma al Universo ostenta,
Gigante meretriz: sus vestiduras
Tintas están en inocente sangre,
Y robada coraza
Cubre empañada su abultado seno:
Ajeno escudo embraza,

Y orna su frente, de metal ajeno,
Mal forjada diadema. Centellantes
Sus torvos ojos furibunda fija
En la Eterna Ciudad; y fascinada,
La maldice con labios espumantes
Y la amenaza con su rota espada.

¡Insano maldecir! Del mar Tirreno
Ya las azules ondas desparecen
Bajo millares de extranjeras naves,
Que plácidas se mecen
Llevadas por los céfiros süaves.
Allí del Nuevo Mundo; allí de Europa;
Allí de Libia y del lejano Oriente
De Pontífices viene augusta tropa;
Y mil y mil Levitas
É inmensa turba de piadosa gente
En torno suyo á Roma se dirigen.
Mil cánticos sagrados
Al trueno se unen del cañón festivo
Que anuncia de los ínclitos varones
El anhelado arribo.
Todos con palpitantes corazones
Cercan postrados al Pastor Supremo;
Y con el rostro en lágrimas bañado,
Atestiguan al mundo
Su intensa devoción y amor profundo
Al Padre de los padres venerado.

Raya, por fin, la suspirada aurora;

Y de la excelsa cumbre
Del Vaticano monte, el infalible
Vicario de Jesús, de la alma lumbre
Del Creador Espíritu animado,
Muestra al orbe la espléndida aureola
Que á la ínclita falange en torno brilla
De mártires sin fin, que merecieron
En el Japón lavar su blanca estola
Con sangre del Cordero sin mancilla.
Del Pontífice-rey la voz sagrada
En las excelsas bóvedas retumba
De la inmensa Basílica; palpitan
Los pechos de la turba al escucharla:
Truena el cañón, y manos mil agitan
Alborozadas los alegres bronces,
Y las vencidas Puertas del Infierno
Rechinan con fragor sobre sus gonces.

La Madre Iglesia en tanto
Enjuga el que la baña, amargo llanto,
Y á la margen del Tíber se presenta,
¡Matrona celestial! Fúnebre velo
No oculta ya su faz. Soberbia veste
De mil colores matizada ostenta;
De púrpura y brocado
Vistoso manto cuelga de sus hombros,
De perlas y diamantes salpicado;
Y en vez de las espinas
Con que sus blandas sienes circundara,
Pontifical tïara

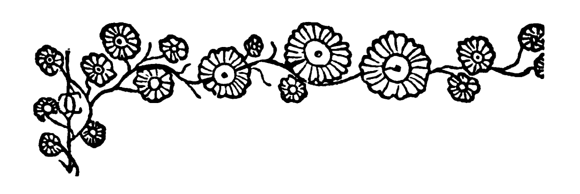
Y tríplice diadema orna su frente:
Rayos despide de celeste lumbre
Su rostro refulgente;
Y la sonrisa angélica que brilla
En sus rosados labios, la esperanza
Que la anima revela, y nos augura
Dorado porvenir de bienandanza.

Entrambos ojos al sereno cielo
Eleva suplicante; y penetrando
El azulado velo,
De Jehová postrados ante el trono
Los Japoneses mártires divisa
Cercados de esplendor. Férvidas preces
Por la de Pedro combatida nave
Alzan á Dios; y humildes presentando
Sus llagas y su cruz, por ti mil veces
Oran tus hijos, ¡oh del gran Loyola
Ínclita Compañía! y los que vieron
La luz en tu regazo, ¡oh española
Gloriosa tierra, en mártires fecunda!
Por ti sus votos al Señor dirigen.
Del mejicano suelo el Protomártir
Resplandece entre todos. ¡Cuál conjuran
Sus ardientes plegarias los que afligen
Á Méjico infeliz males infandos!
¡Cuál sobre sus Pontífices errantes
Invoca del Señor las bendiciones,
Generoso patrono! ¡Ah! Las constantes
Súplicas de sus fieles campeones

Dios no desechará: su augusto cetro
Benigno tiende, y plácida mirada
Lanza sobre su intrépido Vicario.
Lo ve la Madre Iglesia; y ya segura
De la victoria, fulminante espada
Guerrera empuña: fúlgida armadura
Viste sobre su túnica; y al viento
Tremolando, entre vítores sin cuento,
La enseña de las Llaves celestiales,
Sus legiones convoca sacrosantas,
Hasta hacer de las huestes infernales
El escabel humilde de sus plantas.

1862.





EN LA CONSAGRACIÓN EPISCOPAL

DEL EXCMO. SEÑOR
NUNCIO APOSTÓLICO EN BÉLGICA

MONSEÑOR MIECISLAO LEDOCHOWSKI,

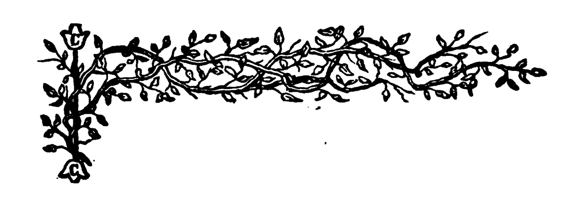
Antiguo Delegado de la Santa Sede en Nueva Granada, después Arzobispo de Gnesen y Posen, y actualmente Cardenal Prefecto de la Congregación de Propaganda Fide.

Permite que también mi humilde mano
Una sencilla flor tímida añada
A la corona con que ornó tu frente
Un tiempo la católica Granada.
¡Gloria y honor de la polaca gente!
Aunque tu noble rostro
Jamás miré, ni de tu voz sonora
El eco nunca resonó en mi oído,
La Fama voladora
Tus claros hechos al rincón obscuro
En que yazgo ha traído.
Mil veces pronunció tu ilustre nombre
La juventud brillante, que á tu puro
Celo y santo fervor debe la dicha
De hollar de Roma el venerando polvo.

Mil veces tus loores
Escuché entusiasmado de su labio,
Y te admiré sin conocerte, oh sabio
Legado del Pastor de los Pastores.
Y ardiente en mi alma se encendió el deseo
De contemplar tu faz; y al fin cumplido
Este día faustísimo lo veo.
De episcopal ropaje revestido
A mi afanosa vista te presentas:
Sobre tu pecho ostentas
La cruz que tanto tu virtud merece;
Y el Pastoral anillo
En tu dedo fulgente resplandece.
Al mirarte, doquier vivas sin cuento
Y aplausos mil y mil llenan el viento;
Y de Polonia el pueblo, y el Romano,
Y de América el hijo,
Llenos de regocijo
Te proclaman Pontífice Tebano.
Sólo en medio del público alborozo
De cuando en cuando los oídos hiere
Prolongado sollozo.
Es la joven Granada. Entre cadenas
Yace allende los mares, recostada
Sobre las duras peñas de los Andes.
La túnica preciosa en que las plumas
Primitivas trocara, desgarrada,
Sus heridas hondísimas descubre.
Baña copioso llanto
Su dolorida faz, que ni procura

La infeliz enjugar: en su amargura
Vuelve al inmenso mar los tristes ojos,
Y con acento lánguido te llama,
¡Oh Tebano Pastor! y *Padre*, clama:
Padre, repite; y sin hallar consuelo
La cansada cabeza
Deja caer sobre el mojado suelo.
 ¡Desventurada! Sus amargos ayes
No te es dado escuchar. Á otras regiones
Te aprestas á llevar las bendiciones
De que amoroso la colmaste un día.
Ya la piadosa Bélgica sus brazos
Te abre llena de amor; ya de tu nave
Las extendidas lonas
Hinche apacible céfiro süave:
Ya de Cristo el santísimo Vicario
El ósculo de paz en tu alba frente
Imprime, y en tu diestra dulcemente
El ramo pone de sagrada oliva
Que has de llevar al Belga hospitalario.
 ¡Vé; vuela do te llama
Tu sublime misión! Veloz la Fama
Con sus trompas sin cuento te preceda;
Te acompañe la Paz, y la Fortuna
Haga parar su no cansada rueda.
De aureola brillante
Tu majestosa sien la Gloria ciña;
Y cuando á Roma tornes trïunfante,
Tu sacra veste en púrpura se tiña.

1861.



EL MAR.

¡El mar, el mar! ¡Con qué placer respiro
Del fresco mar la perfumada brisa!
Juega en mis labios plácida sonrisa
Cuando sus olas levantarse miro.
¡El mar, el mar! ¡Cuán dulce á mis oídos
Ese bramido furibundo suena!
¡De cuánto gozo mi ánimo se llena
Al escuchar del viento los silbidos!
¡Cómo del agua la color obscura
Herida por el sol, bella se esmalta!
¡Con qué primor sobre su azul resalta
De la flotante espuma la blancura!
¡Cómo las ondas pavorosas ruedan,
Y unas tras otras á estrellarse locas
Con estrépito vienen en las rocas;
Luego tranquilas cual espejo quedan!
¡Cómo las barcas frágiles se mecen
Llevadas por el húmedo elemento!

Hincha sus lonas favorable viento
Y allá en el horizonte desparecen.
Otras naves con mástiles desnudos,
De humo arrojando nube voladora,
Vuelven al Aquilón su fuerte prora
Y osadas vencen sus empujes rudos.
De mil y mil cañones erizada
Á lo lejos se eleva pintoresca
Del castillo la forma gigantesca
Con su alta torre por el sol dorada.
Siglos y siglos el peñasco fuerte
En que su mole inmensa se reposa
Desafió la tormenta que horrorosa
Esparce en torno pródiga la muerte.
¡Ay! yo también á desafiar en breve
El tempestoso mar voy arrogante;
Mas ¿qué es mi barca á su furor delante?
¿Quién con las ondas á luchar se atreve?
Tan sólo tú, Señor, que en Tiberíades
Aplacaste las olas y los vientos,
Puedes domar los fuertes elementos
Y sosegar las bravas tempestades.
Escucha tú mi súplica ferviente;
Ve mi esperanza firme y mi fe viva:
Manda que el mar tranquilo me reciba
Y me lleven sus olas blandamente.
¡Estrella del Océano, que guías
En la borrasca al infeliz marino!
Resplandeciente alúmbrame el camino:
De las borrascas sálvame bravías.

Haz que en el Vaticano Santüario
Presto te eleve mi oración ardiente,
Y que se postre mi devota frente
De Cristo ante el Santísimo Vicario.

1859.





AL RÓDANO.

¡Oh Ródano afamado,
Oh caudaloso río,
Más rápido que el viento
Y el huracán temido!
¡Con qué placer tus aguas
Embelesado miro
Regar mil y mil campos
De vides y de olivos!
De fértilés colinas
Ya bañas fugitivo
El pie, que llena Agosto
De pesados racimos,
Ó ya la orilla lames
De llanos infinitos
Do brota el rico grano
Del Indostán traído.
Tal vez en tu ribera,
De algún feudal castillo
Descúbrese entre musgos
El torreón sombrío;

Ó tal vez, en dos brazos
Tu cauce dividido,
Algún ameno islote
Se mira de improviso.
¡Cuán bellos son tus campos
En el Abril florido!
Tus márgenes feraces
¡Cuánto en otoño admiro!
El zagal abrasado,
¡Con cuánto regocijo
No salta entre tus ondas
En el ardiente estío;
Ó de la luna triste
Bajo el rayo tranquilo
Sobre ellas se desliza
En frágil botecillo!
Pero también ahora,
Oh Ródano divino,
También eres hermoso
En el invierno impío.
Ya ardiente las entibie
Del sol el fuego vivo,
Ó ya sobre ellas floten
Hielos endurecidos;
Ya guarden en su curso
Los límites prescritos,
Ó inunden los feraces
Campos circunvecinos,
Tus ondas siempre ofrecen
El plácido atractivo

Que pródiga Natura
Te dió desde el principio:
  Y al paso que deleitan
Con su correr continuo
Los ojos del viajero
Que admírate embebido,
  Excitan en el alma
Recuerdos los más vivos
De edades muy remotas,
De tiempos muy antiguos;
  Allá cuando sentiste
Peso desconocido
Y cubrieron tus aguas
Mil áticos navíos;
  Y viste en un momento
En tu margen florido
Alzarse mil ciudades
Y teatros y circos.
  De Rómulo llegaron
Después los bravos hijos,
Y en tu orilla erigieron
Muros y templos ricos.
  Cuando la vista absorto
En tu corriente fijo,
De Aníbal la bravura
Me pasma; y me imagino
  Que veo al renombrado
Cartaginés invicto
Cruzarte con su inmenso
Ejército aguerrido.

Sus púnicos infantes
Paréceme que miro;
Sus bárbaros jinetes,
Sus elefantes indios.
¡Ay! ¡Quién escenas tantas
Como tú hubiera visto!
¡Quién, los hechos gloriosos
De que has sido testigo!
De férvidos cristianos
Los hórridos martirios,
Y de ínclitas ciudades
Los inmortales sitios;
De ejércitos valientes
Combates infinitos
De que sólo la fama
Llegó á nuestros oídos,
Todo lo presenciaste,
Afortunado río:
Felicidad tamaña
¡Cuánto, cuánto te envidio!
De cadáveres nobles
También te viste henchido,
Que arrojara á tus ondas
Escandaloso siglo;
Y vistes á tus peces
Ávidos engullirlos,
En veneno trocando
Su cuerpo apetecido.
En estos gloriosos
Pensamientos me abismo;

Y ni temo las nieves,
Ni siento el crudo frío:
  Mas mientra en la remota
Antigüedad medito,
Recuerdo involuntario
Oprime el pecho mío.
  Recuérdanme esas nieves
Las que en los altos riscos
De mi adorada patria
Cubren rocas y pinos;
  Las que coronan bellas
Al Orizaba altivo,
Cuya sublime cumbre
Alcanza al cielo mismo;
  A esa montaña excelsa
Que, el faro ya perdido
Que á Veracruz alumbra
Desde el fuerte castillo,
  Su frente gigantesca
Mostraba y albo *Pico*
Al alejarme triste
De mi suelo natío.

1859.





IMITACIÓN DE HORACIO.

Otros celebren
A Roma santa;
A augusta Londres;
A insigne Mantua;
A la opulenta
Perla de Francia,
O á la señora
Que, rodeada
De las azules
Ondas del Adria,
Se dice hermosa
Reina de Italia.

Vense poetas
Que siempre cantan
Las hermosuras
De su Granada,
Con su soberbia,
Sin par Alhambra,
Y aquella amena

Vega encantada
Que mil preciosas
Flores esmaltan.

Mas ni Florencia
Tanto me agrada
Sobre sus verdes
Campos sentada,
Que el Arno manso
Tranquilo baña,
Con mil jardines
Engalanada,
Y con marmóreas
Ricas estatuas
Que se contemplan
En cada alcázar;
Ni las famosas
Suizas montañas
Que hasta las nubes
Sus cumbres alzan,
Cubiertas siempre
De nieves blancas,
Mientras azotan
Sus verdes faldas
De lagos puros
Las ondas claras;
Como los montes
Que de mi patria
El suelo cubren
Con oro y plata

Que arrojan todos
De sus entrañas.

Mi humilde suerte
Yo no trocara
Con la opulencia
De cien monarcas,
Cuando me encuentro
Junto á la clara
Fresca laguna
Que con sus aguas
Mi sed primera
Dulce apagara:
Hermoso es verlas
Cuando retratan
A la apacible
Luna argentada,
Que temblorosa
Su luz derrama
Sobre las quintas
Y las cabañas,
Que gracïosas
En torno se alzan.
Mas cuando dora
Risueña el alba
Los arroyuelos,
Que entre escarpadas
Peñas y riscos
Veloces bajan
Sus puras linfas

A regalarla,
No hay en la tierra
Región humana
A que pudiera
Ser comparada:
Tívoli misma
Con sus cascadas,
En atractivos
No la igualara.

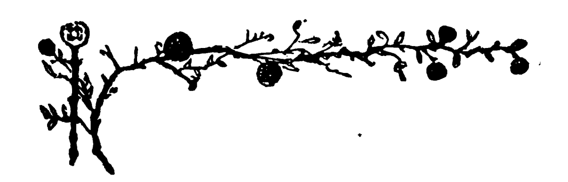
Venid, amigos,
A mi morada:
Humilde mesa
Ya nos aguarda;
Y aunque sin ricas
Suntuosas viandas,
Veréis los vinos
En abundancia;
Y entre las flores
Y ricas dalias,
Llena la copa
De buen champaña,
Queden las penas
Allí olvidadas,
Y los dolores
Del pecho salgan:
Risa tan sólo,
Placer y holganza
Hallarse deben
Donde sus gracias

Naturaleza
Prodiga ufana,
Y á manos llenas
Siempre derrama
Tanta hermosura,
Belleza tanta.

1858.







LA VIOLETA DEL TAMESÍ.

Violeta pálida
Que airosa brillas
En las orìllas
Del Pó y Genil,
¿Por qué raquítica
Tu faz doblegas
Acá en las vegas
Del Tamesí?

¿Por qué tus pétalos
Abres gigante
Cabe el distante
Guadalquivir,
Y pequeñísima
Tu azul corola
Muestras, oh viola
Del Tamesí?

¡Qué! ¿De los trópicos
El sol fulgente
Asaz caliente
No es para ti?

¿Riego benéfico
No te depara
El agua clara
Del Tamesí?

De lirio cándido
Corona hermosa,
De blanca rosa
Y albo jazmín
Formaba espléndida
Gallarda ninfa
Junto á la linfa
Del Tamesí,

Y á la aromática
Guirnalda en vano
Quiso la mano
Diestra y gentil
Con lazo sérico
Dejar sujetas
Unas violetas
Del Tamesí.

Huyendo tímidas
Del tierno dedo;
Borrando el miedo
Su azul matiz,
Cayeron lánguidas
Todas marchitas
Las violetitas
Del Tamesí.

Antes que rápida
Las sumergiera
Corriente fiera,
Las recogí;
Y entre las páginas
De libro de oro
Puse el tesoro
Del Tamesí.

Secos los cálices,
Ya sin olores,
Miré, las flores
Al oprimir;
Y contemplándote
Tan diminuta,
Oh viola enjuta
Del Tamesí:

Violeta pálida,
(Dije) que brillas
En las orillas
Del Pó y Genil,
¿Porqué raquítica
Tu faz doblegas
Acá en las vegas
Del Tamesí?

¡Ah! Compadézcote;
Violeta mía,
Que todavía
No llega Abril.

Aun sopla el Ábrego,
Y prematura
Ya tu hermosura
Ve el Tamesí.

No gozas, mísera,
Vida completa,
Y ya, violeta,
Ser del pensil
Reina magnífica
Quieres ansiosa;
Quieres ser diosa
Del Tamesí.

¡Oh flor simpática!
Paciente espera
Que primavera
Torne feliz;
Y á amantes céfiros
Nunca respondas
Sin que las ondas
Del Tamesí

Temple vivífico
Calor süave;
Mientras el ave
No cante aquí.
Entonce admírente
Más exquisita,
¡Oh violetita
Del Tamesí!

Mientras mortífero
Reine el invierno,
Guarda tu tierno
Tallo sutil;
Tu vida plácida
Cuida y conserva
Entre la hierba
Del Tamesí.

Y cuando fúlgido
Despunte el rayo
Del sol de Mayo,
Tórnate á abrir.
Entonces júrote,
Violeta hermosa,
Serás la diosa
Del Tamesí.

1874.





Á LA MISMA

QUINCE AÑOS DESPUÉS.

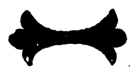
SONETO.

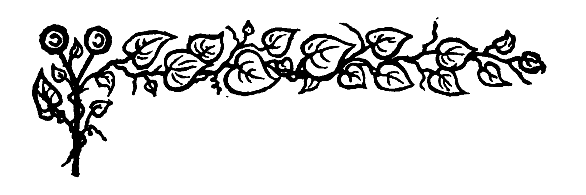
¡Gloria del litoral, esbelta viola!
Del Tamesí lejano en las riberas,
Antes que tus prudentes compañeras
Te vi brotar entre la hierba sola.

Y cierra (te grité) tu azul corola:
Que nos visite Abril ¿por qué no esperas?
Aguarda hasta que adornen las praderas
La azucena gentil y la amapola.

Hora, que, transplantada á estas montañas,
Lejos floreces del nativo río,
Y otro jardín con tu perfume bañas,

A Himeneo rindiendo tu albedrío,
Ostenta en tierras propias y en extrañas
Tu abierto cáliz y gallardo brío.





Á ESTACIO

AL LEER SU «PSITTACUS MELIORIS».

JUGUETE ANACREÓNTICO.

Cantó el divino Homero
La cólera de Aquiles;
De Eneas las hazañas
El Mantüano Cisne:

Los Olímpicos juegos
A Píndaro sublime,
Y á Ovidio sus amores
Dieron renombre insigne:

Y tú, sin par Estacio,
Más que todos felice,
Famoso eternamente
Tu claro nombre hiciste,

Del papagayo hermoso
Que alegró los convites

De Melïor, cantando
La pérdida sensible.

¿Qué valen, comparadas
Con esos versos tristes,
Las fieras descripciones
De batallas horribles?

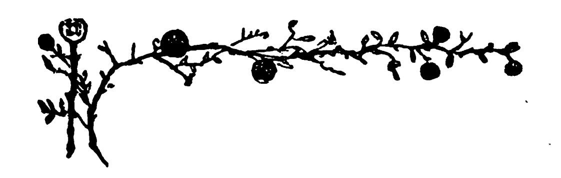
¿Qué los ruidosos cantos
De bailes y festines,
Y las amargas quejas
De amantes infelices?

Las antiguas coronas
Con que su frente ciñen,
Depongan los cantores
De Eneas y de Ulises.

Orna tu sien con ellas;
Tú, que cantaste triste
De un verde papagayo
La pérdida sensible.

1859.





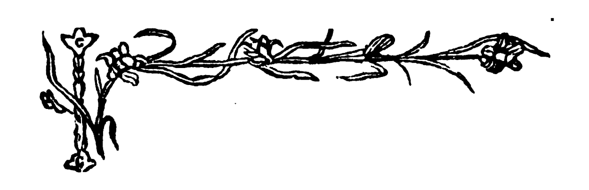
SANTA CATALINA DE SENA.

Traducción del latín de Carlos de Aquino.

PALINODIA Á LA ODA XV DE ANACREONTE.

¿Por qué, virgen etrusca,
Con esquivez repeles
Las flores recogidas
En el jardín celeste?
¿Por qué áspera corona
De espinas, di, prefieres
Para adornar con ellas
Tus virginales sienes?
Mas ella: «Te equivocas
(Responde dulcemente);
Esa áspera guirnalda
De espinas, que aborreces,
Compónese á mis ojos
De rosas y claveles;
Y esotra primorosa
De flores que me ofreces,
Tejida está á mi vista
De cardos solamente.»

1858.



HIMNO.

PARA LOS ALUMNOS DEL
COLEGIO PÍO-LATINO-AMERICANO DE ROMA.

CORO.

¡Tiernos hijos de América hermosa
Que alma abriga la Eterna Ciudad!
Dulces himnos, con voz armoniosa,
Al Señor de los Cielos cantad.

I.

¡Dios Eterno! Tus hijos amantes
De la patria adorada lejanos,
A Ti elevan fervientes las manos
De la tumba de Pedro en redor.
Sus plegarias acoge benigno:
A sus ruegos inclina tu frente;
Y de gracias copioso torrente
En sus almas derrama, oh Señor.

CORO.

¡Tiernos hijos de América hermosa
Que alma abriga la Eterna Ciudad!
Dulces himnos, con voz armoniosa,
Al Señor de los Cielos cantad.

II.

Coronada de oliva y de rosas
Desplegada la cándida enseña,
Haz que baje del cielo risueña
A abrazarnos gozosa la Paz.
Entre lirios y blancos jazmines
Fije aquí su dichosa morada
La Inocencia, y jamás sonrojada
Nos oculte su angélica faz.

CORO.

¡Tiernos hijos de América hermosa
Que alma abriga la Eterna Ciudad!
Dulces himnos, con voz armoniosa,
Al Señor de los Cielos cantad.

III.

Tremolando tu Cruz, la celeste
Fortaleza descienda radiante:

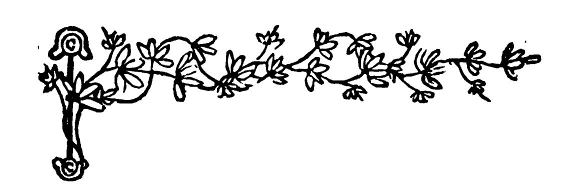
Ella venga de duro adamante,
Oh Señor, nuestros pechos á armar.
  De su fúlgido escudo cubiertos
Y blandiendo su espada terrible,
Nos conduzca su diestra invencible
Contra el hórrido Averno á luchar.

CORO.

¡Tiernos hijos de América hermosa
Que alma abriga la Eterna Ciudad!
Dulces himnos, con voz armoniosa,
Al Señor de los Cielos cantad.

1861.





HIMNO.

PARA LAS NIÑAS DEL COLEGIO DE JACONA,

CERCA DE ZAMORA.

CORO.

Almas santas que en místicas bodas
Os unisteis por siempre al Señor;
Niñas tiernas y vírgenes todas,
Entonad dulces himnos de amor.

I.

Rompe del claustro la reja,
Rasga á la virgen el velo,
Insulta al benigno cielo
El hijo de la Impiedad.
Pero no exhale una queja
Ni arda vengativo en ira
El pecho que á unirse aspira
Al Dios de eterna bondad.

CORO.

Almas santas que en místicas bodas
Os unisteis por siempre al Señor;
Niñas tiernas y vírgenes todas,
Entonad dulces himnos de amor.

II.

Con la modestia por toca,
Con la pureza por manto,
De Dios con el temor santo
Por escudo virginal;
Inmóviles como roca
En medio del mar profundo,
Será el borrascoso mundo
Nuestro recinto claustral.

CORO.

Almas santas que en místicas boaas
Os unisteis por siempre al Señor;
Niñas tiernas y vírgenes todas,
Entonad dulces himnos de amor.

III.

Por cada virgen que lanza
Allende la mar de Atlante

El espíritu arrogante
Del tirano Lucifer;
Caridad, Fe y Esperanza,
Redoblando nuestro aliento,
En nuestro suelo otras ciento
Haremos reflorecer.

CORO.

Almas santas que en místicas bodas
Os unisteis por siempre al Señor;
Niñas tiernas y vírgenes todas,
Entonad dulces himnos de amor.

IV.

No carecerá de lecho
El moribundo y doliente;
El anciano y el demente
Seguro asilo hallarán.
Y dulce materno pecho,
Grata hospitalaria estancia
A la desvalida infancia
Brindaremos con afán.

CORO.

Almas santas que en místicas bodas
Os unisteis por siempre al Señor;

Niñas tiernas y vírgenes todas,
Entonad dulces himnos de amor.

V.

Niñas, vírgenes, matronas,
De cariño testimonio
Tributad al gran Antonio
Que de Padua fué esplendor.
Y tejed verdes coronas,
De filial amor en prueba,
A quien digno el nombre lleva
Del celeste protector.

CORO.

Almas santas que en místicas bodas
Os unisteis por siempre al Señor;
Niñas tiernas y vírgenes todas,
Entonad dulces himnos de amor.

VI.

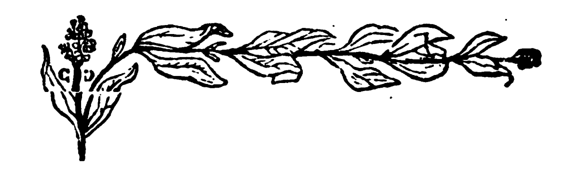
Caed, niñas, de rodillas,
Y con voz conmovedora,
De la iglesia de Zamora
Por el santo Jefe orad.
Bañe el llanto las mejillas
De gozo, y en suave tono
Al glorioso Pío Nono
Reverentes aclamad.

CORO.

Almas santas que en místicas bodas
Os unisteis por siempre al Señor;
Niñas tiernas y vírgenes todas,
Entonad dulces himnos de amor.

1876.





Á UN PRELADO

(DON JOSÉ IGNACIO VÍCTOR EYZAGUIRRE)

AL PARTIR PARA SUD-AMÉRICA.

Cesen los vientos y aquilones rudos
Apenas pises la veloce nave;
Sólo presenten las azules ondas
Límpido espejo.

La triste niebla presto se disipe;
Luzcan los rayos del benigno Febo;
Hinche tus lonas con ligero soplo
Brisa süave.

En las tinieblas de la obscura noche
Dulce te alumbre la fulgente luna;
Abran las aguas á tu frágil leño
Fácil camino.

En el desierto de la mar inmensa
Siempre acompañen tu bajel aislado
Marinas aves de ligero vuelo,
Corvos delfines.

Presto aparezca la anhelada playa;
Y cuando huelles su fatal arena,
Rápida ahuyente la temida peste
Grato Favonio.

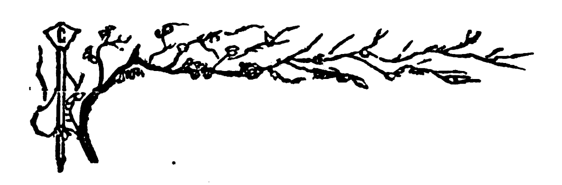
Cubran entonces el brillante cielo
Nubes que el aire cándidas refresquen,
Y que mitiguen la que el sol arroja
Vívida lumbre.

El que á los mares límites impuso,
El que los vientos suelta y encadena,
A la remota tierra americana
Salvo te lleve.

Salvo te lleve, y en tu larga ausencia
De nuestros pechos el dolor mitigue;
En nuestros almas bienhechor infunda
Dulce consuelo.

1860.





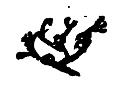
Á MI LIRA.

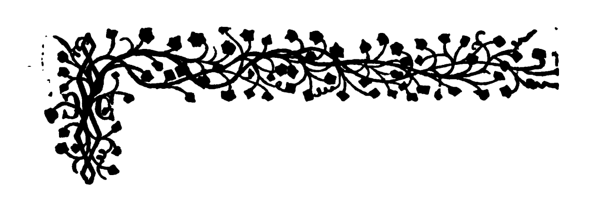
¿Por qué, cítara amada,
A acompañar mis cantos te rehusas?
¿Con tu eterno callar, por qué te obstinas
En alejar de mi mansión las Musas?
En vano á las Piérides divinas
Ansioso invoco; y las ardientes preces
Que escucharon benignas otros días
En vano les repito: tú enmudeces;
Y las hijas de Apolo
De la cítara al són acuden sólo.
¿Por qué conmigo, oh lira,
Tamaña ingratitud? ¡Qué! ¿No recuerdas
Con qué entusiasmo en épocas mejores
Pulsé afanoso tus sonoras cuerdas?
¡Cuánto, oh lira, te amé! De noche y día
En ti sólo pensaba; y por tañerte,
Libros, amigos, todo abandonaba;
Y en más que los laureles de un guerrero,
Y en más que de un monarca la corona
En mi ciego entusiasmo te preciaba.
Pero el Señor habló: «Deja (me dijo)
Tus fútiles cantares:

En el silencio y soledad exijo
Que á ser mi fiel ministro te prepares.
Bebe la ciencia en los sublimes libros
Por mi Divino Espíritu dictados;
Tu mente en ellos ávida escudriñe
Los arcanos al hombre revelados.
Tu cítara abandona; fuerte ciñe
De sólido saber fúlgida espada:
Contra el hereje marcha, y al impío,
Y al orgulloso incrédulo anonada.
No de profanos vates,
Como hasta aquí lo hiciste, los poemas
Con tal veneración iluso acates.
Tú, que no ya mi siervo, sino amigo
En llamar me complazco; tú, que al cielo
Mil almas conducir debes contigo,
Es fuerza que más alto alces el vuelo.»
  Dijo: y á sus mandatos obediente
Al punto te colgué. ¡Con cuánta pena,
Tú lo sabes, oh lira! Tú mi frente
Nublarse viste, y en amargo llanto
Mis mejillas bañarse, al despedirme
De ti, mi dulce bien, mi único encanto.
  Por largos años á tus cuerdas de oro
No arranqué ni un sonido: el Sol de Aquino,
Crisóstomo, Jerónimo, Agustino,
Fueron no más mi estudio y mi tesoro.
¡Cuántas veces con ímpetu violento,
Loco por escuchar tus melodías,
Al sauce me arrojé, de cuyas ramas

Pendiente te mecías;
Y al recordar de Dios el mandamiento,
De nuevo te dejé á merced del viento!
  Sí: yo te abandoné; que por entonces
Al dulce canto despegar los labios
El cielo me vedaba; mas ahora
Que ya de Roma los adustos sabios
El premio á mis fatigas concedieron,
Y mi cansada frente
Del anhelado lauro al fin ciñeron,
Hoy me es dado cantar. ¡Y hoy que en las vegas
Del Anio te descuelgo, y al estudio
Dando treguas, un cántico te pido,
Tú, desdeñosa, un cántico me niegas!
¡Resuena, lira mía! No preludio
Sobre tus cuerdas cantilena indigna
De un ministro del cielo: no de amores
Fútil canción modulo; ¿cuándo nunca
A una beldad de barro ofrecí flores?
¡Ea, lira, resuena!
Cantemos al Señor: su nombre santo
Ayúdame á ensalzar; el aire llena
De celestiales notas; que mi canto,
Desdeñando sublime el triste suelo,
De hoy más á Dios remontará su vuelo.

1862.





Á UN POETA

(DON JOSÉ SEBASTIÁN SEGURA) LEYENDO SUS VERSOS.

¡Cuánto te envidio, trovador ilustre,
Al ver que pulsas tu sonora lira,
Y que te inspira melodiosos himnos
Dócil Apolo.

¡Cuánto te envidio! Con sus dulces aguas
Aún te brinda la Castalia fuente,
Y orna tu frente, sin jamás secarse,
Délfico lauro.

Pasan los años, y de tu alma fuerte
Ni el fuego apagan ni el vigor consumen:
Siempre tu numen ardoroso y joven
Méjico admira.

Tu plectro anima las marchitas flores
Y del desierto la abrasada arena;
De vida llena los enjutos ríos
Y áridas rocas.

Ya nos transportas á la edad felice
Que inmaculada contempló á *Susana;*
Ya la *Campana* del germano vate
Tañe tu diestra.

Ora los ayes de *Nahum* doliente
Bien acordado tu laúd renueva;
Ora nos lleva do llegara sólo
Dante divino.

Al *Paraíso* que el inglés cantara
Tu musa apenas á volar aprende,
Cuando desciende modulando fácil
Rústicos himnos.

Y si de amores á cantar se abaja,
Y del Azteca baila en el tugurio,
Sólo es augurio de mayores ecos
Altisonantes;

Y ó bien los *Salmos* de David entonas,
Ó la zampoña soplas de *Virgilio*,
Y suave idilio, con cadencia nueva,
Blando repites.

Todo lo abarca tu cantar sonoro:
Riendo y llorando, ya procaz, ya serio,
Arpa y salterio tañes igualmente
Y épica trompa.

Hasta las selvas que me dan abrigo,
Entre el follaje débil susurrando,

Céfiro blando de tu voz sũave
Trajo los ecos.

Al escucharlos, la celeste llama
Sentí avivarse, de mejores días,
Y melodías entonar alegres
Quise de nuevo.

Mas ¡ay! con burla papagayos verdes
Y mil cotorras en redor posadas,
Con carcajadas sin piedad acogen
Mi hórrido canto.

Para no oirlo, con rumor se mueven
Los altos cedros; y cerrando esquiva
La sensitiva sus cansadas hojas,
Triste se cubre.

¡Ay! ¿Quién creyera que al pastor Ipandro
Tal desengaño preparaba el cielo?
Ya sin consuelo corro á mi cabaña,
Rompo mi lira;

Y tu zampoña, cual postrer refugio,
Aquel antiguo músico instrumento
Que en el momento de partir me diste,
Llevo á mi labio;

Y de tus coplas recorriendo el libro,
Días y noches con tenaz estudio,
Sólo preludio las que tú modulas
Cántigas bellas.



ESTANCIAS

RECITADAS

DELANTE DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE

EL PAPA PÍO IX

En una visita de Su Santidad
á la Quinta del Colegio Latino-Americano de Roma.

Vuelve, oh lira, á mi trémula mano:
Armoniosas tus cuerdas resuenen,
Y los vientos mil cánticos llenen
Del Vicario de Cristo en loor.
Hoy risueño lo miro á mi lado;
Hoy felice mi techo lo abriga:
¡Entusiasta mi lengua bendiga
Por tamaña ventura al Señor!

¡Compatriotas, venid! Frente á frente
Contemplad ese augusto semblante;
Escuchad la voz tierna y amante
Que á la Eterna Ciudad nos llamó.
Himnos mil al Pontífice excelso
Entonad á sus plantas postrados:
¿Quién jamás en sus sueños dorados
Alcanzar tanta dicha creyó?

Mas ¿qué miro? ¿En tan fausto momento
Su pupila á empañar viene el llanto?
¡Ah! Perdona, perdona, Dios Santo,
A quien osa á tu Ungido angustiar.
¡Si el amor que en el seno abrigamos
Mitigar sus dolores pudiera!.....
Presto el cielo esas lágrimas quiera
Apiadado por fin enjugar.

1860.





Á UN SACERDOTE

(DON ANTONIO PLANCARTE Y LABASTIDA)

HOY ABAD DE GUADALUPE
Y OBISPO TITULAR DE CONSTANCIA
EN SU PRIMERA MISA.

Introibo ad altare Dei: ad Deum
qui laetificat juventutem meam.

Sube, sube al altar; por vez primera
Da al Cordero de Dios mística muerte,
Y esa Sangre que al mundo regenera
Arrodillado sobre el ara vierte.
Sube, sube á mi lado
Al altar del Señor: ¿por qué tu planta
Del santüario en el dintel vacila,
Y en vez de la que en hora tan solemne
Anima á todos, alegría santa,
Negra tristeza ofusca tu pupila?
¡Ea, valor! Tu espíritu abatido
De sobrehumana fuerza se revista,
Y desprecie las viles asechanzas
Del enemigo audaz que te contrista.
Espera en el Señor: Él fortaleza,

Él es nuestra salud; Él al recinto
De su almo tabernáculo sagrado
Cual á Arón te ha llamado,
Y de su santo monte á la alta cumbre
Te ayudará á ascender; Él en tu pecho
Encenderá de su virtud la lumbre.
Él tu ánima inocente
Juzgó benigno, y segregó tu causa
De la dolosa gente.
Sube al altar; y al Dios que en las alturas
Gloria inmortal espléndida corona,
Himnos de amor, postrado en su presencia,
Con los coros angélicos entona.
De la sagrada cítara al concento
Confiesa del Señor la omnipotencia,
Y de confianza el corazón henchido,
Eleva la alba frente
Al que de santo regocijo colma
Tu juventud ardiente;
Al que de gracias refrescante lluvia
Benéfico derrama
Sobre el mancebo noble y generoso
Que desde la niñez ferviente le ama;
Que en los floridos años
Su dulce libertad le sacrifica,
Y el vivo fuego que en sus venas arde
Para su honor y gloria santifica.
¡Feliz mil veces el varón constante
A quien halló el Señor inmaculado;
A quien jamás sedujo

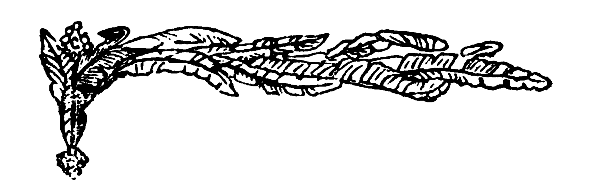
Del oro vil el brillo fulgurante;
Que pudo delinquir, y nunca albergue
En su alma dió al pecado!
¿Dónde tal maravilla
Será dado encontrar? ¡Señor! Tú solo
El noble pecho señalarnos puedes
En que heroísmo tan sublime brilla.
Sólo de tu luz fúlgida al destello
Mirar podemos la ánima dichosa
En que imprimió tu diestra poderosa
De predestinación el sacro sello.
Tan sólo tú, Señor, de tu infinita
Bondad tantos raudales
Verter pudiste sobre el fiel levita
Que hoy de tu templo pasa los umbrales.
¿Quién dudarlo osará? Tú lo elegiste
Para ser tu ministro, y á inmolarte
La Hostia de salvación, su ánima pura
Desde sus tiernos años dispusiste.
El temor de tu nombre sacrosanto,
Principio del saber, y el dón precioso
De sólida piedad, tú le infundiste.
Pontífice piadoso,
Luz de la Iglesia, de la patria gloria,
Le diste por mentor; y de su manto,
En edad y en virtud creció al abrigo.
Y cuando sobre Méjico infelice
Horas menguadas de mortal quebranto
En tu justicia descargar te plugo,
Del que empañar tentara su inocencia,

De corrupción y vicio hórrido yugo,
Lo libertó tu altísima clemencia.
Tu salvadora mano
Lo sacó de la inmunda Babilonia,
Y allá de Albión en el remoto clima
Del ferviente católico britano
Encomendólo á la eficaz tutela.
¡Cuán misteriosos son, Señor, tus juicios!
Aquella del error infanda escuela,
Mansión del crimen, cenagal de vicios,
En celestial morada
Tornaste para esta alma inmaculada.
Allí por vez primera,
Entre el humo del místico incensario,
Al tierno joven que ferviente oraba
Llamaste al interior del santüario.
Allí la fortaleza; allí la viva
Fe que lo anima y la humildad profunda,
La caridad activa,
Y la esperanza que su seno inunda,
Te dignaste infundir, y la prudencia,
La templanza y la indómita paciencia.
Lo que en tu siervo obraste
Plázcate confirmar: ya lo has probado
Cual oro en el crisol: su sed ardiente
De la Santa Ciudad ha ya apagado
En la límpida fuente.
Ya la sublime potestad le diste
De atar y desatar, y sólo aguardas
De su inspirado labio el sacro acento

Para dejar tu celestial asiento.
Ven, ¡oh Señor! ¿Qué tardas
En descender á sus ungidas manos?
Ya las santas palabras creadoras
A pronunciar se apresta el sacerdote
Sobre el celeste Pan. ¡Callad, profanos!
Ante el excelso Dios de las batallas
Fieles doblad la trémula rodilla;
La frente pecadora
Alzar no oséis: que sobre el ara yace
Inmolado el Cordero sin mancilla.
Su sangre salvadora,
Que cancela los crímenes del mundo,
Ya vertió el nuevo Arón. Gracias ardientes
Haced á Jehová reconocidos:
¡Grande es su santo nombre entre las gentes!
Alabad al Señor, que la bajeza
De su siervo miró con tiernos ojos:
Del humilde en quien luce su grandeza
Ante las plantas os postrad de hinojos;
Y bienaventurado
Proclamad al levita inmaculado.
Ante el que Dios sublima y enaltece
El mundo todo la cerviz abaje,
Y humildoso le rinda el que merece
De respeto y amor puro homenaje.

1865.





AL MISMO ASUNTO.

No en los umbrales del ornado templo
Detener quieras la insegura planta;
Que ya levanta clamoroso grito
Ávida turba.

Turba que admira tu virtud sublime,
Que al pie del ara con afán te aguarda:
¡Ah! ¿Por qué tarda el suspirado instante?
Entra, no temas.

Arde el incienso, brillan las antorchas;
Hierve en el cáliz el sagrado vino,
Y el Pan divino tu palabra santa
Dócil espera.

Entra, no temas: al fragor del rayo
Ya no desciende el Creador del cielo:
Místico velo su fulgor terrible
Cándido cubre.

Él, que de lo alto mira tu pureza;
Él, que sus dones sobre ti derrama,

Dulce te llama, y á tu ungida mano
Baja gozoso.

Ven á mis brazos, amoroso dice,
Anima casta de mi fiel levita;
De mi infinita deleitosa gracia
Quiero colmarte.

Hasta mi trono de sublime gloria
De tu inocencia me llegó el perfume;
Y me consume de tu amor el sacro
Místico fuego.

¡Cuánto eres bella, mi adorada esposa!
Es de granada tu sin par mejilla;
De tortolilla son tus radïantes
Fúlgidos ojos.

Tu cuello iguala de David la torre,
Y tu cabeza al Líbano semeja:
Cada madeja de tus trenzas áureas
Ostro parece.

Eres augusta, cual Salem la regia,
Y cual la aurora dulce y apacible:
Eres terrible, cual en guerra cruda
Bélica hueste.

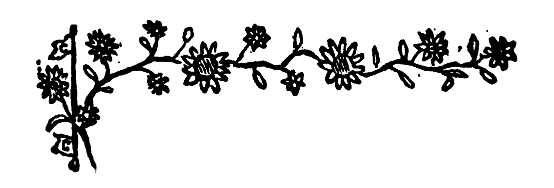
Ven á mis castas virginales bodas:
Tu esbelto talle abrazará mi diestra,
Y mi siniestra sostendrá tu pura
Lánguida frente.

Abreme, esposa, tu cercado huerto:
Vén, y gustemos celestial banquete;
De mi retrete al interior recinto
Sígueme tierna.

Anima casta del feliz levita
Que Cristo llama con prolijo empeño,
Ven de tu dueño á las celestes nupcias;
Rápida vuela.

Jesús en cambio del virgíneo lirio
Que inmaculado con ardor mantienes,
Sobre tus sienes impondrá de estrellas
Aurea corona.





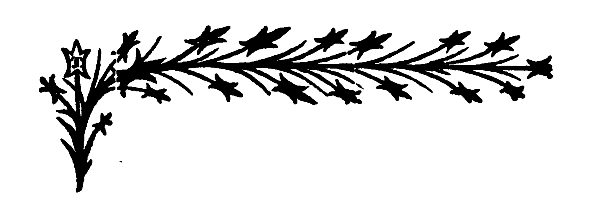
AL MISMO.

Es hora de partir: abandonemos
De la Eterna Ciudad los santos muros,
¡Apóstol de Jesús! La victoriosa
Enseña de la Cruz, en los extremos
Del Mundo Nuevo enarbolar gloriosa
Es nuestra alta misión. Ante el Vicario
Del Hombre-Dios postrémonos de hinojos,
Y por la vez postrera nuestros ojos
Con lágrimas ardientes
Rieguen el Vaticano Santüario.
De Pedro y Pablo á las sagradas tumbas
Dé nuestro labio el postrimero vale,
Y dentro las antiguas Catacumbas
La postrera oración férvido exhale.
¡Cuán triste es arrancarse de tus brazos,
Oh Roma idolatrada!
Tan sólo del deber la voz sagrada
Puede romper tan deliciosos lazos.
Mas del Señor la voluntad divina
A trabajar en los paternos lares
Próvida nos destina.

Armate de valor, mi dulce amigo,
Y apréstate conmigo
A atravesar los anchurosos mares.
A ti me unió la suerte
Desde la tierna infancia: ¿no recuerdas
Cuál ofrecimos juntos á María,
Nuestra delicia y únicos amores,
Las más preciosas flores
Que el suelo ingrato de Albïón rendía?
Bajo la misma bóveda mil veces
Sonaron nuestras preces;
Y al pie del mismo altar, en su clemencia
El que eleva al humilde desde el cieno
Nos brindó con su cáliz y su herencia.
Hasta la margen del sagrado Tíber
Me seguiste después; y hora mi mano
Al ara del Señor te ha conducido;
Inseparable hermano,
Sigue también mis presurosas huellas
A nuestro patrio suelo mejicano.
¿No escuchas, dime, el amoroso acento
Que tu nombre y el mío pronunciando
Trae en sus alas rápidas el viento?
De Méjico es la voz: regenerada
A nueva vida, se alza majestosa,
De América la reina, aunque infelice.
Espléndida armadura de adamante
La cubre rutilante.
Sobre su regio manto recamada
Se ve la Cruz gloriosa;

Cruz de diamantes de su cuello pende,
Y su diestra tremola el estandarte
De la divina Cruz, que nunca pudo
La Impiedad arrancar: sobre su escudo
Grabado el sacro Símbolo aparece;
Y encima de la fúlgida diadema
El venerado Emblema
Entre el oro y las perlas resplandece.
La vista gira en derredor; y entonces
Lágrima amarga su pupila empaña,
Que apresurada enjuga,
Trocando el lloro en furibunda saña.
El horroroso estrago
Irritada contempla, que en su torno
La Discordia causó de años sin cuento:
Aun hierve el hondo lago
Que formara la sangre derramada
De sus mejores hijos; lleva el viento
De sus quemados templos las cenizas:
Son ruinas sus alcázares; talados
Están sus campos fértiles, y hollados
Yacen sus estandartes hechos trizas.
  A espectáculo tal, la voz levanta,
Y el suelo hiriendo con airada planta,
«Hijos, exclama, la empezada empresa
A término llevad: sobre mis hombros
Tenaz aún el infortunio pesa;
Los que me cercan áridos escombros
Haga desparecer vuestro heroísmo,
Y la infernal Discordia

Muda arrojad á su nativo abismo.
Al maternal regazo
Venid de vuestra patria cariñosa,
Y uníos todos en fraterno abrazo.
La trompa belicosa
De hoy más tan sólo á combatir os llame
Contra el audaz que á cautivarme aspira;
Desnudad el acero solamente
Para abatir de la Impiedad la frente;
Y libres de ambición é innoble encono,
Del Rey de reyes defended el trono.»
  Dice; y el rico manto recogiendo
Con grave paso hacia la mar avanza,
Los negros ojos por doquier volviendo:
Viva mirada al Vaticano lanza,
Y su fulgor brillante
Nuestra pupila hiere deslumbrante.
  ¿Quién al mágico hechizo
De tal mirada resistir pudiera?
A Méjico volemos
Llevando de la Paz la sacra oliva:
De Dios ministros, todo en Él podemos.
De nuestro labio Méjico reciba
La divina palabra, inmaculada
Cual Roma nos la dió: la Cruz sagrada
Nuestra diestra impertérrita tremole:
La Fe de Cristo nuestra voz encienda;
Y á ejemplo nuestro, la naciente prole
Dios y su Iglesia á venerar aprenda.



Á UN ROMANO EN 1859.

¿Cómo quieres que pulse risueño
La pacífica lira de Apolo,
Cuando en torno se escucha tan sólo
De la guerra el funesto fragor?
Antes bien á sonar me invitaras
La trompeta feroz de Mavorte,
Que á la heroica romana cohorte
Llame al campo á vengar su baldón.
¿De la cima del Alpe no miras
Correr ya derretida la nieve?
Es del Franco el ejército aleve
Que hasta Roma pretende venir:
A esta Roma, que ayer orgulloso
Libertara con ínclita mano,
Hierros hoy le prepara el tirano;
Duro yugo á su tierna cerviz.
Las riberas del Arno y Ticino;
De Romaña los prados y viñas;
De Venecia las ricas campiñas,
Secas, tristes, desnudas están.

De extranjero feroz invitados,
Los que ayer cultivaran la tierra
Marchan hoy á sacrílega guerra,
Que á la Europa de horror llenará.
¿No los ves? A humillar á la madre,
Que los nutre en su tierno regazo,
Hoy se aprestan con pérfido brazo
Los que á Roma debieron el sér.
¿No los ves? A la silla de Pedro
Ya dirigen ocultos cañones,
Italianos y Francos pendones
En el aire flotando á la vez.
¿Y es el tiempo de sáficos himnos?
¿Y es el tiempo de vanos lamentos?
¡No, jamás! Llenen sólo los vientos
Roncos gritos de sacro furor.
¡Guerra! clame el romano soldado;
¡Guerra, guerra! el togado repita;
Deje el cáliz el santo levita,
Y tremole guerrero pendón.





EL CAMPO DE BATALLA.

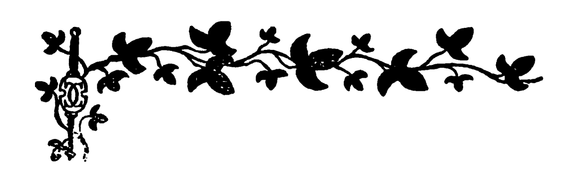
(TRADUCCIÓN DEL INGLÉS DE FELICIA HEMANS.)

Miré sobre el campo do fué la batalla:
De lucha crüenta reinaba el furor;
Y en medio á la lluvia de ardiente metralla,
Lanzaba el acero terrible fulgor.
Yo vi de las lanzas el bosque erizado:
Cual campo se alzaba de espigas sin fin:
A huir obligaban al lobo asustado
Las bélicas notas del recio clarín.
Oí de las huestes el grito guerrero,
Cual brama en las selvas furioso huracán;
Y vi el estandarte flotar altanero
De mil combatientes en medio al afán.
Al campo de muerte lancé otra mirada:
Ni voces de guerra, ni trompas oí:
En paz la tormenta, cubierta la espada,
Espinos tan sólo se miran allí.
Serenas las ondas del diáfano lago:
La luna derrama tranquila su luz:

La furia no anuncia del hórrido estrago,
En medio á las zarzas, siquiera una cruz.
¿Dó está de las huestes el ímpetu fiero?
¿Dó están los destrozos del crudo cañón?
¿Qué es ya de la saña del bravo guerrero?
¿El fuego qué se hizo del noble bridón?
El sitio no marca ni tumba ni losa
Do fué su victoria ó amargo sufrir:
Señala al viajero tan sólo una fosa,
Do bravos sin cuento quisieron morir.
¿Son éstos ¡oh gloria! tus premios dorados?
¿Así de tus siervos se paga el sudor?
¿Sepulcro y cadáver, al par olvidados;
Renombre que pasa cual leve vapor?

1858.





A LA BATALLA DE CASTELFIDARDO.

Llegó la hora fatal. La turba impía
De sabaudos ladrones, agitada
Por el feroz demonio
De la Impiedad, cayó desenfrenada
De Pedro sobre el santo Patrimonio.
Del Pontífice augusto
Los escasos guerreros, sorprendidos
Bajo el sardo cuchillo sucumbieron:
Nada el brazo robusto,
Nada sirvió el valor á los vencidos.
De la invasora hueste innumerable
Al improviso asalto,
Se abrieron los castillos mal seguros,
Y cayeron de villas y ciudades
Los mal guardados muros;
De las Llaves la enseña veneranda
Rota y hollada se miró doquiera,
Y la sangrienta tricolor bandera
Victoriosa ondeó sobre los campos
Que á la Iglesia legara Constantino.
El Piamontés sacrílego, orgulloso

Con tan fáciles triunfos, su camino
A la Eterna Ciudad siguió insolente.
«Sonó tu hora postrera
(Exclamó el insensato en su locura),
¡Oh ciudad de los Papas altanera!
Es tiempo ya que tu soberbia frente
Se abaje ante las huestes de Saboya:
Tiempo es que nuestro augusto soberano
Su nuevo regio solio
Fije sobre el antiguo Capitolio.
Propicia la Fortuna
Lo lleva ya al temido Vaticano,
Do el áureo cetro empuñará su mano
De Italia eterna, indivisible y una.
Temblad, temblad, de Roma imbeles hijos;
Tiembla tú, coronado Sacerdote:
Nada te librará de nuestra saña,
¡Oh de la Ausonia azote!
Un soplo derribó cual débil caña
Los tiranos de Módena y Etruria;
Arrebatamos Parma á su Princesa;
Oro y arte nos dieron tu Romaña.
De nuestras bravas tropas á la furia
El siciliano resistir no pudo;
De Nápoles rendimos los castillos,
Ni al calabrés indómito sus rocas
Sirviéronle de escudo.
El Austria misma, el Austria formidable
Rindióse á las sabáudicas legiones,
Retrocedió al lucir de nuestro sable

Y al tronar nuestros bélicos cañones;
Nuestro valor proclaman y su afrenta,
Solferino y Milán, Como y Magenta.
»¿Y tú podrás, oh Roma,
El ímpetu atajar de nuestras armas?
Tus rayos ya no hieren,
Y tu arrogancia ejércitos no doma.
A tu voz ya no tiemblan los monarcas,
Ni acuden las naciones
A vaciar sus tesoros en tus arcas,
A embrazar tus fanáticos pendones.
¿Con plegarias acaso
A nuestros incontables batallones
Impedir piensas el sangriento paso?
Depón, oh desdichada, tu tïara,
Y dentro las antiguas catacumbas
Asilo á tu Pontífice prepara.
La Francia poderosa,
A quien en vano tu defensa fías,
A abandonar tus torres se dispone;
Y ¡ay de tu escasa gente
Si á nuestras armas resistencia opone!
¡Ay del triste puñado de extranjeros
Con cuyo endeble brazo
Osas desafiar nuestros guerreros!
Sus cuerpos lanzaremos al profundo
Mediterráneo mar, y sabrá el mundo
Que Italia ni una tumba en su regazo
Concede al mercenario, que hoy aleve
Su libre suelo á mancillar se atreve.»

Del Piamontés impío
Conmueve al universo el grito infame;
Y del sagrado río,
Que el Vaticano muro ilustre lame,
Acude á la ribera,
De Pedro tremolando la bandera
La juventud más noble y esforzada
Que en el mundo católico respira.
De Bélgica la flor; de la postrada
Irlanda lo más fuerte y más lucido,
Y lo mejor que la Polonia admira,
A atajar el ejército aguerrido
Del sacrílego sardo, á toda vela
De religión al grito, á Roma vuela;
Y veloces lo siguen de Germania
Mil jóvenes y mil, y mil franceses
Y de España también y Lusitania.
Los no probados bélicos arneses
A toda prisa visten. Nunca el trueno
Oyeron del cañón; jamás al cinto
Daga llevaron ú homicida espada:
Ni vieron nunca atravesar el seno.
De guerrero feroz, punta acerada.
En el quieto recinto
De áureo palacio, ó claustro solitario,
Ya la pluma pacífica esgrimían,
Ya á mecer aprendían
Las cadenas del místico incensario;
Ni de la celda ó del hogar querido
Volarían jamás al campamento,

Si del Pastor Supremo el sacro acento
No los sacara del paterno nido.
En la nueva milicia,
Si alguien ostenta fuerzas y pujanza,
Al cayado las debe, no á la lanza:
Y portento aparece de pericia,
Y cual nadie aguerrido y belicoso
Quien derribó cazando ciervo ú oso.
¡Oh Piamontés, detente!
Aunque logres quizá fácil victoria
Sobre esta heroica, pero imbele gente,
De ella, y no de tu rey, será la gloria.
Un instante no más, un solo instante
Deja que el vencedor de Constantina
Al noble, y al labriego y estudiante
Amolde á la guerrera disciplina;
Y sin manchar tus bélicos blasones,
Podrás sobre la hueste improvisada
Lanzar una tras otra las legiones
De tu incontable armada.
Un momento no más; basta un momento
Al que humilló en Argel la Media-Luna
Para llevar con próspera fortuna
A luchar en el campo, uno con ciento.
¡Ah! Bien lo sabe el que robado trono
Llenando usurpador, la inicua trama
Dirige contra el manso Pío Nono;
Y *Corred*, *acudid*, grita cobarde;
Con ímpetu asaltad, *ó será tarde*.
Así el César francés pérfido clama,

Y obediente á su voz el sardo siervo,
Del Pontífice-Rey sobre las huestes
Cohortes mil y mil lanza protervo.
¡Aguarda, Piamontés! No todavía
Las coronas aprestes
Para tus estandartes trïunfantes,
Ni de tus armas la victoria cantes.
De los nobles Cruzados la hidalguía
Suplirá á la pericia del contrario,
Y á enteros escuadrones hará frente
Un solo lidiador de ese valiente
Ejército que llaman *mercenario.*
¡Ay! El cañón ya truena
De Loreto en redor; junto á la casa
Que consagró la Virgen Nazarena.....
Y aun no se junta ni la guardia escasa
Defensora de Dios y del Papado.
¡Son una multitud contra un puñado!
Pero ¿cómo no avanza
La inmensa veterana muchedumbre,
Y en rápida carrera
Cómo no se apodera
De la mal guarnecida y baja cumbre?
¿Cómo puede una lanza
Contener de mil lanzas el empuje?
¿Cómo el aislado acero
De inexperto guerrero
Se opone á ciento y sin romperse cruje?
¿Visteis allá en la etrusca Volaterra
Al vendaval hiriendo las vetustas

Murallas ciclopéas? Sus robustas
Piedras enormes no une algún cemento
Ni betún entre sí; ni fundamento
En la que las sostiene, árida tierra,
Profundo las enclava;
Pero fuertes é inmóviles resisten
Al aquilón más rudo,
Que en tantos siglos derribar no pudo
Su mole sin igual. Mas cuando lava
Larga lluvia invernal el frágil suelo
En que se apoya, ¿qué poder, qué roca
Podrá oponerse á la tormenta loca
Y á los torrentes que despide el cielo?
Una tras otra entonces las gigantes
Piedras se precipitan,
Y majestuosas al caer, más que antes
La admiración excitan;
Y exclama al contemplarlas el viajero:
«*No es el trïunfo, no, de la corriente*
Que en el lugar primero
Donde reinabais os hirió insolente,
Cesó la tempestad; el viento calla;
Mas vosotras formáis nueva muralla,
Que derribar no pueden tempestades
Ni diluvios ya más: vuestra es la gloria;
Es vuestra sobre el tiempo y las edades
La desigual victoria.»

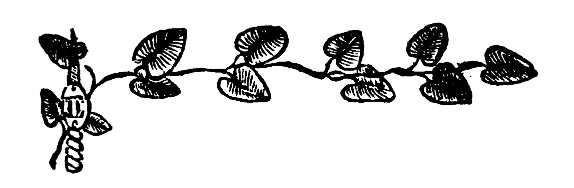
No de otra suerte el aluvión se estrella
Del piamontés ejército ante el muro
De la bizarra hueste pontificia.

Ni lanzas ni cañones hacen mella
En el cristiano zuavo, muy más duro
Que piedra ciclopéa; ni pericia
Adquirida en combates, ni una larga
Militar disciplina, ni el idioma,
La patria, ó profesión, ó estado liga
Soldado con soldado; pero aliento
La Fe de Cristo y el amor á Roma
Á todos presta; y la furiosa carga
Les hace resistir de la enemiga
Veterana legión. Tu fuerte acento
Nuevo valor infunde,
Que al rechazado Piamontés confunde,
¡Oh vencedor de Abd-el-Kader famoso!
¿Las árabes campañas
Vieron jamás las ínclitas hazañas
Con que terror y confusión y susto
Siembra en los invasores batallones
La intrepidez de *Pimodán* robusto?.....
Á él, á él, aceros y cañones,
Oh sardos, dirigid. Vuestros bridones
Cérquenlo sin tardanza,
Si no queréis perder toda esperanza.....
¡Cayó! Lo cubre la enemiga nube
Como á la mies en el lejano Oriente
Langosta destructora; y su alma sube
Llena de gloria al Dios omnipotente.
¡Cayó! y en su caída majestoso
Más aún que en la lucha, tal respeto
Infunde por doquier, que el fuego cesa

De la invasora hueste piamontesa.
¡Cayó! y en derredor monte glorioso
De mártires exánimes hacina
La sabauda segur; sangriento lago
Al luchador terrífico circunda,
Y de CASTELFIDARDO, ancho torrente
Baja por la colina,
Que la llanura asolador inunda
Con sangre del herido combatiente.
¡Cuán pocos, ay, cuán pocos sobreviven
Tras el largo combate! Ya ni aceros
Les quedan que esgrimir á los guerreros
Del Pontífice Rey; hechos pedazos
Y la punta clavada en corazones
Enemigos están; mientras reciben
Sus fuertes dueños con inermes brazos
La carga de los frescos batallones
Que lanza el Piamontés á cada instante.
Ya no es dado luchar. Cese el conflicto.
¡Lamoricière invicto!
Apresta ya á los hierros inhumanos
Las no domadas manos
Que á Abd-el-Kader rompieron el alfanje;
Pero eleva tu frente,
Que el piamontés torrente
Sumerge, mas no humilla á tu falange.
¡Del Nono Pío heroicos defensores!
Vuestro insigne desastre os da más gloria
Que al Sardo su sacrílega victoria.
No los falsos honores

Con que el mundo á sus siervos envanece
El Dios de las batallas os ofrece.
La palma de los mártires sublime
Os traen sus alados mensajeros
En vez de los aceros,
Que vuestra yerta mano ya no esgrime.
Aureola esplendente
En el celeste alcázar os espera,
Y en la tierra os aguarda indeficiente,
Fama imperecedera.
Os admira la Iglesia; y la remota
Posteridad exclamará asombrada,
Vuestra historia al saber: «¡Bella derrota;
Veinte trïunfos vale esta jornada!
Á los reyes de Europa coligados
De Dios contra el Ungido, á innumerables
Legiones de impertérritos soldados,
De un puñado de jóvenes los sables
Supieron contener: el sacro trono
Conservaron, muriendo, á Pío Nono.»





Á FERNANDO DE HERRERA.

ODA LEÍDA Y PREMIADA
EN LOS JUEGOS FLORALES DE SEVILLA, EL AÑO DE 1880

¡Generosa ciudad, de España Atenas,
Ilustre por saber y poderío,
Que extiendes hoy á mí tu regio manto!
Permite que postrado en las arenas
Del que es tu gloria, caudaloso río,
Te ofrezca yo el tributo de mi canto.
Al vate que á Lepanto
Da, más que el vencedor, renombre eterno,
De la bella Heliodora
Amante casto y tierno,
A celebrar con cítara sonora
Por ti llamado vengo, alma Sevilla,
Del orbe todo encanto y maravilla.

Hoy más que nunca, oh lira, lira amada,
Sublimes ecos de tus cuerdas de oro
Mi palpitante corazón espera.
Podrá tal vez avena destemplada
De los pastores agradar al coro

Y las selvas llenar canción rastrera;
Pero el divino Herrera,
Por quien de Tasso, y de Petrarca, y Dante
La gloria se obscurece,
La cítara sonante
Del Tebano cantor sólo merece.
De Austria cantaste al juvenil guerrero.
¿Quién loarte sabrá, Píndaro ibero?

¡Oh del Guadalquivir sagradas ninfas!
Vosotras que escuchabais largas horas
De sus melífluos labios el acento,
Dejad que guste vuestras dulces linfas,
Más que las de Hipocrene inspiradoras,
Y á mi musa gentil prestad aliento.
El músico instrumento
Que os legara Fernando en grata herencia,
Por vuestro plectro herido,
Su celestial cadencia
Haga vibrar armónica en mi oído;
Y, si mi pecho á lo posible aspira,
Regaladme una cuerda de su lira.

¡Betis divino, padre á quien adoro!
Sé que al oir cantar en tu ribera
Te hace dejar tu lecho el regocijo.
¿La inspiración que distes aun al moro
La negarás acaso á quien venera
Tu sacrosanto numen como un hijo?
Tú del famoso Arguijo,

De Pacheco, y de Céspedes y Rioja
Colocas en la frente
El lauro que deshoja
De Fernando en la sien Parca inclemente,
Y donas cada siglo á vate nuevo
En tus orillas el laurel de Febo.

Hoy te lo pido yo, huésped errante,
Mas no para ceñirme temerario
La que no merecí, verde corona.
Será para tu Herrera, que triunfante
Hoy despedaza el fúnebre sudario,
Y el no olvidado túmulo abandona.
Sevilla galardona
El ingenio y virtud de su Fernando
Coro de trovadores
Insignes convocando
Que armoniosos celebren sus loores,
Y al vate que *divino* el mundo llama
En el templo coloquen de la Fama.

Se mueve el agua ya. ¡Callad, profanos!
Sale del antro de cristal el Betis.
Doblad ante su numen la rodilla.
Él es: los ojos verdes soberanos
Hijo lo dicen de la bella Tetis.
Con el óleo que mana de la orilla
Su hirsuto pecho brilla.
En la cabeza y coronada frente
Lucir el oro veo

Que arrastra su corriente,
Y enrédase en el brazo giganteo
Su barba secular, luenga y undosa
Más que las trenzas de la Cipria diosa.

Con la nervuda mano el rojo labio
Enjuga silencioso; en torno gira
Con majestad la vista, y clama adusto:
«No merece perdón tu loco agravio,
Temerario mortal. ¿Pides su lira?
No la cediera ni al cantor de Augusto.
Y aunque el brazo robusto
De Hércules arrancármela quisiera,
Jamás me vencería.
La que pulsó mi Herrera
Es, y será no más, cítara mía.
Sus alabanzas cantaré yo solo:
Musas, callad; y tú enmudece, Apolo.

»¡Oh ninfas, de mi amor cándido fruto,
Á quienes nunca abandonar agrada
De vuestro padre el cristalino lecho!
¿Dó estabais aquel día de hondo luto
En que cruel saeta envenenada
Atravesó de mi Fernando el pecho?
En lágrimas deshecho
Errar lo vi por mi ribera umbría,
Mil quejas exhalando
En flébil elegía,
Que en sus alas llevó céfiro blando;

Y Eco en su gruta repitió sonora
El dulcísimo nombre de Eliodora.

»Con su lloro aumentando mi corriente,
Me pide alivio en su dolor profundo,
Y yo os llamé mil veces; que su pena
A mitigar sin vos era impotente.
Mas vosotras quizá del Nuevo Mundo
Libres volabais por la playa amena.
¿El Plata ó Magdalena
Más os placían que mi linfa pura?
¿Son los lejanos Andes
Más bellos, por ventura,
Que las que beso yo, montañas grandes?
¿No os ablandó la voz que repetía:
Llora conmigo, Amor, la pena mía?

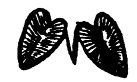
»En medio de sus flébiles canciones
Ronca lanzó su lira melodiosa
Voz de dolor y llanto de gemido.
Cayeron sobre ti mis maldiciones,
Tumba de Portugal, Libia arenosa,
Al escuchar el bélico alarido.
Por acero bruñido
Quise trocar mis juncos y mis cañas,
Y del hado á despecho
Por contiendas extrañas
Abandonar mis ninfas y mi lecho.
Tal fué tu magia, oh canto sobrehumano,
La rota al lamentar del Lusitano.

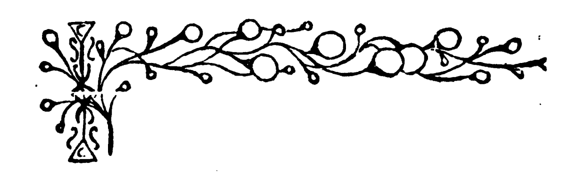
»*Atronador bramando el ancho Ponto*
Me da las nuevas del estrago y muerte
Que difunden las naves agarenas.
Del fraterno Danubio y Helesponto
Tiemblo al oir la desdichada suerte.
Juzgo que tornan mis antiguas penas:
De las duras cadenas
Que rompió vencedor monarca santo,
Mi cuello otra vez siente
El peso; y hondo espanto
Hiela mi linfa y seca mi corriente.
Me sumerjo en mis antros, y hasta el riego
A mis riberas dolorido niego.

»Bélica trompa súbita resuena
Y raudo sube á la celeste altura
El que mi Hernando entona, himno guerrero,
Al Orco baja, y de furor lo llena:
Cantemos al Señor, que en la llanura
Venció, del ancho mar, al Trace fiero.....
¡Salve, andaluz Homero!
De excelsos vates ínclita corona
Progenitor me llama:
De todos te pregona
Príncipe sin rival la justa Fama.
Tus versos hacen inmortal tu nombre:
Yo gloria te daré que al mundo asombre.»

Así termina su cantar el río,
Y entrambas manos con fragor juntando,

Hunde en el agua la musgosa frente.
Pues tu favor me niegas, alma Clío,
Y no permites que al divino Hernando
Mi cítara celebre dignamente,
Bénevola consiente
Que con voz no inarmónica, siquiera
Los loores repita
Del inmortal Herrera
Que entona el Betis y á aprender me invita.
Así del rojo sol toma la luna
La luz que le ha negado la Fortuna.





ODA SÁFICA

Leída en la Asamblea de la Juventud Católica de Madrid el 7 de Marzo de 1880.

¡Salve, de España Juventud insigne,
Que alto levantas el pendón cristiano,
Y al Vaticano la piadosa frente
Dócil inclinas!

¡Salve! De Roma la sagrada trompa
Himnos sonoros á cantar invita
Al fiel levita, y al seglar que pulsa
Arpa templada.

Al llamamiento presurosa acude;
Y al que veneras, Luminar de Aquino,
Canto divino tus variados coros
Dulces entonen.

Pero no pidas al pastor errante
Que á tus acordes, plácidas canciones,
Una los sones que su flauta ruda
Débil exhala.

Apacentando mi infeliz rebaño,
Triste y á solas, á tañer acierto
En el desierto ó en el bosque umbrío
Flébiles cañas;

Pero el reposo de las sacras ninfas
Que en su regazo nutre el Manzanares,
Con mis cantares perturbar no quiero.
¡Cítara, calla!

Cantad vosotros la sublime ciencia,
Y altas virtudes, y saber preclaro
Del Sol, del Faro, del Doctor, del Angel,
¡Vates iberos!

De haber mecido su gloriosa cuna
La bella Italia con razón se precia;
Sabia Lutecia colocó en sus sienes
Verde corona;

Pero de Cristo ¿quién á los combates
Formó la diestra del insigne santo?
¿Cúyo es el manto que sus anchos hombros
Cubre flotante?

¿De dó salieron las falanges albas,
A cuyas filas de eternal renombre
Presta su nombre de Landulfo el hijo?
¡Musas, decidme!

¡Ah! Vano fuera de Tomás divino
El alto ingenio; vanos los afanes,

De los Guzmanes sin la prole augusta.
¡Gózate, España!

Como la aurora de rosados dedos
La obscura tierra plácida prepara
A la luz clara que del sol el disco
Roja difunde;

Tal de Domingo la familia augusta,
Que de hija tuya noble se gloría,
Fúlgida vía de la ciencia al astro
Abre valiente.

De la palabra la fulmínea espada
Ante el hereje vencedora esgrime,
Y á la sublime celestial esfera
Alza su vuelo.

Ella las alas de Tomás compone
(Dédalo nuevo), y ella en la palestra
Fiel lo amaestra, y en su cuerpo el óleo
Místico vierte.

Ella lo amolda del antiguo monje
A la inflexible santa disciplina,
Y lo encamina sin envidia á nueva
Patmos oculta.

¡Ah! Si misterios al mortal vedados
Allí de Cristo sobre el pecho bebe,
A ti lo debe, de Domingo madre.
¡Gózate, Iberia!

Por ti en el cielo rutilante ofusca
El áureo brillo del antiguo Febo
El Astro nuevo, Sol resplandeciente,
Lumbre del orbe.

¿Visteis acaso del Jerarca Sumo
En el alcázar (del pincel de Urbino
Fruto divino) la del rubio Apolo
Célica imagen?

Sobre las nubes, su dorado carro
Llevan las Horas; dejan el Oriente,
Y hacia Occidente las columnas mismas
De Hércules pasan.

¡Ah! No delirios de pagano artista
Juzguéis, os ruego, la gentil pintura;
Tipo y figura del Doctor de Aquino
Ved en Apolo.

A otro hemisferio más allá de Gades
Su lumbre llevan españolas naos,
Y el fiero caos que cubriera á un mundo
Rompe su fuego.

De un polo al otro refulgente brilla
De Dios la ciencia, que Tomás revela,
Y que modela con la antigua forma
Estagirita.

En las remotas mejicanas playas
Apenas niño despegué los labios,

Mil y mil sabios de Tomás el nombre
Santo me enseñan.

Quise en las aulas penetrar osado,
Y presentaron á mi absorta vista
De la tomista celestial escuela
Hojas sin cuento.

Hoy, que infalible de León señala
El dedo augusto (de seguro puerto
Presagio cierto) la Aquinate estrella,
¡Faro celeste!

Alto responde, Juventud cristiana:
Doquier la enseña del león hesperio
Tuvo su imperio, de Tomás la ciencia
Reina absoluta.

Díganlo España, Nápoles la bella,
Milán y Flandes, Méjico divina,
Y la Argentina saludable margen,
Quito y el Cuzco.

Sigue, de Iberia Juventud insigne,
Fiel tremolando tan gloriosa enseña;
Y presto dueña te verás, cual otro
Tiempo, del orbe.

Dueña del orbe, cual la lid horrible
No puede hacerte, ni fugaz victoria,
Te hará la gloria que á la ciencia y letras
Sólo acompaña.

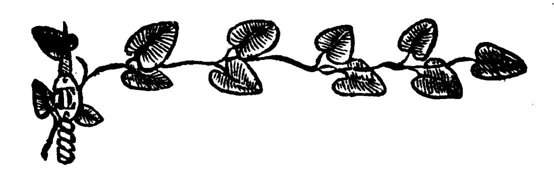
¿Qué importa, dime, que ya no constante
El sol, ¡España! tu extensión alumbre,
Si *tú* la lumbre de *tu* Sol de Aquino
Lanzas al cielo?

Desde el empíreo de la escuela el Angel
Esta corona de silvestre oliva
Grato reciba, que mi humilde mano
Tímida teje.

Sólo á tu ruego descolgué mi lira,
Y á toda prisa, Juventud hispana,
Esta mañana recorrí las notas
Que hora resuenan.

Tuyo es mi canto; mas si optar pudiera,
Antes que acentos de la lira mía,
Te ofrecería los que inspira egregio
Púlpito sacro.





DIÁLOGO

CON QUE EL COLEGIO DEL SAGRADO CORAZÓN FELICITÓ AL ILUSTRÍSIMO SR. DR. D. PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA Y DÁVALOS, ARZOBISPO DE MÉJICO, EL 8 DE DICIEMBRE DE 1889, DÍA DE SU JUBILEO SACERDOTAL.

PERSONAJES QUE HABLAN.

El Angel Custodio de la Arquidiócesi de Méjico.
El Angel Custodio de la Nación mejicana.
La Diócesi de Zamora.
La Diócesi de Puebla.
La Arquidiócesi de Morelia.
La Arquidiócesi de Guadalajara.
La Diócesi de Yucatán.
La Diócesi de León.

PERSONAJES QUE NO HABLAN.

Diócesis de Sinaloa, Colima, Sonora, Durango, Zacatecas, Linares, Querétaro, Veracruz, Tamaulipas, Tulancingo, Chilapa, Tabasco, Oajaca, Chiapas y San Luis Potosí.

Angeles Custodios de las Arquidiócesis y Diócesis mencionadas.

Podrá representar la escena el valle de Méjico, viéndose la ciudad en lontananza y Guadalupe en primer término. Si fuere cómodo, el Angel Custodio de la Nación podrá hablar desde la cumbre del Tepeyac, y cerca de él, el Angel de la Arquidiócesi.

Las Diócesis serán representadas por niñas vestidas de túnica blanca y manto flotante de diversos colores. Por tocado llevarán una mitra, baja, de forma gótica.

Las Arquidiócesis llevarán además el *palio* en el pecho.

Cada Angel Custodio llevará un estandarte en el que se lea el nombre de su respectiva diócesi.

EL ÁNGEL DE LA NACIÓN.

El Angel soy á quien la augusta mano
Del Supremo Hacedor confió clemente
La custodia del reino mejicano.
Traje á su seno la nación valiente
Que sus leyes le dió, y el almo signo
De la sagrada Cruz puso en su frente.
A cada iglesia su Prelado asigno
Y, por Dios inspirado, siempre escojo
Para mi cara Méjico el más digno.
Yo las plegarias de mi grey recojo,
Y aplaco, al presentarlas, con mi llanto,
Del airado Señor el justo enojo.
De ZUMÁRRAGA traje al varón santo
Que enarboló cual célica bandera
Del buen indiano el milagroso manto;
Y al gran MONTÚFAR, que por vez primera
En Concilio, la Iglesia mejicana
Reunir, nacida apenas, mereciera.
A MOYA DE CONTRERAS engalana
Sobre la mitra, virreinal corona;
Y él une á la virtud ciencia profana.

Sordo á mi llamamiento, á ajena zona
El pacífico Alonso de Bonilla
Lleva el fervor, que apóstol lo pregona.
Aunque al poder la frente nunca humilla
El ardiente Mendoza, en el combate
Su insigne caridad fulgente brilla.
Corazón de eremita en Guerra late,
Cuya paz no se altera, aunque espantoso
Temblor de tierra su ciudad abate.
Juan Pérez de la Serna, belicoso
Hiere al virrey; é iglesias y conventos
Edifica y sostiene dadivoso.
¿Cómo no alzáis á Manso monumentos?
Por la inundada Méjico navega,
Vencedor de las aguas y los vientos.
A Verdugo, al insigne de la Vega,
Y á Juan de Palafox mi labio llama,
Sin poderles hacer del palio entrega.
No bien prelado Méjico lo aclama,
Mañozca las primeras bendiciones
En la acabada catedral derrama.
Muy breves son de Azcona las funciones.
Un solo lustro á Méjico gobierna
Bugueiro, entre fatales disensiones.
Tras el humilde Osorio, la paterna
Ciudad viene á regir, agradecido,
Cuevas, santo pastor, con mano tierna.
A Ramírez de Prado, en el olvido
No dejará, por cierto, sepultado
El plazo á su gobierno concedido.

Enríquez de Rivera, denodado
Increpa, lucha, y, paternal, corrige,
Blandiendo al par la espada y el cayado.
Aguiar la santa iglesia austero rige.
Del reino y de la diócesis Ortega
Los destinos, espléndido, dirige.
La adversidad la frente no doblega
De Lanciego Eguilaz, que en largos años
Su grey apacentando no sosiega.
¡Loen á Vizarrón propios y extraños!
¿Cuándo miró la Iglesia mejicana
Tan grande caridad, males tamaños?
Loor á Rubio, que en edad temprana
Viene á ceñir la mitra refulgente.
¡Loor eterno al grande Lorenzana!
Pregonen su virtud de gente en gente
Los huérfanos sinnúmero que vida
Y nombre deben á su amor ardiente.
Por él, por cuarta vez se ve reunida
De Méjico la Iglesia; por él suda
La americana prensa ennoblecida.
En llamarlo el Pontífice no duda
A Toledo; á la púrpura lo exalta,
Y él al cautivo Pío presta ayuda.
No menos generoso Haro y Peralta,
Funda, dota, regala, da, socorre,
Y en la epidemia su fervor resalta.
Tras la perdida oveja amante corre;
Más de once mil presbíteros ordena;
Quince veces la diócesi recorre.

De LIZANA y BEAUMONT narrar da pena,
De BERGOSA y de FONTE (último ibero)
La vida episcopal, de azares llena.
De POSADA Y GARDUÑO alabar quiero
El celo y acendrado patriotismo,
Docto prelado y digno caballero.
Del justo GARZA al contemplar me abismo
La inflexible virtud y austera ciencia
Sepultadas en rudo cataclismo.
¡Oh Dios Omnipotente! Tu clemencia
Como nunca lució, cuando un Prelado
Pedirte osé, de altísima excelencia.
Sobre el ruinoso altar despedazado
Impertinente la Impiedad se erguía
Del Indiferentismo al diestro lado.
La grey dispersa por doquier corría;
Y, fingiendo amistad, el lobo astuto
A los corderos tímidos se unía.
¡Ay! ¿Quién apartará el vedado fruto?
¿Quién salvará la nave del naufragio?
¿Quién regirá la Iglesia en tanto luto?
En tal conflicto designé á PELAGIO,
Pastor cuyo fecundo sacerdocio
Era de dicha y paz cierto presagio.
Sus hazañas contar, arduo negocio
Es, hasta para un ángel. ¡Oh querube,
Que á Méjico en guardar eres mi socio!
Sal de la que te cubre avara nube.
De la feliz Metrópoli que amparas
Las glorias á mi lado á narrar sube.

Di de Pelagio las virtudes raras;
Su alta prudencia, su exquisito tino,
Grande bajo el dosel, grande en las aras.
Mas como enaltecer fué su destino
De esta región á las iglesias todas
Que me confiara el Redentor divino,
Canten, antes que tú, sus aureas bodas
De las demás iglesias los guardianes,
Y denle gracias en festivas odas,
Por su amor, su bondad y sus afanes.

Á la voz del Ángel de la Nación salen el de la Arquidiócesi y los demás Ángeles, conduciendo éstos por la mano á sus respectivas diócesis; y se colocan según lo permita el escenario.

Avanza ZAMORA, quedando á su lado un poco atrás su Ángel respectivo, y dice:

En mi seno nació: mi humilde mano
Tuvo la dicha de mecer la cuna,
Que fundamento á ser de mi fortuna
Predestinaba el cielo soberano.
Por Él, á acrecentado honor profano
Espiritual poder mi pueblo aduna;
Por Él, desde el abismo hasta la luna,
Me sublimó el Pontífice Romano.
Y cuando ni mural triste diadema
Mi polvorosa sien ceñir podía,
Y me abrumaba humillación extrema,
La mitra me donó de gran valía,
De preeminencia pastoral emblema
Y origen de mi cívica hidalguía.

Avanza MORELIA de igual manera.

A mis pechos lo crié: del alma ciencia
Bebió la leche en mi feliz regazo;
Lo até á la Iglesia con eterno lazo,
Lo desposé á la fiel Jurisprudencia.
Limpia su frente, pura su conciencia,
Lo condujo al altar mi amante brazo:
Foro, Tribuna, Corte, en breve plazo
Admiraron su insigne preeminencia.
Me lo robó Angelópoli dichosa;
Y, á pasos de gigante, hasta la cima
Ascendió de la escala misteriosa;
Y en gratitud á mi temprana estima,
El palio me donó: joya preciosa
Que á Metrópoli ilustre me sublima.

PUEBLA.

Fuí su primera grey: aun me imagino
Ver el óleo correr sobre su frente,
Cuando, vestido de oro refulgente,
Uniera su destino á mi destino.
Aun me parece, con ardor divino,
Verlo empuñar el báculo valiente,
Y la cabeza herir de la serpiente
Que audaz se atravesara en su camino.
¡Ay! Lo miro también, en duro hierro
Trocar, nuevo Crisóstomo, sus glorias,
Y de mi templo abandonar el atrio;

Mas no para morir en el destierro,
Sino, tras largas luchas y victorias,
Poderoso volver al suelo patrio.

Avanza GUADALAJARA, rodeada de sus sufragáneas SINALOA, COLIMA, SONORA, DURANGO, ZACATECAS y LINARES, acompañadas de sus respectivos ángeles, y dice:

No me quiso inferior á la que brilla
Tanto por Él, Iglesia Mejicana:
A la que su hija fué, llama hoy hermana,
Y á rango arzobispal alza mi silla.
La que mi frente ornó mitra sencilla,
Con corona de perlas engalana;
Y con mis sufragáneas vengo ufana
A doblar á sus plantas la rodilla.
Sinaloa, Colima, la Sonora,
Durango, Zacatecas y Linares,
Mis hermanas ayer, mis hijas hora,
Sus montes abandonan y sus mares,
Y al buen Pastor á quien la Iglesia adora
Vienen á acompañar á los altares.

Avanza YUCATÁN, teniendo á su lado á OAJACA y CHIAPAS con sus respectivos ángeles, y dice:

A sus hijas mirad. ¡Cuántos favores
En torno de su mesa recibimos,
Cual de la vid los pálidos racimos
En las antiguas viñas de Dolores!
Hoy, sus caminos á sembrar de flores
Desde el lejano litoral venimos,

Y á recoger ansiosas los opimos
Frutos de sus espléndidas labores.

Avanza LEÓN rápidamente, rodeado de QUERÉTARO, VERACRUZ, TAMAULIPAS, TULANCINGO, CHILAPA, TABASCO y SAN LUIS POTOSÍ, y termina el soneto:

También sus hijas somos: la existencia
Debemos al Pastor, que largos años
Nos conservó la sabia Providencia.
Es nuestro su cayado, y no en extraños
Apriscos, vienen hoy á su presencia
La gramilla á pacer nuestros rebaños.

Se retiran, y baja el Ángel de la Arquidiócesi de Méjico del lugar donde ha estado, al lado del de la Nación. Para mejor recitar podrá clavar su estandarte en el suelo, ó dejarlo del todo, una vez que el público haya visto el nombre de la iglesia que guarda.

EL ÁNGEL DE MÉJICO.

¿Quién, más que yo, del Arzobispo insigne
Contar podrá las prendas y el acierto?
Mi rota nave va llevando al puerto
En medio del indómito Aquilón.
Y aunque el casco las olas agujeran,
Ni el rumbo tuerce, ni la marcha pára;
Las averías próvido repara
Sin soltar impertérrito el timón.
Los que admiráis la dulce mansedumbre
Con que el crimen soporta y la injusticia,

Su valor no olvidéis, ni su pericia:
Él supo, cuando quiso, batallar.
Él esgrimió su báculo, guerrero,
Sin humillar ante el poder la frente:
La Santa Iglesia defendió valiente,
Y cayó, la rodilla sin doblar.
El rayo espiritual luego soltando,
Sobre el enfermo plácido se inclina,
Y cura con celeste medicina
La misma llaga que su fuego abrió.
Contra su seno al pecador estrecha,
Y de Jesús siguiendo el dulce ejemplo,
Con fuerza irresistible atrae al templo
Aun al que su dintel jamás cruzó.
En llanuras, en montes, en ciudades,
Ved cómo los santuarios multiplica,
Y soberbia basílica edifica
A nuestro protomártir japonés.
Para el trono sin par que en Guadalupe
Su mano eleva á la gentil María,
Ya sus estatuas el romano envía,
Sus ricos artefactos el francés.
¡Con qué cuidado en el naciente clero
Con el ingenio la virtud cultiva!
¡Con cuánto celo la piedad aviva
Del anciano Ministro del Señor!
¿Quién solicita su favor en vano?
¿Quién no recibe si la mano tiende?
Sobre el amigo y enemigo extiende,
Sin distinción, su manto protector.

Mirad en torno la falange bella
Que se presenta á su pastor delante,
Ufano tremolando la triunfante
Enseña del Sagrado Corazón.
Humilde y diminuta se movía (1)
Cuando llegó á la playa mejicana.
Merced á su favor, hora lozana
Se ostenta al mundo, y nómbrase *legión*.
Acepta, oh Padre, de tus fieles hijas
Los que te ofrecen, cariñosos dones:
Acepta sus amantes corazones,
Que tan bien has sabido conquistar.
Los años de tu largo sacerdocio
Su inextinguible gratitud no cuenta;
Quieren acompañarte otros cincuenta
En derredor del encendido altar.

---

(1) Si se quiere, y lo permite el local, podrían aparecer en lontananza, llegando á Veracruz en un bote, las tres primeras religiosas del Sagrado Corazón que llegaron al país.





AL MISMO SEÑOR ARZOBISPO

REGALÁNDOLE UN ANILLO EL DÍA DE SU JULILEO.

Desterrado, en el suelo britano,
Oh Pastor, te acogí tierno niño;
A la Eterna Ciudad mi cariño
Me llevó de tus huellas en pos;
Y en el día que el pueblo cristiano
Fiel consagra á Lorenzo el levita,
Me impusiste la mano bendita
Que me hiciera ministro de Dios.
Ofrecí mi primer sacrificio
Sobre el cuerpo de Ignacio glorioso:
Allí estabas, Pastor bondadoso,
De rodillas al pie del altar.
Con el óleo (sin par beneficio)
Mi cabeza bañó Pío Nono;
Allí estabas, enfrente del trono
En que quiso á su siervo sentar.
A tu lado pisé muchas veces
De las cortes las ricas alfombras;

Muchas veces del bosque en las sombras
Cariñoso tu llanto enjugué.
 Hoy, que anciano la víctima ofreces,
Tantos años tu amparo y tu guía,
A la tuya uniré la voz mía,
Y contigo al altar subiré.
 A aceptar tu bondad no se niegue
Una prenda de dulce esperanza,
Y á la par de antiquísima alianza
Y acendrado cariño filial.
 Trasladar á tu dedo te plegue
El que adorna mi dedo, sencillo,
De oro puro finísimo anillo,
De fe sello y de amor pastoral.
 De diamantes fulgente corona,
En él cerca la imagen sagrada
De la Virgen que, nunca manchada,
La serpiente infernal humilló:
 De la Virgen, tu excelsa Patrona,
Que hoy aún ampararte se digna,
Y hace ya medio siglo, benigna,
Tu feliz sacerdocio inició.





PLEGARIA

CON MOTIVO DEL MISMO JUBILEO.

«Exaudi Christe, Pelagio vita.»
SAN AGUSTÍN, Ep. 213.

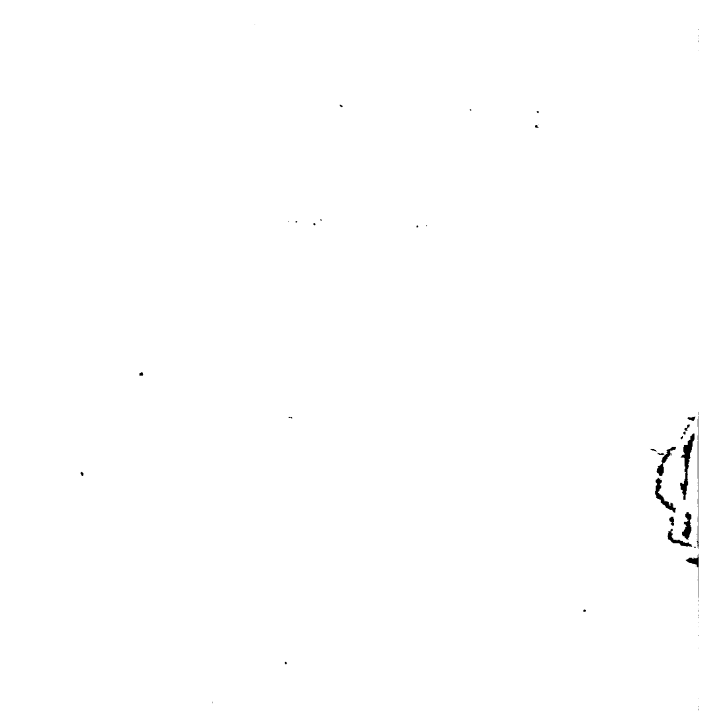
¡Oh Señor! No permitas que el Piloto
Que prudente gobierna nuestra nave,
Antes que cese de soplar el Noto
Su carrera mortal rendido acabe.
Del errante bajel el casco roto
Él solo encaminar al puerto sabe,
Aunque todas sus velas á jirones
Redujeron los recios Aquilones.
Ten piedad ¡oh Señor! de la que fuera
Reina una vez, Iglesia Mejicana,
Y ahora gime esclava y prisionera
Como en cerrado harén infiel sultana.
Sus grillos dora la impiedad artera;
Con falsos oropeles la engalana;
Hasta su justo llanto le da enojos,
Y seca con el látigo sus ojos.
En tamaña aflicción, sólo á una mano
Es dado sostener su mustia frente;

Sólo á un privilegiado Cirujano
Que sus heridas lave se consiente;
Sólo á una voz, de encanto sobrehumano,
A la infernal hipócrita serpiente
Es dado fascinar con dulce acento
Y repeler su emponzoñado aliento.
¡Ay si esa mano á retirarse llega!
¡Ay de nosotros si esa voz se apaga!
¡Ay si la muerte al Cirujano siega
Ó al experto Piloto el ponto traga!.....
Tu pueblo fiel rendido te lo ruega
En medio del placer que hora lo embriaga:
Libértanos ¡oh Cristo! del naufragio
La vida conservando al gran Pelagio.



LIBRO SEGUNDO.

ELEGÍAS.





I.

EL PAPAGAYO DE CORINA.

TRADUCCIÓN DE OVIDIO.

(*Amorum*, lib. III, elegía IV.)

El loro que á las Indias orientales
Debió Corina, ha muerto. ¡Aves dolientes,
Venid á celebrar sus funerales!
Las plumas arrancad de vuestras frentes,
De cabellos en vez; y las mejillas
Desgarren vuestras uñas inclementes.
Con las alas, piadosas avecillas,
El pecho herid: la fúnebre trompeta
Suplid con vuestras cántigas sencillas.
Del Imario tirano, ¿qué te inquieta,
Oh Filomena, el crimen? De tu llanto
Há tiempo la medida está repleta.
Á pájaro sin par el triste canto
Hoy consagra no más. De Itis la suerte
Motivo es ya muy viejo á tu quebranto.
Los que el aire pobláis llorad su muerte,
Y más que todos, por tu dulce amigo,
Triste palomo, tú, lágrimas vierte.

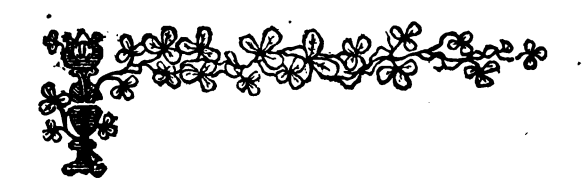
En concordia feliz vivió contigo,
Y, fieles hasta el fin, por años largos
Os dió la misma jaula grato abrigo.
Lo que Pílades fuera al joven de Argos,
Fué para ti el palomo, amable loro,
Constante aun en los trances más amargos.
Mas, ¿qué tanta amistad? ¿qué tu decoro
Y variado color? ¿qué tu ingeniosa
Lengua gentil y paladar sonoro?
¿Qué te valió de mi Corina hermosa
El favorito ser, desque en sus faldas
Te colocó mi mano dadivosa?
Moriste, sí. Las verdes esmeraldas
Tu plumaje ofuscaba: rojo vivo
Ostentaban tu pico y tus espaldas.
¡Con qué donaire y ademán festivo
Remedabas al hombre! Ningún ave
Te igualaba en talento imitativo.
La envidia te mató, ¡dulce y süave
Amante de la paz! Nadie deslices
Que te deshonren, ó pendencias, sabe.
¡Y viven las guerreras codornices,
A pesar de su genio turbulento,
Hasta avanzada edad, siempre felices!
Saciábate poquísimo alimento,
Y en tu afán por hablar, mil y mil veces
Para comer faltábate el aliento.
Semillas de amapola y duras nueces
Formaban tu festín, y tu bebida
Era el líquido humor criador de peces.

Al cuervo, que la lluvia apetecida
Con su graznido anuncia, el Hado deja,
Y al buitre y al halcón la inútil vida;
Y vive largos años la corneja
Aunque la odia Minerva, y hasta nueve
Centurias cumple sin llegar á vieja.
¡Mientras, las aguas de Aqueronte bebe
El Indio papagayo, del humano
Acento imitador, tras vida breve!
Siega la muerte con avara mano
Lo elevado y lo hermoso: los embites
Del Hado, vence lo rastrero y llano.
Del gran Protesilao vió Tersites
El triste fin. Cenizas Héctor era;
Sus hermanos gozábanse en convites.
¿Los ruegos narraré con que pidiera
Corina tu salud? ¡Súplica vana
Que al mar arrebató brisa ligera!
Al sexto día, día sin mañana,
De tu dolencia, ya su rueca inclina
Sin estambre vital Cloto inhumana.
Mas en el corvo pico repentina
No se apaga tu voz, y al morir clama
Tu no cansada lengua: *Adiós*, *Corina*.
En los Campos Elíseos, según fama,
Al pie del monte un encinar florece
Y un prado ameno, con perenne grama.
Aquél, si lo dudoso fe merece,
Es el lugar que de las aves buenas
Eterno premio á la virtud ofrece.

Los cisnes sin mancilla horas serenas
Pasan; y el Fénix, que aunque muere es uno
Y el mismo, entona allí sus cantilenas;
Su cola ostenta el pájaro de Juno;
Se besan las palomas amorosas:
Pájaro infame allí no entra ninguno.
De aquella selva habita en las umbrosas
Ramas el loro, y con humano acento
Entretiene á las aves virtüosas.
Su cuerpecillo, exiguo monumento
Encierra aquí, y en lápida pequeña
Breve inscripción revela mi lamento:
ESTE SEPULCRO, PASAJERO, ENSEÑA
QUE FUÍ DELICIAS DE GENTIL SEÑORA:
ERA CORINA MI MAESTRA Y DUEÑA;
DE HOMBRE, NO DE AVE, FUÉ MI VOZ CANORA.

1880.





II.

EN LA TEMPRANA MUERTE DEL ILMO. Y RVMO. SR. D. FRAY VITAL GONÇALVES DE OLIVEIRA,

DEL ORDEN DE LOS MENORES CAPUCHINOS, OBISPO DE OLINDA.

A la remota tumba de un hermano
Dejad que vuelva los llorosos ojos,
Que en medio á vuestro gozo enjugo en vano;
Y ya que no me es dado á sus despojos
Agua lustral, ni bendecido incienso,
Ni frescas flores ofrecer de hinojos,
Al menos pueda mi dolor inmenso
Desfogar con el que hora me circunda,
De culta sociedad cortejo denso.
En mi ánimo quizás valor infunda
Vuestra fiel compasión, ya que partida
Mitígase la pena más profunda;
Y ya que á aligerar hoy me convida
Vuestra piedad el peso que me oprime,
Dejad que con vosotros lo divida.

¡Ah! con razón desconsolada gime
La Iglesia del Brasil: sin vida yace
Su campeón más fuerte y más sublime.
La que fuera su grey, huérfana pace;
Y al verla sin pastor, del lobo impío
Crece la saña y el furor renace.
Llora, Olinda, á tu Padre; y tú, gran río
Que á París bañas, y morir lo viste,
Llora á tu huésped y al amigo mío.
¡Sagrado Tíber, ya enlutado! hoy viste
Sobre tus negras ropas nuevo luto:
Dique robusto en mi *Vital* perdiste.
Ríndele, oh patria, fúnebre tributo
De justa admiración. Alma de acero
Tiene quien hoy conserve el rostro enjuto.
¡Defensor de la fe! ¿Por qué primero
Que tu inútil hermano, así abandonas
El rojo campo del combate fiero?
En la margen del férvido Amazonas
Mil luchas te aguardaban todavía,
Oh joven adalid, y mil coronas.
Tras largo combatir, te sonreía
La victoria, por fin, cuando la muerte
Segó tu cuello con guadaña impía;
Y tú, más mozo que el que lloro vierte,
Fiel amigo, por ti, partes al cielo:
¡El débil sobrevive, muere el fuerte!
Al que esgrimía con invicto celo
De la palabra la fulmínea espada,
Aguda enfermedad convierte en hielo;

¡Y al imbele pastor, á quien agrada
Apacentar cantando su rebaño,
Nada atormenta ni doblega nada!
Al brasileño Imperio ¡cuánto daño
Causará la satánica Serpiente
Mirando de *Vital* viudo el escaño!
Ya se regocijaba omnipotente,
Doquier llevando su letal veneno,
Doquier hincando su temido diente;
Ciego al peligro, á la malicia ajeno,
El incauto cristiano la abrigaba
Con necio amor, en su indefenso seno;
Y sin cadenas, ni temor, ni traba,
A reinar empezaba cual señora,
Quien debiera yacer muerta ó esclava.
En el palacio do el Monarca mora,
Ella, no Pedro, el cetro sostenía,
Y empuñaba la espada vengadora;
Castigos y favores repartía,
Y ella, en vez de su siervo el Parlamento,
Leyes dictaba en su caverna umbría:
Y ni así satisfecha tuvo aliento
De subir al altar con arrogancia,
Y en el templo fijar su negro asiento.
Allí la halló *Vital* cuando á la instancia
Tornó del brasilero soberano
Al patrio hogar desde su amada Francia.
Seis lustros no contaba y quisó, en vano,
De su labio apartar la amarga copa,
Y retirar del báculo la mano.

Con asombro de América y Europa,
En tan temprana edad, le obliga Pío
A vestir de pontífice la ropa.
El hijo de Francisco, su albedrío
Humilde sometiendo al gran Jerarca,
La mitra episcopal ciñe con brío;
Y atravesando el mar en ruda barca,
Gozoso vuela á los amantes brazos
Del que tanto lo amó sabio Monarca.
Al ver sujetos con vedados lazos
Sus nuevos hijos, y á Satán vendidos,
Su tierno corazón se hace pedazos;
Y con súplicas, ruegos y gemidos
Quiere apartarlos de la errada senda
Que al abismo los lleva empedernidos.
Mas ¡ay! todo fué vano. Antes, la rienda
Con más furor soltando á sus pasiones,
Entraron en sacrílega contienda;
Y del Prelado ahogar las oraciones,
En el recinto mismo de su templo,
Quisieron de Satán los campeones.
¡Ah! ¡Cuál entonces á *Vital* contemplo
Esgrimir la severa disciplina,
Siguiendo de Jesús el santo ejemplo!
¡Bien haces, buen Pastor! Hiere, fulmina
Los rayos de que armó tu sacra diestra
De Jehová la potestad divina.
Con rigor saludable, al mundo muestra
Que no sólo atraer debe el cayado,
Sino servir de lanza en la palestra.

El noble Emperador que te ha forzado
A abandonar tu celda y tu convento,
No dudes, no, combatirá á tu lado.
Bien sabe el grande Pedro que tu intento
Es defender con el altar el trono,
Y eco serán sus leyes de tu acento.
Amigo tuyo, ¿qué no hará en tu abono?
De la Iglesia romana hijo obediente,
De tus contrarios domará el encono.....
Pero ¿qué miro, oh cielos! ¿Qué torrente
De hombres armados, el bendito muro
Que guarece á *Vital* rompe insolente?
¿Dó van? ¿Dó lo conducen? ¿Quién perjuro
Lo arrastra con sacrílegos cordeles
Y lo sumerge en calabozo obscuro?.....
¡Arranca de tu frente los laureles
Débil Emperador! Tales hazañas,
Proezas son de idólatras ó infieles.
¿Contra inerme Pastor así te ensañas?
¿Y cristiano monarca osas llamarte?
Ni á Dios ni al mundo ¡desdichado! engañas.
De Cristo y de Belial el estandarte
Ni unir podrás, ni derribar sañudo
De Pernambuco al nuevo balüarte.
¿No ves cómo resiste al golpe rudo
Que le asesta feroz quien fué su amigo
Y debiera ser hoy su firme escudo?
De inicuas leyes al infando abrigo,
Condena al inocente secta impía,
Por largos años, á cruel castigo;

Y el que de rey cristiano se gloría
La sentencia infernal frágil sanciona:
¡Ay del Prelado que en monarcas fía!
¡Angeles del Señor! áurea corona
Al mártir preparad, que entre cadenas
La fe de Cristo sin temor pregona.
¡Fieles! ornad de lauros las almenas
Que de *San Juan* circundan el castillo,
Y sus torres regad con azucenas.
¡Prisionero Pastor! Jamás el brillo
Envidié de tu alcázar: ni trocara
Por tu opulencia mi vivir sencillo;
Ni de tu Pernambuco la algazara
Eché de menos donde aislado moro,
Ni su esplendor, ni su belleza rara.
Mas tus grillos al ver, copioso lloro
Vertí de envidia; y por ornar con ellos
Mis pies, te diera otros iguales de oro.
De tu prisión me parecieron bellos
Los negros muros; y su opaca lumbre
Superior de mi sol á los destellos;
Y de la dicha y del honor la cumbre
Juzgado hubiera este ministro indigno
Vivir bajo su fétida techumbre.
Mas ¡ay! el cielo, para ti benigno,
De padecer tormentos ni prisiones
No me juzgó, por mis pecados, digno:
Y siempre libre, pude á las regiones
Europeas volar cuando me plugo,
De Pío á recibir las bendiciones.

Allí, oh *Vital*, te hallé. Por fin el yugo
Que tu cerviz indómita oprimía
Rompió vencido tu imperial verdugo.
Mas encubiertas flechas todavía
Te asestaba hasta el pie del Vaticano:
¡Ay del Prelado que en monarcas fía!
¡Con qué transportes estreché la mano,
Y me arrojé en los brazos cariñoso
Del fuerte mártir y adorado hermano!
En la flor de la edad, su rostro hermoso
De la dura prisión ligeras huellas
Apenas conservaba vigoroso.
Modesto su mirar; pero centellas
Arrojaban sus ojos, si un instante
Siquiera alzaba las pupilas bellas.
Sobre el pecho ondeaba la flotante
Y larguísima barba capuchina
Negra adornando el varonil semblante.
Aun me parece verlo en la colina
De Lourdes, majestoso descollando
Entre la inmensa turba peregrina.
Aun me parece oir su acento, cuando
De María entonaba los loores
Al pie del simulacro venerando.
¡Oh día inolvidable! Los Pastores
Más célebres de Francia van devotos,
Seguidos de su grey por los mejores;
Ni falta de países muy remotos
Quien acuda á la Virgen sin mancilla,
Llevando ofrendas y cumpliendo votos.

Corona sin igual fulgente brilla
En manos del Legado, que hasta el Gave
Manda del Tíber la sagrada orilla.
En la inmensa basílica no cabe
La muchedumbre de piadosa gente
Que invade el atrio y espaciosa nave;
Y en procesión desfila reverente
Al que en medio del valle alto se eleva
Altar dorado, de la gruta enfrente.
Entre la turba al avanzar, se lleva
Vital en pos de sí todos los ojos,
Y admiración excita siempre nueva.
—*Bendícenos*, *Pastor*, gritan de hinojos
Mil voces por doquier.—*Ved*, otro clama,
Al que arrostró del César los enojos.
—*Él es, él es; el que la inicua trama*
De la impiedad deshizo.—Honor se rinda
Al que la Iglesia su columna llama.
—*¡Confesor de la Fe! Francia te brinda*
Con el amor que tu Brasil te niega:
¡No nos dejes, por Dios, mártir de Olinda!
Bendiciéndolo así, con flores riega
La multitud el plácido camino
De *Vital*, que confuso al ara llega;
Do con acento grato y argentino
El Pictaviense Obispo, nuevo Hilario,
Las glorias canta del poder divino.
Y el ínclito Legado del Vicario
De Cristo, á la gran Reina orna la frente
Que se nos dió por Madre en el Calvario.

Allí estabas, *Vital:* mi pecho ardiente
Junto al tuyo latía; y con tu diestra
Mi diestra bendecía juntamente.
  Unida, al cielo la plegaria nuestra
Voló, cuando en la gruta milagrosa
Tu indigno hermano oraba á tu siniestra.
  Mi mente recordar apenas osa
Esa noche, que en medio á los encinos
Subíamos con marcha presurosa.
  Al frente de incontables peregrinos
Ibamos, oh *Vital*, cuatro Pastores
Por las rocas trepando y los espinos.
  De veinte mil antorchas los fulgores
El bosque enrojecían; reflejaba
El río de cristal sus resplandores;
  Y cual serpiente de encendida lava
Iba la procesión por los collados,
Y al Etna la montaña semejaba.
  ¡Ay! sólo vivo yo de esos Prelados:
Mis tres hermanos, de la Iglesia gloria,
Fueron por el sepulcro devorados.
  ¡Con qué dolor reclamo á la memoria
La tarde en que partió, contento y lleno
De esperanzas de próxima victoria!
  Al llevarlo á la nave, ¡cuán sereno
El buen Pastor sonriendo me decía:
Tras el trïunfo agudrdame el veneno!
  ¡Ah! La ponzoña no: la felonía
Temprana tumba abrióle en suelo extraño.
¡Ay del Prelado que en monarcas fía!

Alejado murió de su rebaño,
Víctima de satánicas traiciones
Y agobiado por tanto desengaño.
¡Oh Reyes, aprended! ¡Claros varones
Que gobernáis la tierra! en su funesta
Muerte, aprended terríficas lecciones.
La mano oculta que su dardo asesta
Al sacerdote inerme y al cristiano,
Para vosotros el puñal apresta.
Valientes sacudid el yugo insano
Del infernal Dragón, que audaz pretende
Ser en el mundo solo soberano.
¡Católica ciudad! firme defiende
Tus muros contra el pérfido enemigo
Que red sutil, como la araña, tiende.
¡Pueblo cortés que hospitalario abrigo
Al errante Pastor das placentero!
En prenda de mi amor, ¿qué haré contigo?
Llamásteme á gozar, y lisonjero
Cortesanas palabras me dijiste:
Si tu gozo turbé, perdón espero.
Mal se puede alegrar quien luto viste;
Y quien se rinde á funeral quebranto
Fuerza es también que á los demás contriste.
Tus dulces voces y armonioso canto,
Y tu decir galano y exquisito,
Importuno quizás ahogó mi llanto;
Mas desfogar mi duelo necesito,
Y á mezclar vuestro fúnebre lamento
Con mis lágrimas tiernas os invito.

¡Ministros que ofrecéis el Incrüento
Sacrificio! ¡Católicos seglares!
¡Damas ilustres, de piedad portento!
Sin consuelo llorad; llorad á mares.
El valiente cayó: la tumba encierra
Al robusto sostén de los altares.
¡VITAL invicto, rayo de la guerra,
De cuyo brazo juvenil pendía
La salvación de tu nativa tierra!
¿Cómo caístes en infausto día?
¿Cómo caíste *tú*, cual nadie fuerte?
Al consagrarte flébil elegía,
Lloro y envidio tu gloriosa muerte.

1878.



III.

EN LA MUERTE
DEL
EXCMO. SR. D. JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA,
DIRECTOR DE LA ACADEMIA MEJICANA.

No me alejéis de la bendita losa
Con que la tumba del querido hermano
Cerró nuestra Academia lacrimosa.
Aunque no puede ya mi débil mano
Grabar el epitafio de adamante
Que merece el insigne ciudadano,
Ni mi cansada voz deja que cante
Al que en la humana ciencia fué portento
Y en la divina caridad gigante,
Para abrazar aún me sobra aliento
La augusta cruz, que nuestra fe revela
Y corona el marmóreo monumento;
Y las noches pasando en dulce vela,
Hacerme guardador de su memoria
Y de su honor perpetuo centinela;

Y á quien pretenda mancillar su gloria
Ahuyentaré del caro mausoleo,
Armado con la Biblia y con la Historia.—
Aun me parece que al patricio veo
En la tierra cumpliendo los mandatos
Que en el Volumen Inspirado leo,
Y lejos de la turba de insensatos
Sus pasos ordenar eternamente,
Útiles al mortal, al cielo gratos.
«El rico poseedor y el indigente
Se han menester (nos dice la Escritura),
Y se hallarán el uno al otro enfrente.
»Entrambos son del Creador hechura;
¡Ay del que al pobre su jornal retenga,
Ó le atormente con vedada usura!
»Tamaño crimen justiciero venga
El brazo del Señor. Para el mendigo,
Feliz quien su morada abierta tenga.»
¡Oh de los pobres cariñoso amigo!
De que tan bellas máximas seguiste
Catorce lustros, ¿quién no fué testigo?
¿Quién no te vió las lágrimas del triste
Secar, con la bondad fascinadora
Á que el pecho más duro no resiste?
Del enfermo endulzó la postrer hora
Mil veces tu piedad, ó de la muerte
Detuvo la guadaña destructora.
Amargo lloro en tus haciendas vierte
De siervos la incontable muchedumbre
Que en hijos de adopción tu amor convierte.

Te lloran mil hogares, cuya lumbre
Encendiste, trocando en alegría
Del huérfano infeliz la pesadumbre.
Gime la aristocracia, y tu hidalguía
Proclamando á la faz del Nuevo Mundo,
Encomia tu gentil sabiduría.
Que del vicio al embate furibundo
Supiste resistir, y á la opulencia
Unir, cual Salomón, saber profundo;
Y la docta Madrid premió tu ciencia,
Y á París asombró tu alta doctrina,
Y á Londres de tu ingenio la potencia.
La patria ante tu féretro se inclina;
Y si vivo te honró, muerto te adora
Y tu noble misión llama divina.
Divina, sí; tu voz, atronadora
Como la de Ezequiel, de abandonadas
Tumbas, cuyo lugar el vulgo ignora,
Llamó las osamentas descarnadas
De apóstoles sin par, que á ignotas gentes
Cultura y fe trajeron adunadas.
Juntáronse los huesos obedientes,
De carne revistiéronse y tendones,
Y espíritu vital bañó sus frentes.
Merced á ti, la nuestra y las naciones
Extrañas, admirar pueden hoy día
Á aquellos evangélicos varones.
Y reviven el gran Motolinía,
Los dos Martines, el sagaz Mendieta,
Gante, Sahagún, Guadalcanal, García.—

Á contarlos renuncio. Tanto atleta
Sólo él pudo evocar. ¡Almas augustas!
Al túmulo llegad de Icazbalceta.
En las solemnes literarias justas
Que hacemos en su honor, á nuestro coro
Las voces vuestras únanse robustas.
Con su péñola os dió lustre y decoro,
Y del profundo seno del olvido
Sacó de vuestros libros el tesoro.
De gratitud un cántico os convido
Á mezclar á las notas funerales
Que entona nuestro labio agradecido.
¡Venid, venid, figuras colosales!
No temáis que á la espléndida asamblea
Espanten vuestros rústicos sayales.
¡Mil veces salve, sombra gigantea
Del primer Arzobispo mejicano!
Tu grave rostro déjame que vea.
Permíteme besar tu digna mano;
Deja que escuche el varonil acento
Que domó al español, ganó al indiano.
¡Miradlo! Ya se acerca al monumento,
Y apoyado en el báculo argentino,
Prorrumpe en este fúnebre lamento:
«Reposa en paz, ingenio peregrino,
Vástago y prez del ínclito linaje
Que á la India Occidental conmigo vino.
»Cultor feliz del español lenguaje,
Continuador de mi obra en este suelo
Á que la luz del Evangelio traje,

»Y el arte de la estampa, don del cielo
Que las tinieblas del error ahuyenta
Y del alma inmortal dirige el vuelo.
»Tres centurias después, no tuvo á afrenta
El trabajar tu mano delicada
En la que yo introduje, útil imprenta.
»Del cieno en que yaciera degradada
Tú la sacaste, y pregonar le hiciste
Esa verdad que al mundo desagrada:
»Alma verdad, á que el furor resiste
De la calumnia vil y la mentira
Que al más santo varón aleve embiste.
»Yo su víctima fuí; ni aun en la pira
Disfrutar me dejaron el reposo
A que el Pastor desengañado aspira;
»Y me pintaron torpe y rencoroso,
Esclavizado á fanatismo ciego,
Y crédulo á la par que sedicioso.
»Mi campeón te declaraste luego,
Mostrando que ni histórica pintura,
Ni estatua, ni papel arrojé al fuego.
»Que por mí floreció la arquitectura
Y enseñé al mejicano artes y oficios,
Y le di ciencia, letras y cultura.
»Que á mi pueblo colmé de beneficios,
Y la santa seráfica pobreza
Único premio fué de mis servicios.
»Lo proclamaste tú, con fortaleza
Digna del prócer y del sabio digna,
Y el rayo hirió tu impávida cabeza.

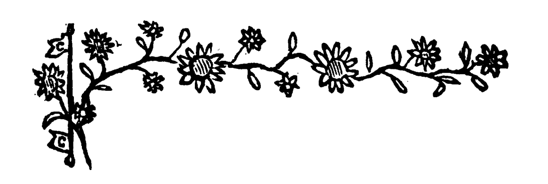
»La ingratitud te persiguió maligna;
Y la envidia cruel, que todo empece,
Lugar de oprobio junto á mí te asigna.
»Mas el divino Juez, justo te ofrece
La corona debida al que constante
Por la verdad, persecución padece.
»Al cielo suba tu ánima triunfante,
Mientras el cuerpo aguarda adormecido
De la resurrección el dulce instante.»—
¡Gracias sin fin, Zumárraga querido!
¿Cómo pagarte las dichosas nuevas
Que tu labio inmortal nos ha traído?—
Feliz quien de su amor osó dar pruebas
A aquellos religiosos zapadores
Que rompieron de Méjico las glebas,
Y, sordo á vituperios y á loores,
Supo guardar incólume la fama
Del primero y mayor de sus Pastores.
Yo la de él guardaré, mientras la llama
Vital me anime, y le daré mi llanto;
Y si algún necio su sepulcro infama,
Lo cubrirá mi prelaticio manto.

1895.



LIBRO TERCERO.

FIESCO.



FIESCO.

POEMA HEROICO.

(Año de 1547.)

I.

Cubren el sereno cielo
De Génova la soberbia
Nubarrones que, ocultando
Las relucientes estrellas,
Envuelven sus altos muros
En pavorosas tinieblas.
Sus alcázares de mármol
Trazarse pueden apenas
Por los fatigados ojos
En la obscuridad que reina:
Los dorados campanarios,
Que el aire elevados pueblan,
Se pierden de la honda noche
Entre las sombras espesas.
Tras los cerrados cristales
Ninguna dama se muestra,

Ni se perciben abajo
De amante joven las huellas.
El trovador embozado
Á su morada regresa
Sin que su mano entumida
Pulsar la cítara pueda.
Algún relámpago acaso
Descubre los centinelas,
Que, apoyados en su pica
Y calada la visera,
La hora del feliz relevo
Llenos de ansiedad esperan;
Mientras en torno á la llama
Los soldados se calientan,
Y, del deber olvidados,
A blando sueño se entregan.
De los cansados marinos
El ronco gritar ya cesa,
Y sin sentir el esclavo
El peso de sus cadenas,
Duerme también recostado
Sobre la anclada galera.
Tan sólo rompe el silencio
Algún apagado *alerta*
Que en el palacio de Doria
De vez en cuando resuena:
Tan sólo en aquella nave
Que en sus mástiles despliega
De los condes de Lavaña
Las poderosas enseñas,

Quizás algún movimiento
De gente armada se observa.
Y con razón: presurosa
Se hará mañana á la vela
Fuego asolador llevando
A la flota sarracena.
¡Oh, feliz el soberano
Que sobre súbditos reina
Que siempre tan generosos
Y tan patriotas se muestran!
¡Feliz de Lavaña el Conde,
Que mientras hace la guerra
Armando mil galeones
Y naves, á sus expensas,
En máscaras y festines
Pasa las noches enteras,
Y los cuidados y afanes
De su morada destierra!
Sí: mirad iluminadas
De su alcázar las vidrieras:
Ved cuán á menudo gira
Sobre sus goznes la puerta,
El paso libre dejando
A mil caballeros, que entran
Ricamente ataviados
Para la suntosa fiesta
Que esta noche les prepara
Con insólita grandeza.
Es regia de sus banquetes
La pompa y magnificencia;

A manos llenas prodiga
Su inagotable riqueza;
Es valiente y poderoso,
Y entre sus abuelos cuenta
Mil afamados guerreros
Y mil príncipes y reinas.
Idolatrado del pueblo,
Querido de la nobleza,
Con una alma generosa
De raras virtudes llena,
Digno es Ludovico Fiesco
De ceñir ducal diadema,
Y de sentarse en el trono
De la poderosa Génova.
Mas su corazón festivo
Tamaña suerte desdeña,
Y mil dichosos amigos
Mirar prefiere á su mesa,
Copas sin fin apurando
De dulces licores llenas,
Que contemplar en su torno
Mil guardias y centinelas
Y aduladores sin cuento
Con descubierta cabeza,
Y que estrechar amistoso
De Carlos Quinto la diestra.
Con ser de Doria el amigo
Su corazón se contenta,
Y ni en coronas ni cetros
Ni tronos ducales piensa.

Sí, duerme tranquilo, Doria;
De Ludovico no temas.
Duerme; y tu poder presente
Y glorias pasadas sueña:
Vuelve á desafiar osado
Del Gran Capitán la fuerza;
Arma tus bravos marinos,
Iza tus rápidas velas,
Y al musulmán acomete
Con tus invictas galeras:
Una vez y otra repasa
Tus inauditas proezas;
Vuelva á colocar potente
Tu nunca vencida diestra
Las águilas victoriosas
Sobre los muros de Génova,
Y tu majestosa planta
Al trono ducal ascienda,
Mientras tu mano se apoya
Sobre la rubia cabeza
De ese joven que, animoso,
Presto seguirá tus huellas,
La corona asegurando
A tu ilustre descendencia.
Después de sueño tan grato,
Con faz risueña despierta
Y de tus vasallos fieles
El hondo silencio observa:
En tu gobierno fiados,
Al sueño todos se entregan,

Y ni un malhechor se mira
Dentro tu ciudad siquiera.
¡Oh! Duerme otra vez tranquilo,
Y que ninguna sospecha,
Ningún afán ni cuidado
A turbar tu sueño venga.

II.

Del alcázar de Fiesco los salones
Antorchas á millares iluminan,
Que con su luz espléndida remedan
La ardiente claridad del mediodía.
Poco á poco los nobles convidados
Van entrando á la fiesta prometida:
De seda y de brocado son sus trajes,
Y en su rostro se pinta la alegría.
El joven caballero que en el campo
Ha blandido mil veces la cuchilla,
Y ha ganado mil palmas y laureles,
Que á las plantas llevó de su querida,
Viene á mostrar que en la festiva danza
El primero será cual en la liza,
Y que si diestro en su corcel batalla,
Diestro también por los salones gira.
Artificiosos brindis preparados
Trae para vencer su dama esquiva
El gallardo poeta, cuyo fuego
Noble se explaya en amorosa rima.

El magnate que cruces y blasones
Ostenta en derredor con mano altiva,
Viene á lucir sus numerosas joyas,
Su toisón y magníficas sortijas.
Tal vez el padre que en los puros goces
De su prole feliz su dicha cifra,
Extraña que el galante Ludovico
Haya olvidado á sus hermosas hijas.
El nuevo esposo del altar llegado
Entra tal vez, y á descifrar no atina
Por qué el amigo de sus tiernos años
Á su gallarda esposa no convida.
Mas al mirar sin damas los salones
Queda resuelto el enredado enigma,
Y que tendrán desordenada cena,
Y no sarao espléndido, adivinan.
En animados grupos se divide
Aquí y allí la alegre compañía;
Y quién á Doria de improperios llena,
Quién sus acciones sin piedad critica.
Del Caballero-Rey encomia alguno
El sin igual denuedo y bizarría;
Otro declara que veloz la estrella
De Carlos á su ocaso se aproxima:
Quién la inacción del genovés cobarde
Con mil colores ardoroso pinta;
Quién en voz baja á su inmediato amigo
De Doria el yugo á sacudir excita.
Pasan las horas, y la noche avanza;
Y atónita la alegre comitiva,

Observa que ni danza se prepara,
Ni que haya aprestos de banquete mira,
  Y que en lugar de numerosos pajes
Que dulces vinos y manjares sirvan,
Se oye el crujir de pavoroso acero,
Y armada gente en el palacio gira.
  Ya la puerta no se abre del alcázar,
Ni el silencio de Génova adormida
Interrumpe tardío convidado
Que la calle atraviese á toda prisa:
  La media noche rápida se acerca,
Y todos más y más se maravillan
Al esperar en vano al de Lavaña,
Cuya ausencia sus dudas eterniza.
  Los unos á los otros se interrogan;
Unos á otros atónitos se miran;
Y temen, y vacilan, y ninguno
La causa del fenómeno se explica.
  Súbitas se abren las cerradas puertas
Que á las alcobas del palacio guían,
Y se presenta Ludovico armado,
Radiante con insólita alegría.
  Fúlgido almete de variadas plumas
En su cabeza majestosa brilla;
Limpia coraza de bruñido acero
Sobre su pecho espléndida se mira.
  Tajante espada, que fraguó Toledo,
Vistosa cuelga de dorada cinta,
Y sobre el puño apóyase la mano
De guantelete rico guarnecida.

Grave su andar, esbelto su talante:
Todos su talla gigantesca admiran,
Su noble frente, su poblada barba,
Sus negros ojos y mirada altiva.
Viene á su diestra su valiente hermano;
Á su siniestra trae al fiel Verrina;
Detiénese al entrar en los umbrales,
Y exclama así con plácida sonrisa:
«¿Qué significa, amigos, la extrañeza
Que en vuestros rostros vívida se pinta?
Ese vano temor, esas sospechas,
Mis amigos, decid, ¿qué significan?
»¿Pasar la noche en voluptosas danzas
Y entre festines báquicos creíais,
Mientras oprime á nuestra patria hermosa
El yugo de insufrible tiranía?
»¡Os gloriáis, valientes genoveses,
De nuestro nombre y fama primitiva,
Y tal yugo sufrís! ¡Dobláis sumisos
Á un decrépito anciano la rodilla!
»¿No detestáis su orgullo y su arrogancia,
Su sin igual doblez y su falsía,
Y bajo su fingido patriotismo
No veis ocultas alevosas miras?
»Notad cuál cada día desparecen
Los privilegios nuestros y franquicias:
Marcad las proscripciones numerosas;
De nobles ved las cárceles henchidas.
»Leyes son los caprichos del anciano
Á quien escucha Génova sumisa;

Y si la voz alzamos suplicantes,
Es nuestra voz humilde escarnecida.
»Una esperanza de remedio pronto
Su senectud en vano nos inspira;
Que del sobrino pérfido, á su muerte
Nos regirá la diestra aborrecida.
»En vano Doria tremoló arrogante
De Libertad la enseña purpurina:
Presto trocó las águilas hermosas
Del verdugo feroz por la cuchilla.
»Extrañas armas deseables fueran
Más que sus hachas y tiranas picas;
Mejor sufrir la esclavitud del turco
Que el yugo atroz del Austria vengativa.
»Pero vosotros ¡oh! que á mil tiranos
Habéis vencido ya en sangrienta liza
(Lo digo con rubor), sufrís ahora
Tamaño deshonor con faz tranquila.
»En la ciudad un viejo delirante
Y un imberbe garzón nos tiranizan:
Sin siquiera saberlo, desde lejos
El ambicioso César nos domina.
»Pronto también en Génova la bella,
De Carlos al imperio sometida,
Infames españoles y tudescos
Nos burlarán con orgullosa risa.
»¿Y sufriréis, oh amigos, impasibles
Tamaño deshonor, tanta mancilla?
¡Imposible! ¡Jamás! ¡Sobre el malvado
De Dios la mano ya su rayo vibra!

»Esta noche, de eterna remembranza,
Ese Dios que los crímenes castiga
Hórrida muerte le dará al tirano,
Y á nosotros poder y nombradía.
»Hoy con riquezas y durable fama
La suerte á todos obsequiosa brinda:
Quien no desprecie tan soberbios dones,
Ármese bravo y mis pendones siga.
»El palacio ducal está cercado;
Guardadas están ya las avenidas;
Mis marinos armados en el puerto,
Por la ciudad mi gente repartida.
»Mis numerosos guardias y vasallos
Unidos marcharán á la voz mía,
Y bien presto veréis inanimada
De entrambos Dorias la cabeza altiva.
»Mas no creáis que un éxito tan bello
Fruto será de horrible alevosía.
¡Lejos de mí! Tan atrevidos planes
Estratagema son de Fiesco digna.
»Cuando despierte la azorada guardia
Que hora sin recelar duerme tranquila,
Mis valientes soldados á millares
Ya de ella fuertes estarán encima.
»Y sorprendido mirará el tirano
Enrojecerse su infeliz guarida,
Y, cual del seno de la obscura tierra,
Brotar en derredor la gente mía.
»Del opresor la aborrecida sangre
Ofreceréos grata en copa rica;

Con ella más contentos libaremos
Que con licor de España ó de Sicilia.
»Mañana, amigos, la ciudad soberbia
Nos doblará obediente la rodilla:
Riquezas y honra alcanzaréis entonces
Que de esta noche premien la fatiga.
»Tal es la fiesta y el banquete regio
A que mi labio férvido os invita:
El que poder y glorias ambicione
Armese bravo y mis pendones siga.»
Calla; y el auditorio conmovido,
Sin replicar, con estupor lo mira:
Él, entretanto, los callados rostros
Recorre majestoso con la vista.
Y cual hoy día en la opulenta Londres,
Con arte al hombre aun desconocida,
Raro varón á quien Europa toda
Sin comprender estupefacta admira;
Cuando corcel salvaje se presenta
Que nunca freno soportó ni silla,
Y burló de los fuertes domadores
La sin igual destreza no vencida;
Él, sin usar del mejicano lazo
Ni montar de los árabes á guisa,
Mientras el bruto por el ancho circo
Corre feroz é indómito relincha,
En medio de la arena se detiene,
Torva en la bestia su mirada fija,
Y con el brillo de sus claros ojos
Fascinador al animal domina:

Así á los vacilantes de Fïesco
Vence también la fúlgida pupila,
Y de valor sus pechos rebosando,
Suena por fin estrepitoso *viva*.
Del rico ferreruelo se despojan,
Y el dorado espadín á toda prisa
Cambian ansiosos por tajantes sables,
Y por adargas, yelmos y lorigas.
Al puesto se encaminan ardorosos
Que la mano de Fiesco les asigna;
Y todos sin escándalo ni ruido
Por la callada Génova desfilan.

III.

¡Corazón, corazón! ¿por qué del hombre
En el camino infausto te atraviesas,
Y le haces olvidar de sus deberes
La que pisara glorïosa senda?
De la adusta razón á los dictados
¿Por qué tan ardoroso te rebelas,
Y el amor ó la cólera encendiendo,
En amargura los placeres truecas?
Al joven lidiador la desolada
Imagen de su dama le presentas,
Y con tus amorosas pulsaciones
Del rojo campo del honor lo alejas.

Horribles celos fementido excitas
En el amante que al altar se acerca,
Y haces que, innoble, vengativa daga
Clave en el pecho de su esposa tierna.
Hora á la estancia de su fiel consorte
Inoportuno á Ludovico llevas,
Sin que vencer tus férvidos impulsos
Pueda de su alma la inaudita fuerza.
Corre la joven con abiertos brazos
No bien rechina la cerrada puerta,
Y al estrecharse entrambos cariñosos,
Sólo se escucha «¡Ludovico!» «¡Clelia!»
Quisiera hablar la dolorida esposa;
Mas á las fauces pégase su lengua,
Y sólo con sus lágrimas empaña
Del acerado peto la limpieza.
«Esposo, Ludovico, al fin exclama
De majestad y de nobleza llena,
¿Qué significan, dime, esa armadura
Y esos aprestos de cercana guerra?
»¡Ay! En vano me ocultas, desdichado,
La que innoble meditas trama negra:
Tu demudado rostro me descubre
Tu alevosía, oh conde, y tu bajeza.
»Yo te he visto mil veces denodado
Verter tu sangre en hórrida pelea,
Y ni ligera sombra de congoja
Mi valerosa faz cubrió siquiera.
»Mil y mil veces con pupila enjuta
Entre mis brazos te estreché contenta,

Cuando marchabas de entusiasmo lleno
A perecer quizás en cruda guerra.
»Mas hora que alevoso te preparas
A acometer aborrecida empresa,
Yo no sé, Conde, lo que en mi alma pasa;
No sé por qué la sangre se me hiela.
»Siento que á aborrecer al asesino
Me impele sin cesar secreta fuerza;
Y no puedo, mi amor, no puedo odiarte;
La fe jurada, el corazón lo vedan.
»¿Pero es verdad, oh Fiesco, que olvidado
De tus virtudes y tu estirpe regia,
Vas á teñir tu inmaculado acero
En la sangre mejor de la alma Génova?
»Respóndeme que no: dime que marchas
A domeñar las huestes agarenas:
Dime que vas á perecer con gloria,
Que por tu patria á pelear te aprestas.
»Entonces ¡oh! con palpitante pecho
Mi último abrazo te daré contenta;
Y adornaré tu gloriosa tumba
Con deshojadas flores, la primera.
»Pero si armado de alevosa daga,
De un puñado de gente á la cabeza,
Oculto entre las sombras de la noche
Vas á cebarte en inocente presa;
»Antes que Doria inanimado caiga,
Conmigo aquí tus crímenes empieza;
Y antes que ver tu infamia y tu deshonra,
Muerta á tus plantas tu puñal me tienda.

»¡Oh, por piedad, no partas! prosternada
Tu dolorida esposa te lo ruega:
Que vas á hallar, mi corazón me dice,
No gloria, sino muerte en las tinieblas.
»Ya me parece verte mutilado,
Con secos labios y la faz sangrienta,
Hecho en la playa de voraces perros
Y de buitres carnívoros la presa.
»Ya me parece que entre fieras burlas
Por la ciudad atado te pasean:
Tu cabeza del tronco separada
En palo infamador se me presenta.
»Olvida, olvida tan atroces planes;
Vuelve á pisar de la virtud la senda;
Que de tu vida, de tu honor al precio
Yo no ambiciono cetros ni diademas.
»¡No me dejes, por Dios! ¿De nuestras bodas
El venturoso día no recuerdas,
Cuando, extasiado en amorosos raptos,
Mil promesas me hicistes halagüeñas?
»¿Cuando dijiste: El universo entero
No trocara por ti, mi dulce prenda;
Por vivir, Clelia, á tu envidable lado
Una cabaña á un trono prefiriera?
»¡Ay, cuánto amor entonces! Mas ahora
De mi dicha pasó la feliz época,
Y más que duro mármol, insensible
Te muestras á mi llanto y mi terneza.
»Sí, vete, deja á tu infeliz esposa;
Corre á la lid, á la matanza vuela:

Olvida al hijo que en mi seno abrigo;
Troncha de un golpe la esperanza nuestra.
»Vé, hiere, mata, sin temor destroza;
Tus blasones empaña y tu nobleza;
Mas recuerda que amar á un asesino
Nunca podrá de Cibo la Condesa.»
Calla por fin; y en doble sentimiento
De ira y amor sus ojos centellean,
Y lágrimas arranca afectüosas
Del que jamás el llanto conociera.
El Conde de Lavaña conmovido
Va ya á ceder incauto á su belleza,
Cuando la voz funesta de Verrina
Por el palacio atronadora suena.
Despierta su ambición al escucharla,
De su imprudente lloro se avergüenza,
Y enjugando sus lágrimas ansioso,
Exclama así con su habitual firmeza:
«Condesa de Lavaña, noble esposa,
Cese, por Dios, tu férvida querella;
Nunca temas que manche mis blasones
Acción indigna de mi estirpe regia.
»Tu amor, el de mi patria esclavizada
Hoy vehementes á lidiar me llevan:
El oprimido pueblo clama á gritos
Del tirano pidiendo la cabeza.
»¡Adiós! Ó nunca de tu amante esposo
Podrás ya contemplar la faz risueña,
Ó pronto, sí, mañana, á nuestras plantas
Verás postrada la Ciudad Soberbia.»

Dice; y se aleja con violento paso,
Tras sí cerrando la pesada puerta,
Y despiadado, á su infeliz esposa
Sobre la tierra desmayada deja.

IV.

¡Noche, lóbrega noche que testigo
Fuiste de tanto horror y escena tanta!
¿Quién describir pudiera tus terrores,
Los crímenes que viste y la matanza?
¿Quién el pavor de la asombrada gente
Con sus colores tétricos pintara,
Cuando del lecho en que dormía muelle
Con estrépito horrible fué llamada?
¿Quién la fatal sorpresa del marino
Y el estupor de la dormida guardia,
Cuando sin armas vióse de improviso
Y de ejército intrépido cercada?
Que era llegada á su mitad la noche
Anunciaba la lúgubre campana,
Cuando cundió por la Ciudad Soberbia
En un momento inesperada alarma.
La galera que armara contra el turco
El generoso Conde de Lavaña,
A un caballero que veloz se acerca
Deja caer sin dilación la escala.
Empuña el remo el vigoroso esclavo;
Fuerte levanta el marinero el ancla,

Y entre las negras sombras avanzando
Bloquean de la Dársena la entrada.
  De Doria los bajeles numerosos,
Que allí encerrados sin temor descansan,
Por doquiera asaltados de improviso
Todos se ven de innumerables lanchas.
  En vano los forzados se despiertan
Y los marinos bravos se levantan:
Prisioneros se encuentran y vencidos
Antes que puedan empuñar las armas.
  Si algún valiente en resistir se obstina,
Lo pasa el filo de enemiga espada;
Y si escaparse algún bajel pretende,
La galera sobre él su fuego lanza.
  Vano es luchar: en vano por auxilio
El compañero al compañero clama;
El acero fatal del asaltante
Su dolorosa voz crüel apaga.
  Noble descuella en la invasora hueste
Forma sublime de elevada talla,
De largo sable, de brillante peto,
Ancho el broquel y la cimera blanca.
  El peso sin sentir de la armadura
Cual pajarillo por las aguas salta;
Y con ligero pie corre veloce
De bajel á bajel, de barca á barca.
  No es el estrago del funesto rayo
Terrible más que el de su diestra infanda:
Rastros sangrientos por doquiera deja.....
Él es, él es: el Conde de Lavaña.

Todo se humilla ó se aniquila todo
Allí do posa la insegura planta:
Blande el acero, y á su vista sólo
Los enemigos con terror se apartan.
Presto dejando á su poder sujeta
Del Almirante la infeliz escuadra,
Al frente marcha de sus bravas tropas
Las naves á atacar republicanas.
Armados ya los marineros todos,
Sobre los puentes sin temor lo aguardan,
Y apenas miran que se acerca intrépido,
Lluvia de fuego asolador descargan.
Corre á torrentes la fraterna sangre,
Se cubren de cadáveres las aguas,
Y mil y mil inanimadas formas
En el mar pavorosas sobrenadan.
La muerte despreciando, que horrorosa
Lleva doquier terrífica metralla,
Avanza Fiesco con desnudo sable,
Y á las naos impávidos se lanza.
Todas se ven en el instante mismo
Por muchedumbre intrépida abordadas,
Que por las cuerdas valerosa sube
Cual por escala de dorado alcázar.
Los golpes á porfía se redoblan;
Acrecen más y más las estocadas;
Retruenan sin cesar los arcabuces,
Y rotos caen yelmos y corazas.
¡Ay! ¡Más de un joven que laureles y oro
Se prometiera, y sempiterna fama,

Del insondable mar en lo profundo
Sepultadas dejó sus esperanzas!
¡Más de un valiente que en su puesto firme
Esgrimió la cuchilla no manchada,
Bravo hasta el fin, del indomable Fiesco
Cayó bajo la diestra sanguinaria!
¡Cuánto mancebo á quien la sed de gloria
Del seno de su madre arrebatara,
En la lucha fatal cayó sin vida,
Cuando ella ¡oh cielos! sin temor soñaba!
Cansado el labio enumerar no puede
La multitud de infortunadas almas
Que á las regiones del eterno olvido
Bajaron ¡ay! en esa noche aciaga.
Adamantina voz fuera impotente,
Cien ardorosas lenguas no bastaran,
Para cantar, oh Fiesco, tus proezas;
A referir, oh Conde, tus hazañas.
Tú enarbolaste tu pendón altivo
En la vencida nave capitana,
Y tu sonoro grito de victoria
Hizo cesar la lucha encarnizada.
¡Ved! Al oirlo el enemigo tiembla:
Todos deponen con terror las armas,
Y en un instante quedan sometidas
A la rebelde gente las escuadras.
Apenas cesa en el calmado puerto
El confuso rumor de la batalla,
Cuando lejano llega á los oídos
El eco de terrífica algazara.

El pecho rebosando de alegría,
Hacen volver á la ciudad las lanchas,
Y más distinto el plácido rüido
Anuncia la victoria deseada.
El pueblo todo de la ardiente Génova
Cubre las calles y espaciosas plazas;
Y *Fiesco*, *Fiesco*, por el aire suena,
Y *Libertad* estrepitosos claman.
El valiente Verrina, descendido
Del leño que la Dársena bloqueara,
Rodeado de gente sobre el muelle
A su caudillo vencedor aguarda.
Apenas mira que á la tierra llega,
Cuando radiante de alborozo exclama:
«La fortuna doquier nos favorece;
Vencen doquier nuestras potentes armas.
»Nuestras son ya de la ciudad las puertas:
Están las fortalezas ya tomadas;
Los enemigos, muertos ó vencidos;
Grande, muy grande ha sido la matanza.
»En este instante tu valiente hermano
De entrambos Dorias el palacio asalta;
Nuevos laureles á ganar marchemos;
Funesta puede sernos la tardanza.»
Tiéndele Fiesco la amigable diestra;
Detiene el paso, la visera se alza,
Y á la gente que ansiosa le circunda,
Arenga así con rápidas palabras:
«Mis amigos: el cielo nos protege;
Presto hollará vuestra soberbia planta

El exánime cuerpo de ese monstruo
Que nos oprime vil y nos ultraja.
»No desmayéis, mis bravos genoveses:
De libertad la sacrosanta causa
La ayuda vuestra rigurosa exige,
Y nuestra sangre y vida nos demanda.
»Marchemos á beber la del tirano:
Ataquemos intrépidos su alcázar:
Pobres y ricos, nobles y pecheros,
Renombre y oro poseeréis mañana.
»¡Ea, marchemos! De mis bravas tropas
Al frente me tendréis en la batalla:
¡Perezcan, sí, perezcan los tiranos!
¡Á libertar, á libertar la patria!»
Sigue de aprobación ronco murmullo,
Y todos le abren respetosa valla;
Él por en medio pasa presuroso,
Y tras él todos al ataque avanzan.
Ya no muy lejos del ducal palacio,
Cuando á asaltarlo unidos se preparan,
Entre la espesa obscuridad perciben
Que hacia ellos viene sombra encapotada.
Que es mensajero de fatales nuevas
El corazón fatídico presagia:
Acaso de Jerónimo de Fiesco
Viene á anunciar la muerte ó rota aciaga.
Sí: no se escuchan gritos de victoria,
Ni rumor se percibe de batalla:
«Es tiempo aun: volemos á su auxilio;
El paso acelerad,» Verrina clama.

Al mirarlos correr, el embozado
Desenvaina terrífico la espada:
En medio de la calle se detiene,
Y arroja al suelo la pesada capa.
Y en lugar de funesto mensajero,
Á la luz de las teas ya cercanas,
Del joven Doria el rostro se descubre,
Que hace brillar amenazantes dagas.
Mas Fiesco las aparta con su brazo;
Grande trecho hacia Doria se adelanta;
Y arrojando el almete: «¿Me conoces,
Le dice, vil tirano de mi patria?
»¿Sabes que ya llegó el feliz momento
En que mi noble mano ensangrentada
Haga bajar hasta el profundo abismo
De los infiernos tu ánima execranda?
»Recuerda, Juan, si enumerarlos puedes,
Tus crímenes sin cuento y tus infamias,
Y pide á Dios perdón de tus maldades
Antes que tu cabeza al suelo caiga.
»Prepárate á morir: ó si pudieres
A tu enemigo combatiendo mata:
Míralo, su cabeza está desnuda;
Yace en el suelo mi robusta adarga.»
A lo cual Doria: «Bien te reconozco,
Con voz de trueno dice, alma villana,
Traidor ingrato, fementido amigo,
Adulador infame de mi casa.
»Bien tal pago merecen los incautos
Que en su regazo, oh sierpe, te abrigaran,

En vez de hundirte en fétida mazmorra,
Que tu traición horrible demandaba.
»Me avergüenzo; por Dios que me aver-
Con tal villano de medir mis armas; [güenzo
Mas no importa: á los buitres tu cabeza
Muy presto arrojaré en la árida playa.»
Y Fiesco le responde: «No sé cómo
Puedo sufrir, mancebo, tu arrogancia;
Mas te juro que en breve tu cabeza
En alto palo se verá plantada.
»Te juro que tu cuerpo lacerado
Arrastrará entre mofas la canalla,
Y que del tío vil que te protege,
El pecho romperá tu propia daga.»
Dice; y comienza la terrible lucha,
Que todos miran con asombro y ansia:
Mortales golpes ambos se dirigen;
Los golpes ambos con destreza paran.
Sin peso de armadura, el joven Doria
Con movimientos rápidos escapa;
La robustez del acerado peto
La vida alarga al Conde de Lavaña.
Ora la punta del agudo sable
El limpio acero con fragor rechaza:
Ora veloz el cuerpo se retira,
Y el viento hiere cuchillada vana.
Doria, por fin, del éxito impaciente,
Asesta á su rival fiera estocada,
Que va derecha al corazón del Conde,
Mas en el peto fúlgido resbala.

Pérfida entonces la desviada punta
Bajo el siniestro brazo honda se clava;
Mas nuevas fuerzas y vigor inmenso
A Fiesco da la sangre derramada.
No con tal furia Aquiles de Larissa
Bajo los muros de Ilión sagrada,
Hirviendo en ciega cólera, el postrero
Golpe mortal sobre Héctor descargara;
Cual Fiesco ahora, con robusto brazo
Su fuerte acero asolador levanta,
Y lo deja caer, y un golpe solo
La alta cabeza del rival separa.
Roncos aplausos á su muerte siguen;
Y la cabeza aun, ya destroncada,
Vuelve al oirlos sus marchitos ojos
Y una mirada aterradora lanza.
¡Desdichado mancebo! La fortuna
Placentera á reinar lo destinaba;
Mas en hora fatal trocó los hados
La voluntad del cielo soberana:
Y en lugar de presentes y diademas
Recibe, muerto ya, mil puñaladas,
Y la plebe en odiosa muchedumbre
Sobre su cuerpo inanimado pasa.
Mientras, los senadores presurosos
Del Senado se juntan en la sala,
Y uno tras otro rápidos penetran
Con débil paso y faz desencajada.
Espínola el postrero se presenta
Cubierto de sudor, pero con calma,

Y á los ansiosos próceres reunidos
Dirige así veloce la palabra:
«Senadores, ya todo se ha perdido;
El tiempo no es de discusiones largas;
Cautela, actividad, premura exige
El estado fatal de nuestra causa.
»En este instante los rebeldes entran
Victorïosos al ducal alcázar;
Del joven Doria cubren el cadáver
Heridas ciento de alevosas dagas.
»Vanos han sido mis esfuerzos todos
Para alentar los derrotados guardias:
Las sorprendidas tropas han huído,
Y las galeras quedan apresadas.
»A mil peligros el anciano Doria
En su caballo de escapar acaba:
Desorden y anarquía por doquiera
Destrozan rudos la infelice patria.
»Fin imponed á inútiles arengas,
Y al viento tremolando enseña blanca,
Venid conmigo humildes á postraros
Del fiero vencedor ante las plantas.
»Intrépido luché con mis soldados;
En medio me arrojé de la metralla;
Cubierto vengo de sudor honroso;
Mirad en sangre tinta mi coraza.
»Mas todo en vano: á mi crüento lado
Ni sombra me quedó de amiga espada:
Más tiempo combatir fuera locura.
Sustituya la súplica á las armas.

»Si no queréis que Génova perezca,
¡Oh! seguid mi consejo sin tardanza;
No hay otro medio: Espínola lo dice;
De Espínola fiad en la palabra.
»Si á tanta humillación hoy me sujeto,
Si ahora se abate tanto mi pujanza,
Es tan sólo, creedme, Senadores,
Para salvar mi patria infortunada.
»¿De qué sirve verter inútil sangre,
Sin gloria, sin honor, si hazaña tanta
Sólo ha de remachar esas cadenas
Que fementida tiéndenos la Francia?
»Tiempo es aún de remediar los males
Que acrecentar podría nuestra audacia.
¡Resolución! Al vencedor unidos,
Salvemos ¡oh! salvemos nuestra patria.
»Si no, lo que motín hora parece
Presto será dominación extraña;
Y ya sabéis, señores, cuán terrible
Es de Francisco la feroz venganza.»
Apenas cesa, el joven Bocanegra
Con ímpetu fogoso se levanta,
Y, «¿Quién creyera, dice, Senadores,
Que tal mengua pacientes escucharais?
»¿Qué es de la sangre que arde en vuestras [venas?
¿Qué se hizo nuestra fama decantada?
¡Oh Espínola! ¿Qué es ya de la bravura
Que á tu familia ilustre señalara?
»Por Dios que ya tu miedo inexplicable
Sólo presenta á tu ánimo fantasmas,

Y ese motín de marineros ebrios
En invasión convierte de la Francia.
»¿Qué importa que los guardias sorprendidos
Hayan huído ante esa turba insana?
Yo solo, yo, con mi tajante sable
Á los rebeldes todos derrotara.
»Combatamos sin tregua, Senadores,
Hasta vencer en desigual batalla:
Combatir hasta el fin.....» É interrumpiéndole
El anciano Grimaldi, grave exclama:
«Ten, oh mancebo, tu insultante lengua;
Refrena un poco, oh joven, tu arrogancia;
Y mis consejos dócil escuchando,
A la experiencia cede de estas canas.
»Con hombres más audaces he vivido:
Otras he visto poderosas razas,
Cual hoy el mundo producir no puede,
Que mis mandatos sabios acataban.
»Vieron también mis ojos á esos héroes
Con quien diez de vosotros no lucharais,
Humillarse á los débiles á veces
Por la salud de su adorada patria.
»Así, no es mengua que marchemos todos
Ramos llevando de la oliva sacra,
Y el trono á Fiesco humildes ofrezcamos
Para salvarnos y templar su saña.
»Marchemos, pues, ilustres Senadores;
Marchemos, pues, con suplicantes palmas:
El orgullo funesto depongamos,
Y la prudencia guíe nuestras plantas.

»Modera tus discursos, Bocanegra,
Aunque rival no tenga tu pujanza:
Y tú, Espínola, olvida generoso
Las palabras que incauto él pronunciara.
»Alcémonos, colegas, presurosos,
Que ya las horas rápidas avanzan:
Hechos, en vez de fútiles arengas,
La fortuna de Génova demanda.»
Nadie osa replicar á su discurso,
Que cual rocío cae sobre sus almas,
Y en procesión pacífica desfilan
Los Senadores al ducal alcázar.
¡Ay! ¡Cuán poco esta humilde comitiva
A aquella comitiva asemejaba
Que al comenzar de la tremenda noche
Leyes á toda Génova dictara!
Heraldos mil de estrepitosas lenguas
Ya no pregonan su feliz llegada,
Y al pronunciar de Fiesco el débil nombre,
La voz les tiembla sin saber la causa.
Mas en lugar del conocido labio,
Eco altanero inesperado clama:
«Fiesco no existe: á mí, y á mí tan sólo
Pida, y será la súplica escuchada.»
No con tal gozo en la llanura inmensa
Del infernal desierto de Sahara,
Cuando del sol los infecundos rayos
Abrasan la sedienta caravana,
El árabe cansado de improviso
Ve la fértil oasis deseada,

Que claras fuentes pródiga le ofrece
Y grata sombra de arrogantes palmas;
  Como el Senado escucha tal noticia,
Que valor les infunde y arrogancia:
Maravilloso es ver con qué presteza
Todos su tono y expresiones cambian.
  ¡Vanidoso Jerónimo! ¿Qué has hecho
De tu hermano contando la desgracia?
Tu necio orgullo todo lo ha perdido,
Cuando todo tenías á tus plantas.
  Ludovico maldice tu locura
Desde el profundo seno de las aguas,
Donde en momento de fatal memoria
¡Ay! le arrojó también locura insana.
  ¡Infeliz Ludovico! Ya á sus huestes
Rendida toda Génova miraba;
Venían ya hacia él los Senadores
La corona á ofrecerle que anhelara;
  Ya su inmensa ambición insacïable
Al blanco más excelso era llegada,
Cuando en mala hora se oye en las galeras
Aterrador tumulto y algazara.
  Por el confuso estrépito angustiado
A las galeras presuroso marcha:
Alas le da el furor; con pie ligero
Cruza las aguas por estrecha tabla.
  Mas ¡ay incauto! resistir no puede
El frágil leño pesadumbre tanta;
Cruje, se rompe, y desparece Fiesco
Como suele en las sombras la fantasma.

Así traidora la falaz fortuna
Hasta los cielos al mortal ensalza,
Y con mano feroz lo precipita
Del hondo averno hasta la sima infanda.
En las pobladas márgenes del Sena
Excelso así se encumbra el aeronauta,
Y de las nubes al profundo río
Víctima cae de su fatal confianza.

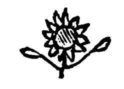
V.

¿Visteis el cielo que risueño alegra
El insondable golfo mejicano
De espesas nubes súbito cubrirse,
Luego tronar y retronar airado?
¿El silbo oísteis del furioso Bóreas,
Y el bramido feroz del mar insano,
Y el frecuente crujir del frágil leño
A merced de las olas agitado?
¿Visteis la rapidez con que instantáneas
Señales tan terríficas cesaron,
Y á fresca tarde bellos sucedieron
De la alba luna los serenos rayos?
¿Visteis trocarse la plegaria humilde
Del arpa dulce en los acentos gratos,
Y de la nave en el tranquilo puente
Improvisarse plácido sarao?
No de otra suerte en Génova la hermosa
De la pasada noche el fiero estrago

De repente cesó, dejando apenas
De su ciego furor ligeros rastros.
  Del rojo sol el encendido globo
Pronto á llegar á su temido ocaso,
Los dorados balcones ilumina
De colgaduras ricas adornados.
  Ostentan orgullosas las doncellas
Soberbias vestes de oro y de brocado,
Y á los gallardos jóvenes se mira
Las anchas calles recorrer ufanos.
  Presto se escucha el relinchar fogoso
De ciento y ciento rápidos caballos,
Que en procesión espléndida conducen
Noble jinetes al ducal palacio.
  Presidiendo la ilustre comitiva,
De vistoso cortejo acompañado,
Fiero aparece el soberano Doria
Sentado altivo en triünfante carro.
  Vivas sin cuento escúchanse doquiera;
El gozoso cañón retruena en tanto,
Y música marcial puebla los vientos,
Con aromas sin fin embalsamados.
  ¿Qué es ya de los valientes Genoveses?
¿Dó están ahora los rebeldes bravos
Que al oprimido pueblo prometieran
Del yugo de los Dorias libertarlo?
  Vedlos ahí con faz aduladora
Al mismo Doria alegres vitoreando,
Cuya cabeza horrísonos pedían,
Vil opresor llamándole y tirano.

Otros siguen el mísero camino
Del que buscaron ¡ay! destierro amargo;
De otros, en fin, los lacerados cuerpos
Á los peces del mar sirven de pasto.
Así del vil gusano la soberbia
De Dios abate la potente mano,
Cuando á la cumbre de elevado monte
Subir pretende con tardío paso.
¿Qué se hicieron el oro y las riquezas?
¿Adónde fueron los soberbios lauros
Que los rebeldes fieros prometíanse
Al blandir sus puñales inhumanos?
¡Ay! al tocar las elevadas nubes
Sólo se hundieron en horrible fango;
Y al respirar de Libertad la brisa
¡Infelices! sus grillos remacharon.
Sus crímenes en página enlutada
Conservarán de Génova los fastos,
Y al leer sus maldades inauditas
Nadie dirá siquiera: «triünfaron.»
¡Fiesco! tu rebelión inolvidable
¡Qué huellas tan funestas ha dejado!
Sangre, matanza, huérfanos, vïudas,
Y un renombre inmortal, pero execrando.

1859.



LIBRO CUARTO.

SÁTIRAS.



I.

LA VIRGEN DE LA ESPERANZA

Y LOS ALUMNOS ZAMORANOS DEL

COLEGIO PÍO-LATINO-AMERICANO DE ROMA,

Ó EDUCACIÓN Á LA EUROPEA.

¿De qué sirve cruzar los anchos mares,
Y trocar de una madre las caricias
Por el tibio calor de ajenos lares?
¿Hay en el Viejo Mundo más delicias
Que en el suelo natal? ¿Ó esas regiones
Al estudio y saber son más propicias?
Padre infeliz, que lleno de ilusiones
Envías á extranjeros ateneos
A tu progenie, mira á qué te expones.
Del hijo de Marcial los devaneos
Observa, y estrambóticos modales.
Pues ¡calla! que es modelo de *Europeos*.
Con tres de nuestros mozos principales
Abandonó la patria hace seis meses,
Y de vuelta están ya los colegiales.

Aquél bebió el aliento á los Ingleses,
Y en el afán de remedar sus modos,
Descuida los paternos intereses.
Sus compañeros son los más beodos
De la que el Norte manda, vil canalla,
Y en el vicio se sume hasta los codos.
Es en su hogar perpetua la batalla,
Y contra amigos, padres y parientes
A cada instante su furor estalla.
Bárbaros todos son é impertinentes
Si á la inglesa no visten, ó hablan claro
En español, sin apretar los dientes.
¡Qué collarín de *gentleman!* ¡Qué raro
El calzado con clavos, y el sombrero,
Y aquel angosto pantalón de avaro!
Y viene proclamándose ingeniero
Civil y militar, perito en minas,
Mecánico, arquitecto y marinero.
Nos habla de invenciones peregrinas
Para allanar peñascos y montañas,
Y en la arena del mar plantar encinas.
Pero la prueba pídele: patrañas
Se vuelven sus cien mil descubrimientos,
Y en humo se disipan sus hazañas.
Dale los más comunes instrumentos:
Por barómetro toma el teodolito,
Y confunde en la brújula los vientos.
De la cuenta más breve el finiquito
No te puede formar; y de una carta,
Mucho será si entiende el sobrescrito.

Con sus cuentos de Londres ya nos harta,
Y si cuestiones religiosas toca;
Mil disparates sin pudor ensarta.—
¿Y qué decir de Pepe Durarroca,
El que á Alemenia fué, y en un semestre
Dos borlas en las sienes se coloca,
Y en el pecho una cruz de orden ecuestre,
Por haber operado al rey Guillermo,
Y al Conde de Alencastre..... ó de Leicestre?
En Méjico te juro que el enfermo
Más pobre no se fiara de sus manos
Aunque se viera solo y en el yermo.
Atrasado aprendiz de un matasanos
Fué en su pueblo; ¡y Doctor en Medicina
En un día lo nombran los Germanos!
En otro día á laurearse atina
En ciencias naturales; y por poco
A la misma Berlín pone en berlina.
¡Y el que sabio era allá, no es más que un loco
Charlatán, con orejas de jumento,
De vanidad y de ignorancia foco!—
No me obligues á hablar de aquel portento
De la *docta París*, Carlos Heredia:
¡Malhaya el que lo trajo, adverso viento!
Fernando Calderón en su comedia
Nos pinta á *Don Carlitos:* pues ninguna
Diferencia entre aquél y el nuestro media.
Con su locuacidad nos importuna,
Y, cual todo Francés, de tigre y mono
Los contrarios instintos en sí aduna.

Blasfemar contra Dios juzga *buen tono;*
Y, con graznidos de impudente ganso,
Desfoga contra Méjico su encono.—
Con mis duras verdades ya te canso;
Pero el asunto es serio é importante.
¡Paciencia! y hasta el fin óyeme manso.
Sólo nos falta hablar del estudiante
Que hasta Italia marchó, de Buonarote
Para volver rival en un instante.
De las artes ridículo Quijote,
Cree que hasta á Rafael ventaja lleva,
Y á la inmortalidad asciende al trote.
Pero de su valer aun no da prueba
El *Romano pintor*..... que de la augusta
Ciudad trajo también una hija de Eva.
Regia ascendencia á su consorte ajusta,
Y al Príncipe asistente al Sacro Solio
Su *caro suegro* pregonar le gusta.
Ella es en realidad vetusto espolio
De ignorado taller, para *modelo*
Contratada á los pies del Capitolio.—
¿Y con tal experiencia ¡santo cielo!
Mandar de Roma á un seminario quieres
Á tus hijos y deudos, sin recelo?.....
¿Por qué lo conocido no prefieres?
¡Ay! ordenados no; vendrán de Europa
Con unas italianas por mujeres.
En vez del cáliz, del placer la copa
Diestros apurarán; ni el incensario
Les gustará, ni del hogar la sopa.

Y si, por accidente extraordinario,
Alguien los sacros órdenes recibe,
¡Verás qué sacerdote estrafalario!
No esperes, no, que á Santander y Uribe,
Ó al Padre Parra, al predicar se ajuste.
Conferencias dará..... de Eugenio Scribe.
No le hables de trabajos, ni de *fuste*,
Ni menos de pedir alguna novia,
Ó harás que el ministerio le disguste.
Si va á un entierro, le dará hidrofobia;
Y si se alarga el rezo de maitines,
Dirá que tanto padecer lo agobia.
Pero en cambio ¡verás qué colorines,
Qué títulos, qué borlas y qué trajes,
Qué anillos y morados calcetines!
Monseñor y *Excelencia*, sin ambages,
Hará que lo apelliden, y de hinojos
Le saluden los altos personajes.
De ser Vicario General antojos
Muy pronto le vendrán....., si es que más alto
No miran ya sus juveniles ojos.
Te contará del Cardenal Montalto
La supuesta ambición....., cual si quisiera
De Sixto Quinto al trono dar un salto;
Pero piedad y ciencia verdadera,
Y espíritu eclesiástico y virtudes,
A un *Romano* pedir, fuera quimera.
A nuestro clero á pervertir no ayudes;
Sabe más un vicario de poblacho
Que un doctor de *Sapiencia*, no lo dudes.—

Con tales argumentos, sin empacho
Llenaba un día pluma ultrapatriótica,
Eco de otras cien mil, un mamarracho;
Sin mirar que su lógica estrambótica,
Sobre premisas de verdad henchidas,
Edificaba conclusión exótica.
Enviad á un muchachón perdonavidas,
No digo á un ateneo, á la *Gran Trapa*,
¿Cambiará sus costumbres corrompidas?
Sacudirá la silla y la gualdrapa
Aun de la disciplina más ligera,
Y veréis cómo al año al freno escapa.
Contará que hizo espléndida carrera,
Y es gran Doctor. Pedidle su diploma.....
Medio no habrá de que enseñarlo quiera.
¿Juzgáis acaso que en la docta Roma,
Ó en Londres, ó en Berlín, hay quien presuma
Coronar á jumentos?..... Ni de broma.
Por muchos años estudiar la *Summa*,
Ó en largos comentarios á Graciano
Y al Digesto, gastar más de una pluma,
Conviene al extranjero ó ciudadano
Que en la Divina Ciencia, ó *in utroque*
Jure, pretende el lauro soberano.
Lauro que para frentes de alcornoque
No se hizo á la verdad, ni para diestras
Ya acostumbradas á blandir estoque.
Mas tales son, en general, las muestras
Que ven de nuestra raza mejicana
De Europa las científicas palestras.

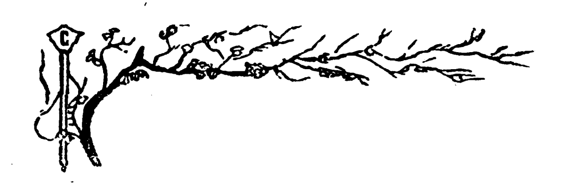
Va un joven, en edad ya no temprana,
Y que hace más madura la malicia,
De aprender y estudiar con poca gana;
De un rico mercader, mas sin pericia
En la instrucción, se entrega á la tutela,
Para su educación nada propicia.
Éste lo manda á la primera escuela
(Mahometana ó católica, no importa)
Que algún público aviso le revela.
Los recursos al mozo no recorta,
Y no vuelve á inquirir si es malo ó bueno,
Si estudia ó no, si bien ó mal se porta.
Llegan las vacaciones: en el seno
De su honrada familia no lo admite,
Y en el mundo sumérgelo de lleno.
En vicio y lujo el colegial compite
Con los hijos de príncipes y *lores*,
Sin que al banquero se le dé un ardite;
Y disipa en un mes sumas mayores
Que las rentas del padre en todo un año,
Graduándose, no en letras, en amores.
Con tan errada dirección, ¿extraño
Será, decid, que un viaje ultramarino
Cause á la juventud tan grave daño?—
No ha sido tal vuestro feliz destino,
Afortunados hijos de Zamora,
Que crecisteis al pie del Esquilino.
De la Esperanza la gentil Señora
Os guió benigna á la Ciudad Eterna,
De vuestra vida apenas en la aurora.

Blanda como la cera el alma tierna,
El sello de piedad recibir pudo
Que vuestros pasos hoy norma y gobierna.
De la ciencia Teológica el escudo
Os enseñó á embrazar atleta fuerte,
Y os avezó al sudor del circo rudo.
Obedientes á ser *cual cuerpo inerte*,
Y por la salvación de una sola alma
A despreciar y aun á buscar la muerte,
Se os enseñó también. La que en la calma
Del retiro ganasteis, hoy al mundo
Ostentad, de saber dorada palma.
Mostrad cuán diferente es el profundo
Aprendizaje de escolar constante,
Que evita de la tierra el cieno inmundo;
Que aunque años y años pasen, adelante
Camina de las letras por la larga
Senda, sin vacilar un solo instante,
Y el del afeminado, á quien amarga
Parece la más suave disciplina,
Y el más ligero obstáculo aletarga.
Pero no bastan, no, ciencia y doctrina.
Mostrad al mundo con preclaros hechos
Que de Dios el amor sólo os domina.
Ofreced al peligro vuestros pechos,
Y adonde quier que la obediencia os mande,
Marchad sin replicar siempre derechos.
Al desierto, á la costa, allá del Ande
Id á la cumbre, casa y parentela
Dejando sin pesar, con alma grande.

Si de Israel lo quiere el Centinela,
Pasad en infestado lazareto
Días y noches, en piadosa vela.
Si á uno tocó permanecer sujeto
A superior sin letras, no replique,
Ni rehuse enseñar el alfabeto.
Con igual gusto el Evangelio explique
A la nobleza de vistosa corte,
Y al *topil* degradado y al cacique.
Con paciencia á los émulos soporte,
Y escúdelo de lenguas viperinas
Su severa virtud y austero porte.
Sírvanle de escarmiento las rüinas
Do la virtud se hundió de más de un santo
Y crezca *sicut lilium inter spinas.*
Cuando las penas cérquenlo, su llanto
De la Madre feliz de la Esperanza
Venga á enjugar bajo el celeste manto,
Y en invierno ó verano, ya en bonanza,
Ya en la tormenta, sírvale de guía
De Roma la purísima enseñanza.
Si tales os mostráis, llegará el día
En que no copie, quien medite en viajes,
Los tipos que la audaz sátira mía
Os presentó, de necios personajes.

1886.





II.

MIS VIAJES.

No, no quiero escribir; en vano piensas
Que de mis viajes la variada historia
Hará sudar las españolas prensas.
Aunque desprecio la mundana gloria,
No puedo permitir que una mentira
Empañe, vivo ó muerto, mi memoria;
Y á decir la verdad, en balde aspira
Quien describir emprende ajena tierra,
Ya en prosa, ya á los ecos de la lira.
Cuál escritor por ignorancia yerra
De usos que no comprende, ó del idioma;
Cuál, á sabiendas, al error se aferra.
Miente el ético Inglés que inverna en Roma;
Miente el Embajador que habla de España,
Y el mercadante que en París se asoma.
Miente el enfermo que en Vichy se baña,
Y aun el tahur que en Baden-Baden juega,
Á sus lectores, cuando escribe, engaña.
Ni al Canadés que vuelve de Noruega
Debes crédito dar, ni al peregrino
Que de Jerusalén devoto llega.

No sé qué tiene el polvo del camino,
Que embriaga y emponzoña; pero mueve
Á ocultar la verdad, no como el vino.
Y entre la tempestad que espesa llueve
De fantásticos libros de aventuras,
¿Quién la verdad á pregonar se atreve?
Si copiar en el tuyo no procuras
De Verne y Gulliver las maravillas,
Al darlo á luz te quedarás á obscuras.
Aunque se anuncie en diarios—y en cajillas
De cigarros—el mundo, como á reo
De excomunión, te lo pondrá *en tablillas.*
Es caro, dirá el ruin.—*Novelas leo,*
Sandeces no, la niña; y el amigo
Á quien lo ofrezcas, te enviará á paseo.
¡Por Méjico viajar, sin ser testigo
De diez revoluciones! ¡Ir á Odesa
Sin que el Czar te declare su enemigo!
En Nápoles estás ¿y no hay princesa
Que de ti se enamore, ni en sus redes
Te llega á detener ninfa traviesa?
¿Tres meses en España cómo puedes
Vivir, sin que recibas á montones
Mercedes de *Cristina*—ó de *Mercedes?*
Regresas de Estambul ¿y relumbrones
No te ha dado el Sultán? ¿Y no nos dices
Que ganaste en Spa sendos millones?
¿En tu invencible pecho cicatrices
No ostentas de africanas asegayas,
Ni del bubón de Alepo en tus narices?

¿No hay en tu brazo las variadas rayas
Que suele inocularse el presidario,
O el que sube á las cumbres Himalayas?
Pues aunque nos afirmes que al Calvario
Lograstes ascender, y al Esquilino,
Diciendo la verdad serás falsario.
¿Quieres la docta pluma con tal tino
Cortar, que estupefactos tierra y cielo
Se admiren de tu altísimo destino?
Pues voy á proponerte áureo modelo
De viajero escritor altisonante,
Cuyo volumen me ha dejado lelo.
Érase un general—no; un almirante
De Chile, ó del Perú (no estoy seguro)—
De magro cuerpo y montaraz semblante.
Su origen es, cual su color, obscuro:
En la escuela primaria siempre *cero*,
Fué en el colegio de cerebro duro.
Púsolo la viruela como harnero,
Y la *lepra vulgaris*, su conspicua
Huella imprimiendo, lo dejó más fiero.
Como oro no le da la suerte inicua,
A guerrillero y salteador se mete,
Y encuentra esta carrera más proficua.
Y si es verdad que siempre que arremete
Al frente de sus bélicos lanceros
Vuelve grupas el mísero jinete,
También es cierto que hace prisioneros
En batalla campal (sal de la tumba,
Glorioso Don Quijote) cien carneros.

De tan heroica hazaña el ruido zumba
Atronador; y en la feliz comarca
El odiado Gobierno se derrumba.
Aunque el mar nunca vió, sobre una barca
Denodado saltando el mequetrefe,
Del Pacífico aclámase monarca.
¡Ay del marino que al novicio befe!
Pasto lo manda á ser de tiburones
De la atónita escuadra el nuevo jefe.
Que ha ganado *per saltum* sus galones
Afirma un Senador; y una estocada
Atraviesa al incauto los pulmones.—
Pero no basta al héroe ni la armada,
Ni el oro ni el poder que la fortuna
Le colocó debajo la almohada.
La gloria de escritor quiere, ó ninguna;
Sin ella le parece despreciable
Hasta un trono en los cuernos de la luna.
¿Pero cómo escribir? Muy mal el sable,
Peor la pluma el mandarín maneja,
Ni puede distinguir remo de cable.
Contar no sabe ni pueril conseja,
No conoce la *o* por lo redondo,
Duro es su corazón, dura su oreja.
¿Mas quién le ha de pedir obras de fondo?
De sandeces le basta á un personaje
Un tomo dar á luz, mondo y lirondo.
Alderredor del mundo emprenda un viaje,
Llevando un saco de oro bien provisto
Y diez plumas de ganso en su equipaje.

Narre lo que haya visto ó no haya visto,
Y las propias ó ajenas impresiones
Ponga en papel un secretario listo.
Imprímalas con cien *ilustraciones*
En Barcelona ó en París, y fama
Adquirirá el *autor* y patacones.
Tal es el plan que á mi almirante trama
Astuto el Ministerio de Marina,
A quien tal hombre entre su gente infama.
Hacia París el Capitán camina,
Cual fardo, que no sabe dónde empieza
Su ciega expedición, ni dó termina.
Sólo ha oído que en Londres hay cerveza;
En Viena y en París mil cortesanas;
En Roma y en Madrid gente que reza.
De aventuras galantes tiene ganas;
Pero su rostro amoratado y feo
Hace salir sus esperanzas vanas.
Vaya á los *Bulevares*, ó al Museo
Del *Louvre*, ó cruce la *Avenida Hoche*,
Ó deténgase frente al *Eliséo;*
En templos, en hoteles, á pie, en coche,
No hay dama que no clave en él los ojos,
Desde la Reina, á *la hija de la noche.*
Su rostro de leproso, asco y enojos
Causa á cuantas le ven: ¡y él se imagina
Que de correrle en pos tienen antojos!
Y escribe á su editor: «Mi faz divina
A las beldades, como imán, atrae.
Me enamoró en Madrid Doña Cristina;

»Doña Isabel *aquí* en mis redes cae;
Y á veinte cantatrices en Italia
La barquilla de amor á mis pies trae.
»Dos *jamonas* me buscan en Westfalia;
Y, antes de separarse de Milano,
Me solicita la gentil Natalia.
»Una sultana codició mi mano
Allá en Constantinopla, y en Calcuta
La esposa de un *Marajah* soberano.
»De Montecristo en la encantada gruta
Trató de conquistarme nueva Haidea,
Y en la isla de Ceylán, indiana astuta.....»
Mas cansándote voy. ¿Habrá quien crea
Que en cada hembra que topa el majadero
Mira una enamorada Dulcinea?
Abre, si te sospechas que exagero,
El bien impreso libro; y sus sandeces
Lee, si tienes valor, de cuero á cuero.
De indignación te llenarás á veces;
Mas con los despropósitos que escribe
Verás cómo de risa te estremeces.
Escucha, por piedad, cómo describe
Su visita (*no audiencia*) á Pío Nono:
«Como á monarca el Papa me recibe:
»Al mirarme llegar, baja del trono,
Abrazarme pretende, y en su silla
Invítame á sentar con dulce tono.
»Doblar ante él rehuso la rodilla;
Mi limpia mano de la suya aparto,
Y de su labio alejo mi mejilla.

»Erguido en medio del dorado cuarto
Los ojos clavo en el soberbio Preste,
Ya de su lujo y sus maldades harto;
»Y lava (exclamo) tu manchada veste,
¡Oh del Progreso pérfido enemigo,
De la moderna edad desdoro y peste!
»¡Antecristo feroz!.....» Ya no prosigo.
Decirte quiero cómo el Vaticano
Pudo prestar á tal hereje abrigo.
Fingiéndose católico cristiano,
Se agregó á una francesa romería
Con doscientos rosarios en la mano.
(Rosarios que yo mismo el otro día
Pude ver:—uno de ellos en el dedo
De cierta dama, que él amar solía.)
Perdido ante el Pontífice el denuedo,
De rodillas cayó sobre la alfombra,
Y *bendecidme*, dijo quedo, quedo.
¡Y ahora con relatos nos asombra
De mil hazañas sin verdad ni gracia,
Y de aventuras que el pudor no nombra!
Vieras como narrándonos se espacia
Las que al Virrey de Egipto osado diera,
Lecciones de Peruana democracia.
Su conferencia en describir se esmera
Con Barrabás-Bajá, quien desterrado
En Chipre, á audaz libertador espera;
Y al saber que á esas playas ha llegado
De América remota un almirante,
Lo hace venir atónito á su lado;

Y tú eres (dice) el caballero andante
Que movido á piedad manda el Destino
Las manchas á lavar de mi turbante.
Tus proezas, intrépido marino,
Han volado de un polo al otro polo,
Y desde Albión hasta el Imperio Chino.
Habla: espero tus órdenes tan sólo,
Para volar, cual Ícaro: á Neptuno
Domaste, domarás también á Eolo.
El plumaje del pájaro de Juno
Ajústame ingenioso á las espaldas,
Y el vuelo elevaremos de consuno.
Al país de las verdes esmeraldas
Iremos á fundar reino felice,
Coronadas las sienes de guirnaldas.—
Esto narra el autor. El Bajá dice
Que al saber que llevaba un marinero
Un magnífico mono de Belice,
Lo quiso ver. ¡Qué cuco, qué parlero!
No era, en verdad, humano su lenguaje.
¡Qué manchas tornasol las de su cuero!
¡Cuál resaltaba de almirante el traje
Bajo el pintado rostro!—Cree á tu antojo
Al Turco, ó al Peruano personaje.
Yo por modelo á mi marino escojo,
Ya en la veracidad, ya en quijotismo.
Ea, voy á empezar: la pluma mojo.
Viajes..... (No, que es vulgar) El Cristia- [nismo
Enfrente á los satánicos altares
Que levantara el ciego gentilismo.

(¡Qué título tan propio!) *¡Vastos mares!*
Propicios acoged en vuestro seno
Al nuevo Ulises de mis patrios lares.
Desde el mar de Cortés, hasta el Tirreno,
Á recorrer me apresto vuestra anchura,
Y á desafiar vuestro furor sereno.....

. . . .

Ya de París he visto la hermosura;
¿Creéis acaso que ventaja lleva
Á mi pueblo natal en galanura?
Su cúpula San Pedro (ved la prueba)
Menor que su dorado campanario
La Catedral de Puebla al aire eleva.
En la nariz sentéme solitario
De la estatua que á Carlos Borromeo
Se erigió colosal en el Calvario.
Mármol y pobres azulejos veo
Que en Méjico se ponen en cocinas,
Y aquí se juzgan dignos de un museo.
¡Oh de las siete indómitas colinas
Gentil Señora! Quién tu faz entera
Cambiara hace veinte años no adivinas.
¿Juzgas que tu Concilio definiera
La infalibilidad? No: un estudiante
Que ya era de la Iglesia alta lumbrera.
Fuí YO; *con un discurso rimbombante*
(*Que el profesor dictara*). Yo *el Imperio*
Aconsejé á Bismarck, aun no triunfante.
Por MÍ *á penosa fuga, el cautiverio*
Prefirió Pío Nono.... Ya no rías:

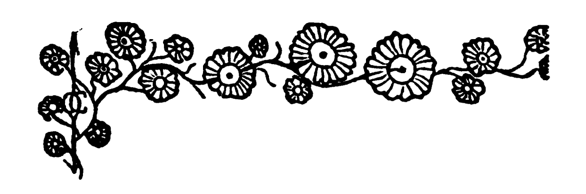
Antes de terminar, hablaré en serio.
  Estas y otras cien mil majaderías
He oído proferir literalmente
A viajeros de varias jerarquías.
  Temo dejar llevarme del torrente,
Y hoy que mis viajes escribir medito,
Desfallecer el corazón se siente.
  Lo haré, pues complacerte necesito;
Pero aunque de verdad protestas leas,
En cuanto sobre viajes haya escrito
Ni una palabra ni una tilde creas.

1889.



LIBRO QUINTO.

EPÍSTOLA.



EPÍSTOLA MORAL.

¿Por qué tanto callar? ¿Por qué no mojas
La pluma ya, ni tiñes, cual solías,
De albo papel las perfumadas hojas?
Una tras otra van las cartas mías
Hasta tu hogar en vano. Ni un saludo
Al fiel amigo por respuesta envías.
¿Involuntaria ofensa acaso pudo
Tu amistad entibiar? ¿Ó te condena
A silencio sin fin dolor agudo?.....
¡Ah! Comprenderlo juzgo. La honda pena
Con que, en su nuevo giro, la mudable
Rueda de la Fortuna tu alma llena,
Cubriéndote de luto, inconsolable
Hace que al mundo niegues tus favores
Por más que el mundo cariñoso te hable.
Pero aunque apruebo que tu suerte llores,
Es menester que la amistad profunda
En lo que es justo estimes y avalores.
Es fuerza que tu mente no confunda
A la falaz caterva de galanes
Que salones y alcázares inunda;

Que los gestos elogia y ademanes
Del magnate y la dama venturosa,
Y en agradarles cifra sus afanes,
Tan sólo cuando hay mesa suntüosa,
Tan sólo mientras ábrense las salas
Para el placer y danza voluptosa,
Con quien no estima engañadoras galas,
Y sin mirar á dijes ni oropeles,
A la santa amistad suelta las alas.
Pocos en la desgracia son los fieles;
Pero los hay, señora, y yo soy uno:
De mi sinceridad ¡oh! no receles.
Feliz me juzgaré si alivio alguno
Llevan á tu penar estos renglones
En que consejo y reflexión aduno:
Feliz si á tu dolor te sobrepones;
Feliz si aprovechar logras prudente
Las de la adversidad duras lecciones.
¿Qué has perdido en verdad? ¿Cubre tu frente
Ese rubor que pérfido pregona
De la virtud la pérdida reciente?
¡Ah, no! Jamás la virginal corona
Sobre tus sienes ostentó más pura
Que en este día tu gentil persona.
Jamás lució de tu alma la blancura
Cual hoy, que te une al cándido Cordero
Con más intimidad la desventura.
Y si inocente y limpia eras primero,
Purificada tu virtud resalta
En el crisol del infortunio fiero.

¿Estimación, honor quizá te falta?
¡No! Del mundo á la vista hoy aparecé
Tu gallarda figura aún más alta:
Quien sufre adversidad que no merece,
Hasta la Envidia acalla; y á los ojos
Del bueno y del amigo en honra crece.
¿Qué te ocasiona, pues, tantos sonrojos,
Que solitaria en el hogar gimiendo
Tu rostro nos ocultas con enojos?
¡Valor, señora mía! No es tremendo
El porvenir, cual juzgas congojada,
Ni que así llores el pasado entiendo.
Si lanzas hacia atrás una mirada,
Verás que es hoy cuando en verdad te espera
La paz, antes en vano deseada.
Dime: ¿Encontraste dicha verdadera
Cuando con oro y goces la Fortuna
Te circundaba, siempre placentera?
Con flores te brindó desde la cuna;
Y sin aroma ni beldad las flores
Cayeron deshojadas una á una.
Temprano revolaron los Amores
Sobre tu tierna virginal cabeza;
Mas ¡ay! te dieron sólo sinsabores.
Nada valió tu ingenio y tu belleza;
Nada tu ciencia, y gracia, y gallardía:
Nada de tus afectos la pureza.
Rompieron todo el dolo y la falsía,
Y á acibararte vino el desengaño
¡Ay! de tu juventud el primer día.

¿Y qué medicamento á mal tamaño
Te dieron las riquezas? ¿Pudo el oro
Conjurar de tu pecho tanto daño?
¿Secó la sociedad tu amargo lloro
Cuando buscando en el rumor consuelo
Por agradar gastabas un tesoro?
¡Ingrata sociedad! Ni el denso velo
De santa devoción con que cubriste
Tu lágrima primera y primer duelo
Le plugo respetar. Alegre ó triste
A la doncella pura, hermosa, rica,
La negra Envidia con furor embiste.
En el hogar tenaz la mortifica;
En la plaza, en las calles, en el templo,
La zahiere feroz y la critica.
En vano fiel dechado te contemplo
De virtudes domésticas; en vano
De modestia y candor eres ejemplo.
Todo te lo censura el mundo insano;
Y cuanto más á desarmarlo aspiras,
Más y más sobre ti carga la mano.
Romántica te llama si suspiras;
Fingimiento procaz grita si lloras:
Si prefieres reir, teme sus iras.
¡Ay de tí si al paseo algunas horas
Dedicas y al solaz! ¡Más infelice
Si asidua ante el altar de hinojos oras!
Si le abres tus salones, te maldice
Aunque te dé las gracias con la boca:
Si los cierras quizá, rüin te dice.

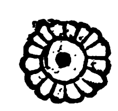
¿Recoge humilde red ó grave toca
Tu luenga trenza? Ríe. ¿La sujeta
Alto peinado? Te proclama loca.
¿Ajustado jubón tu talle aprieta?
Mártir serás de vanidad. ¿Flotante
Cauda arrastra tu falda? *Eres coqueta.*
Y si desprecias abanico y guante
Y portas vestidura holgada y ancha,
Pondrás al mundo de peor talante.
Verás cómo sus límites ensancha
La sátira mordaz, y en tu sublime
Virtud y en tu pureza encuentra mancha.
A nadie, á nadie la calumnia exime:
A todos hiere su puñal infame,
Y aun al varón santísimo deprime.
A tu recuerdo déjame que llame
Del insigne Jerónimo la historia;
Quizá en tu seno bálsamo derrame.
Despreciando el renombre y la alta gloria
Con que le brinda Roma; y los placeres
Y el oro reputando vil escoria,
Distribuye á los pobres sus haberes,
Y se apresta á emigrar á Palestina
Con dos insignes, púdicas mujeres.
Mujeres santas, de virtud divina,
Ante cuyas efigies veneradas
La Iglesia universal aun hoy se inclina.
De riquísimos padres engendradas,
Van á fundar espléndido convento,
A Dios con voto eterno consagradas.

¿Qué no merece tal desprendimiento?
¿Tamaña abnegación, di, no era digna
De perenne marmóreo monumento?
Pues de verlas partir Roma se indigna
Y contra las matronas se desata
Sin compasión la sociedad maligna;
Y con agudo arpón hiriendo ingrata
Al que antes aclamó Doctor y Guía,
Su honor en un momento le arrebata.
En espera de viento se mecía
La nave con los tristes penitentes,
Y á Asela así Jerónimo escribía:
«Me desgarran con lenguas de serpientes;
Acércanse con boca almibarada
A besarme la mano reverentes;
»Mas por detrás, con la traidora espada
Me hieren de la sátira terrible,
Y todo, todo en mí les desagrada.
»Quién critica mi andar; quién reprensible
Encuentra mi habitual dulce sonrisa
Y este mirar süave y apacible.
»A quién mi penitencia mueve á risa;
Quién en mi trato tan sencillo y franco,
Doblez oculta y liviandad divisa.
»Y cuando al brillo y al placer me arranco
Para seguir del Salvador las huellas,
De la maledicencia soy el blanco.
»¡Que digan las innúmeras doncellas
Que interpretar me oyeron la Escritura,
Si descubrí siquier que fuesen bellas!

»Con ojo codicioso, ¿la hermosura
De quién miré? ¿De quién, grande ó pequeño,
Regalo admití yo con mano impura?
»Pero no bien, cediendo á casto empeño,
Dejé que una matrona me alojara,
Y mi virtud se disipó cual sueño.
»Digno me pregonaban de la tiara;
Y ya que crimen á mi faz no asoma,
Hoy mi sexo, y no más, se me echa en cara.
»A Paula y á Melania muerde Roma
Porque una y otra el místico estandarte
Que enarboló Jesús sin miedo toma.
»Porque una y otra á Palestina parte,
Eligiendo las dos, como María,
La que no han de arrancarles, mejor parte.
»A entrambas hasta el cielo ensalzaría,
Si al teatro acudieran y á los baños,
Y vistieran con lujo y fantasía.....
»¡Y si al menos de idólatras ó extraños
Viniera la calumnia! ¡Algún consuelo
Nos mitigara tantos desengaños!.....
»Pero ¡oh dolor! el farisaico celo,
La ruin murmuración y la mentira
Que nos han sumergido en hondo duelo,
»De gente vienen que al renombre aspira
De cristiana y de fiel..... ¡Adiós! ¡Del mundo
Jerónimo por siempre se retira.»
Al leer estos versos me confundo.
¿También, Melania, á ti, y á ti, oh matrona
Sin par, y á ti, oh Doctor sabio y profundo,

La calumnia ciñó con su corona
De punzantes espinas? ¿Quién inmune
Ser tras tales ejemplos ambiciona?
Estos los frutos son que nos reune
La ingrata sociedad, cuando con ella
Brillante posición tenaz nos une.
Bendice, pues, á tu propicia estrella,
Que de fatal vorágine te libra,
Y no haga en tu alma el infortunio mella.
La paciente virtud todo equilibra,
Y para la mujer fuerte y constante
Su rayo en vano la desgracia vibra.
No irá tras ti la Envidia en adelante,
Cuando modesta á respirar la brisa
Salgas al lado de tu madre amante.
Ya no tendrás, de centinela á guisa,
Turba cruel que descortés observe
Tus miradas en Vísperas ó en Misa.
Riesgo no habrá que tu vigor enerve
Danza continua ó larga desvelada;
Pero al varón en cuyo pecho hierve
El almo fuego de amistad sagrada,
No ahuyentará (como antes tu opulencia)
La que órnate hoy, mediocridad dorada.
Verás cómo tendrán mayor influencia
Tus bellos ojos y gallardo rostro,
De fútiles adornos con la ausencia.
Mejor el lino vestirás que el ostro,
Y el que te encuentre exclamará al mirarte:
«*Es un arcángel: á sus pies me postro.*»

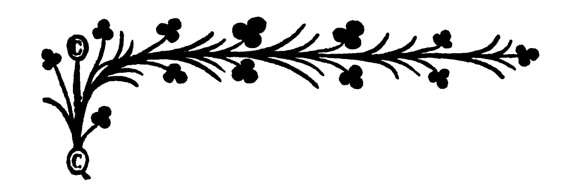
¡Ah! Deja, deja la tristeza aparte,
Y torne á ver tu letra tan querida
Quien hoy consuelo á tu dolor imparte;
Quien, aunque lejos, tu natal no olvida,
Y el dulce nombre con que al orbe encantas
A festejar alegre te convida.
¡Adiós! Hoy que á la flor de Hispanas santas
Con culto insigne Méjico venera,
Tu humilde servidor besa tus plantas
Al empezar la alegre primavera.



LIBRO SEXTO.

SONETOS

SAGRADOS, HISTÓRICOS Y MITOLÓGICOS.



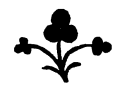
EN EL LAGO DE TIBERIADES.

Este es Genesareth; esa comarca
Que enfrente miro, de las *Diez-Ciudades*
Fué la región: Betsaida, Tiberiades,
Mágdalo, Cafarnáum, mi ojo abarca.

Brisa apacible nuestra vela enarca.....
¡Oh Dios! En tu furor no me anonades
Si te pido que recias tempestades
Desencadenes hoy contra mi barca.

Aquí del buen Jesús olas y viento
Agitaron la frágil navecilla,
Y Él las calmó con celestial acento.

¿Y se resignará, de orilla á orilla,
Un pecador, á navegar contento
Sin que ruja la mar bajo su quilla?





JESUS RESUCITADO.

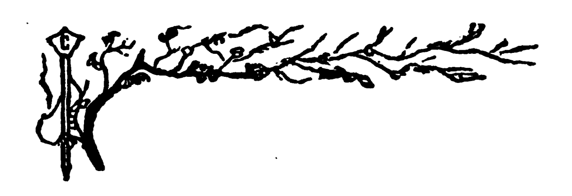
Detente, por piedad, buen hortelano;
Muévate á compasión mi tierno lloro.
Dime: ¿dónde has llevado mi tesoro?
¿Dó pusiste mi Amor, que busco en vano?

Di: ¿lo robó tu codiciosa mano?
Habla; montones de diamantes y oro
Puedo pagarte por el bien que adoro.
¡Devuélvelo, devuélvelo, inhumano!

En el exceso de su amarga pena,
Rebosando de amor, así decía
Al Dios resucitado Magdalena;

Y el que hortelano en su dolor creía,
Con voz celeste, de dulzura llena,
Le respondió mirándola: ¡María!





AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

I.

Corazón de Jesús glorificado,
Que por el hombre sin cesar palpitas
En el celeste alcázar donde habitas
Del sempiterno Padre al diestro lado;

Corazón que doquier, sacramentado,
En la tierra amoroso nos invitas
A trocar por tus gracias infinitas
El que en nosotros late aprisionado;

Divino Corazón, yo te bendigo,
Y, en penitentes lágrimas deshecho,
Al trueque desigual audaz me obligo:

Ven, dulce Corazón, ven á mi pecho;
Y el que en mi seno pecador abrigo
A tu santa mansión vaya derecho.

II.

Hallé, por fin, de mi eternal reposo
El lugar suspirado: de mi Hermano,

De mi Padre, mi Rey, mi Soberano,
El corazón hallé, fiel y amoroso.
  Separarme de ti ni quiero ni oso;
Quien se acoge á tu seno, busca en vano
Otro refugio igual en pecho humano,
¡Oh de las almas celestial Esposo!
  Desfallezco de amor. Con el perfume
Sostenedme, por Dios, de suaves flores:
Llama voraz mi corazón consume.
  Cercadme de vivíficos olores
De manzanas de Siria; no me abrume
El dulcísimo Amor de los amores.





JUDAS.

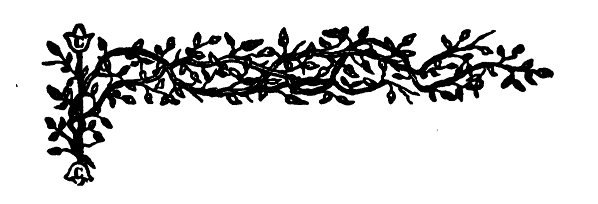
De su delito Judas se arrepiente
El fin mirando de su atroz pecado;
Y á los ancianos va desesperado,
Al ver á Cristo de la cruz pendiente.

«Mancha, les dice, mi traidora frente
La sangre justa que me habéis comprado:
Ella en licor se torne envenenado,
Que sobre vos recaiga juntamente.»

Calla; y creciendo su feroz congoja,
Ruge y se tuerce cual airada fiera,
Y loco arranca su áspero cabello.

La moneda fatal al suelo arroja;
Al campo corre do Satán le espera,
Y entrega al lazo su maldito cuello.





SANTA INÉS, VIRGEN Y MÁRTIR.

I.

INÉS Á SU AMANTE.

¡Apártate veloz de mi camino,
Manjar de muerte! que amador más bello
Con margaritas circundó mi cuello,
Y há tiempo en mis afectos te previno.

Con diadema de piedras y oro fino
Grato ciñó mi virginal cabello:
Marcó mi frente con eterno sello,
A su amor enlazando mi destino.

Puso en mi dedo anillo relumbrante,
Que fiel ostento, y túnica preciosa
De plata me donó, pura y brillante.

De amor por Él mi corazón rebosa:
¡Lejos de mí! De tan glorioso amante
La prometida soy y casta esposa.

II.

INÉS AL PREFECTO.

Buscas en balde en la romana corte
Al rico Esposo cuyo amor me llaga;
Que ni fasto imperial mi pecho halaga,
Ni me deslumbra terrenal consorte.

En vano, oh juez, tu arrebatado porte
Con degradarme ante mi Bien me amaga;
Porque doquiera su dulzor me embriaga,
Y es mi dueño doquier, mi escudo y norte.

Admiran Sol y Luna la hermosura
Del augusto Señor en quien coloco
Mi esperanza, mi gloria, mi ventura.

A Cristo reverencio, á Cristo invoco;
Yo lo amo, y al amarlo soy más pura:
Me abraza, y limpia soy cuando lo toco.

III.

INÉS EN EL LUPANAR.

Arrastran á la tórtola inocente
Al torpe lupanar; y entre la ruda
Romana soldadesca, va desnuda
Con ojos bajos y tranquila frente.

Mas nadie puede su mirada ardiente
En la virgen cebar, porque la escuda
Del Angel tutelar la espada aguda,
Y á su esposa el Señor viste clemente.

Y desde el hombro hasta la breve planta
Baja veloz la densa cabellera,
Y cubre la beldad que á Roma encanta.

Y en vez de los deleites de Citera,
Halla el procaz que osado se adelanta
Sempiterno baldón y muerte fiera.

IV.

INÉS EN LA HOGUERA.

¡Omnipotente Padre á quien adoro!
Mi amor recibe y gratitud profunda:
Limpia salí de la mansión inmunda,
Cual sale del crisol más fino el oro.

Yo te bendigo, ¡oh Cristo! Mi decoro
Salvaste de la turba furibunda;
Y en la llama voraz que me circunda,
Merced á tu poder, ilesa moro.

De mi veste nupcial bajo los pliegues
Late mi pecho; y, encendido el cirio,
Aguardo ansiosa que á mi puerta llegues.

De virgen me donaste el almo lirio,
¡Esposo celestial! ¡Oh! No me niegues
La suspirada palma del martirio.

V.

INÉS EN EL FÉRETRO.

La que el fuego respeta, dulce vida,
De inhumano lictor troncha el acero,
Y en medio al populacho vocinglero
La castísima Inés yace tendida.

Desgarra el tierno cuello roja herida;
No late el corazón, de amor venero;
Parece, al ver su rostro placentero,
Que en brazos de Jesús cayó dormida.

Con júbilo á la vez y pesadumbre,
En larga procesión, patricia gente
Llega, de cien antorchas á la lumbre.

Con sus alas, en tanto, reverente
Un Angel, que no ve la muchedumbre,
Acaricia de Inés la yerta frente.

VI.

INÉS EN LA GLORIA.

En la huérfana Quinta Nomentana,
Al reciente sepulcro, en santa vela
Las noches á pasar, la parentela
De la Mártir acude una semana;

Y en alba nube apareciendo ufana
Al fúnebre convoy, que honrarla anhela,
Con celeste visión Inés consuela
Mostrándoles su gloria soberana.

Un Cordero más blanco que la nieve
Trae á sus pies, mientras virgineo coro
En torno suyo plácido se mueve;

Y *cese*, dice, *el funerario lloro:*
Himnos de gracias vuestro labio debe
Cantar, *que en trono refulgente moro.*





SAN LORENZO, MÁRTIR.

I.

EL DIÁCONO Y EL PONTÍFICE.

¡Oh santo Sacerdote! ¿A dó caminas
Sin tu Diácono fiel? El sacrificio
No sueles ofrecer sin mi servicio:
¿Por qué al morir, oh Padre, me abominas?

¿Hijo tuyo no soy? ¿De las divinas
Aras me aleja indignidad ó vicio?
A tu ministro prueba en el suplicio;
De Cristo ve si olvido las doctrinas.

—¡Hijo! No te abandono. A ti mayores
Combates guarda el cielo soberano;
A tu viejo Pastor menos dolores.

Tú seguirás, triunfante del tirano,
De la tercer mañana á los albores,
Joven Levita, al Sacerdote anciano.

II.

EL MÁRTIR Y EL TIRANO.

De oro vestido y purpurina estofa,
Mientras arde Lorenzo en la parrilla,
El tirano feroz desde alta silla
Canta á Vulcano sanguinaria estrofa.

De su verdugo el Diácono se mofa;
Y aunque bajo su pecho el fuego brilla,
La frente del Levita no se humilla,
Y al vil perseguidor así apostrofa:

«Ponme en el plato ya, que bien asado
Está mi cuerpo: de tu trono baja
Y cébate en manjar tan delicado.

»No espere tu codicia otra ventaja:
De la Iglesia el tesoro han colocado
Mendigos mil en la celeste Caja.»





SANTA ÁGUEDA, VIRGEN Y MÁRTIR.

I.

LA HECHICERA AL AMANTE.

Conquistar á la virgen es delirio
Que para esposa tu poder reserva;
Ni griego filtro, ni trinacria hierba
Domarla pueden, ni veneno asirio.

No sé qué talismán ú oculto lirio
(Así lo llama) con afán conserva,
Que mis virtudes mágicas enerva;
No sé qué palma busca de *martirio.*

Fué vano de mis hijas el ejemplo;
Fué vana la mansión de largos meses
De la diva Citeres en el templo.

Si no quieres sufrir nuevos reveses,
Mejor es que la asustes (yo contemplo)
Del verdugo y lictor con los arneses.

II.

LA VIRGEN AL PRETOR.

Vanos serán tus filtros y pociones
Para la que ama á Dios, tierna doncella:
Contra una virgen tu poder se estrella;
No temo tus tormentos ni prisiones.

Si me arrojas á tigres y leones,
Mansas las fieras seguirán mi huella:
No harán las llamas en su cuerpo mella
Si en hoguera voraz á Agueda pones.

Amante soy del cándido Cordero,
Que entre azucenas de sin par blancura
Pace tan sólo en el celeste otero.

Tu Ceres odio y tu Ciprina impura,
Ni de tu Vesta mancillarme quiero,
¡Quinciano! con la mística impostura.

III.

LA MÁRTIR Y EL APÓSTOL.

¿Quién eres tú, que el lacerado seno,
Que verdugo feroz, dando al olvido
El materno alimento, me ha partido,
Vinistes á curar, de encantos lleno?

A carnal medicina siempre ajeno
Fué mi cándido cuerpo, y sólo cuido
De no manchar mi virginal vestido
Del mundo vil con el impuro cieno.

—No temas. Soy el Príncipe, hija mía,
Del glorioso apostólico Senado;
Tus llagas á sanar Cristo me envía.

¡Bendice á tu Señor! Bien has luchado.
La verde palma te dará otro día
Que, atleta varonil, has conquistado.

IV.

ERUPCIÓN DEL ETNA.

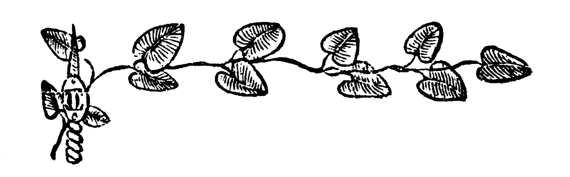
La hora sonó. Del irritado cielo
La burlada clemencia al fin acaba:
Voraz torrente de encendida lava
Sobre Catania vierte el Mongibelo.

La mísera ciudad en hondo duelo
A Dios invoca, á su patrona alaba,
Y, á guisa de pendón, piadosa clava
En el alto volcán de Agueda el velo.

A su contacto el Etna se estremece;
En lánguido suspiro el trueno muda,
Y su candente falda reverdece.

¡Oh siciliana virgen! A ti acuda
El cuitado mortal. Seguro ofrece
Remedio al pecador tu santa ayuda.





SAN SEBASTIÁN.

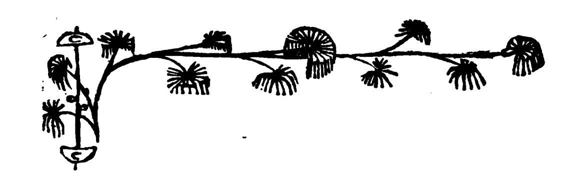
Joven esbelto, con atadas manos,
De augusta faz y angélica hermosura,
Desnudo ved entre la turba impura
Yacer de los salvajes pretorianos.

Atraviésanle dardos africanos;
Sangre tiñe su pálida blancura;
Roja aureola en derredor fulgura,
Que deslumbra á los bárbaros paganos:

Con débil pie se acerca vacilante,
Y de oro henchida, á los soldados tiende
Oculta mano, trémula matrona.

Del joven toca el seno palpipante,
Y al serafín que rápido desciende
Arrebata la mística corona.





JUDIT Y HOLOFERNES.

¡Silencio, maliciosos! La divina
Gracia á Judit omnipotente escuda,
Aunque al asirio cubren y á la viuda
Un mismo pabellón y una cortina.

En la mesa del jefe se reclina
La hermosa hebrea, y brinda, y lo saluda,
Y seductora en aceptar no duda
La copa que Holofernes le propina.

Con miradas de amor dulce lo halaga,
Y con los suaves trinos de su boca
Más que con vino al sitiador embriaga;

Mas sin manchar de su viudez la toca,
Sólo con sangre del infiel apaga
El fuego necio y la arrogancia loca.





JUDIT VENCEDORA.

¡Loor al cielo, que al infiel humilla!
Dentro su propia tienda de campaña
Al jefe inicuo de la gente extraña
La cabeza corté con su cuchilla.

Dobla, Israel, conmigo la rodilla:
Si negra sangre mis vestidos baña,
De mi viudez la castidad no empaña,
A Dios lo juro, la menor mancilla.

Cuando en busca del Príncipe enemigo
Atravesé el asirio campamento,
El ángel del Señor iba conmigo.

Él me guardó en el crítico momento;
De sus alas torné bajo el abrigo:
¡Gloria al Señor, que me prestó su aliento!





EL SUMO SACERDOTE Á JUDIT.

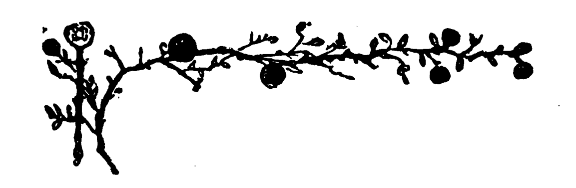
Deja que bese tus divinas plantas,
Luz de Betulia, de Israel señora:
Bendita tú, que, fuerte y vencedora,
De los asirios el poder quebrantas.

Bendita tú, que el ánimo levantas
De un pueblo á quien el pánico devora:
Agradecido Joacim te adora
Y te proclama santa entre las santas.

Cual luce entre las pálidas estrellas
De luna llena el disco refulgente,
Entre las hijas de Sión descuellas.

¡Oh madre, oh reina, oh de consuelos fuente!
En el sagrado polvo que tú huellas
Déjame al menos estampar mi frente.





EL CORSARIO DRAGUT.

Mustia la faz y roja la cabeza,
El labio seco, el párpado caído,
Yace Dragut, á su pendón asido,
Delante la cristiana fortaleza.

El musulmán á flaquear empieza
Viendo á su noble general tendido;
Y el moribundo jefe da un gemido
Mirando de su gente la flaqueza.

Súbita suena aclamación festiva,
Y allá en San Telmo vese de repente
La media luna desplegarse altiva.

Vuelve su rostro el capitán doliente,
Débil exhala un apagado *viva*,
Y hunde en el polvo su marchita frente.





EL CONDESTABLE BORBÓN.

Ved cuál los muros de la augusta Roma
Ejército corona numeroso:
Al fiero jefe contemplad airoso
Que entre la hueste sitiadora asoma.

Ved cuál la escala formidable toma
Atrás dejando su corcel brïoso:
Miradlo cuál asciende valeroso
Y á bravos mil armipotente doma.

Ya sobre el alto muro, trïunfante
Clava el pendón, cuando arcabuz lejano
Le da alevoso prematura muerte.

El orbe todo sus hazañas cante;
Pero jamás, oh Franco Coriolano,
Patriota alguno llorará tu suerte.





ULISES.

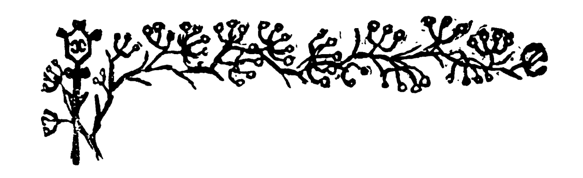
¡Sirena deleitosa de los mares!
Bella es tu voz, fascinador tu acento.
Frágil mortal, desfallecer me siento
El eco al escuchar de tus cantares.

¡Apártate! Mis dioses, mis altares
Olvidaré si mírote un momento;
Si á hablarte llego, faltaráme aliento
Para correr en pos de mis hogares.

¡Compañeros, huid! Cerrad los ojos;
Los oídos llenad de blanda cera
Si no queréis de Venus ser despojos.

Luchar con las Sirenas es quimera;
Quien combatir intenta, halla sonrojos;
Huya veloz quien la victoria quiera.





AYAX.

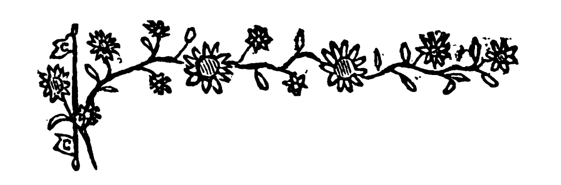
Recibe ufano el elocuente Griego
La fuerte lanza y el divino escudo
Del lidiador á quien domar no pudo
Ni brazo de héroe ni femíneo ruego.

Ayax, en tanto, ya de rabia ciego,
Ruge feroz ante el concurso mudo,
Ya al triunfante rival mira sañudo,
De las pupilas arrojando fuego.

Desnuda, en fin, con furibunda mano
La espada que trocar en balde quiere,
Y se traspasa el corazón insano.

Sus ojos, al caer, el brillo hiere
De la armadura que fraguó Vulcano,
Y al sabio Ulises maldiciendo, muere.





NÍOBE.

De tanta prole Níobe orgullosa
A la augusta Latona desafía;
Rayos el cielo vengador envía
A castigar á la Tebana hermosa.

Sin abatir la frente ante la diosa,
Contempla de sus hijos la agonía;
Presencia inmóvil, con mirada fría,
De sus hijas la muerte congojosa.

Pero la última cae; y su alma fuerte,
Doblegándose al fin á peso tanto,
Amargo lloro la cuitada vierte.

Miran los dioses su mortal quebranto,
Y en duro mármol Jove la convierte,
De donde mana inagotable llanto.



TRADUCCIONES

DE ANACREONTE.



ODA II.

LAS MUJERES.

Duro casco al caballo dió Natura,
Y con astas, del toro armó la frente;
Al león regaló filoso diente,
Pies á la liebre, de sin par soltura.

Nadan los peces en la linfa pura;
Vuelan las aves por el claro ambiente;
Sagaz, profunda, valerosa mente
Es del varón la espléndida armadura.

¿Y qué? ¿No resta ya á Naturaleza
Qué dar á la mujer? ¡Ah! Le destina
El arma más terrible: la belleza.

Todo poder á la beldad se inclina:
Lanza, escudo, acerada fortaleza,
Aun el fuego voraz ella domina.

ODA III.

EL AMOR MOJADO.

I.

Era una noche tempestuosa y fría.
Allá en el Septentrión, con pie ligero
La *Osa Mayor*, del celestial *Boyero*
Hacia la izquierda mano se movía.

Tras sus fatigas, el mortal dormía
Acá en la tierra, cuando Amor artero,
En medio de terrífico aguacero,
Vino á llamar á la morada mía.

—¿Quién á turbar mi plácido reposo,
A tan extrañas horas se presenta?
Exclamé entre mohino y receloso.

—Abre, me respondió, ¿qué te amedrenta?
Un niño soy que, errante y temeroso,
Se quiere guarecer de la tormenta.

II.

A compasión me mueve su quejido,
Salto del lecho, enciendo mi linterna,
Y, sin pensar, de la mansión paterna
Abro las puertas al rapaz de Gnido.

Junto al hogar de calentarlo cuido;
Lo siento con amor sobre mi pierna,
Mientras secando va mi mano tierna
El sedoso cabello humedecido;

Sus manecitas pongo en mi regazo,
Y al enjugar la espalda, con asombro
Miro dos alas de gentil plumaje.

Un arco le descubro bajo el brazo,
Y una aljaba, que cuélgale del hombro,
Y forma sola su sencillo traje.

III.

Enjuto y reanimado por el fuego
Que en mi flamante hogar chisporrotea,
De mi seno se aparta, y juguetea
El niño alado que llamamos ciego.

Su aljaba y arco sin temor le entrego,
Y —*Deja*, exclama, *déjame que vea*
Si servirán aún en la pelea,
Ó inútiles están con tanto riego.

Mírame: con certera puntería
Una saeta al pecho me dispara,
Y añade con sarcástica alegría:

—*¡Oh huésped! ¿No me das los parabienes?*
Es bueno mi arco, vuela bien mi vara;
Pero tú el corazón herido tienes.

ODA IV.

Á SÍ MISMO.

Entre los mirtos recostarme quiero
Y el floreciente loto; desceñido
El manto y el carcaj, venga Cupido
A servirme entretanto de copero.

Cual rueda de cuadriga, huye ligero
El tiempo; y en ceniza convertido,
Bajo la tierra quedará escondido
El cuerpo de este vate vocinglero.

¿De qué me servirá bálsamo y flores
Derramar en el suelo, ó en la piedra
De mi tumba grabar mis alabanzas?

Aquí mi frente ungid: dadme licores,
Coronadme de pámpanos y hiedra
Antes de ver las infernales danzas.

ODA V.

LA ROSA.

La rosa de los cándidos amores
Mezclemos con el néctar de Lieo.
Será la dulce rosa nuestro arreo
Al libar sus espléndidos licores.

¡Oh rosa, la más bella de las flores!
¡Oh de la primavera alto trofeo!
Aun del Olimpo deleitar te veo,
¡Oh rosa! á los celestes moradores.

Cuando danzar el hijo de Citeres
Se digna de las Gracias con el coro,
Adorno ¡oh rosa! de sus rizos eres.

Dadme cien rosas y mi lira de oro,
Y venid á bailar, lindas mujeres,
Ante el altar de Baco, á quien adoro.

ODA VII.

LA CARRERA.

Esgrime el niño Amor vara ligera
De jacinto; mi espalda azota blando,
Y con voz infantil, pero de mando,
Me ordena que lo siga en su carrera.

Volamos á través de la pradera,
Y mil torrentes rápidos cruzando
Y abismos, en el bosque venerando
Entramos de la plácida Citera.

Me baña el trasudor; caigo rendido
Sobre la hierba, y qüe se escapa siento
El alma de mi labio adormecido.

En desamparo tal, dándome viento
Con sus alas, me dice el buen Cupido:
—*¡Qué! ¿Ya ni para amar tienes aliento?*

ODA IX.

LA PALOMA.

I.

—¿De dónde vienes, cándida paloma?
¿Qué numen ha vertido ese que exhalas
De tu albo pecho y matizadas alas
Grato perfume de celeste aroma?

¿Quién eres? ¿A dó vas? ¿Qué rumbo toma
Tu vuelo? ¿Quién te manda, Jove ó Palas?
¿A qué cabañas ó doradas salas
Llevas la carta que en tu pico asoma?

—Es de amores no más la misión mía:
Hoy á la más gentil de las mujeres
Anacreonte rápida me envía.

Y si mi historia y dueño saber quieres,
En premio de una dulce poesía
Al vate insigne me donó Citeres.

II.

Por servir á mi dueño me desvelo,
Y suyo es el que ves, tierno billete;
La libertad en breve me promete;
Mas yo sin él la libertad no anhelo.

¿Es posible que al monte tienda el vuelo
Y á las silvestres frutas me sujete,
Cuando de Anacreonte en el retrete
Vivo dichosa, sin afán ni duelo?

Él con su mano el pan me despedaza,
Y cuando apura el néctar delicioso,
Hace que beba yo en su propia taza.

Con mis alas arrullo al cariñoso
Vate, en redor volando; y si me caza
El sueño, ahí en su lira me reposo.

ODA X.

EL CUPIDO DE CERA.

—¡Qué bello Amor de transparente cera!
¿Cuánto quieres, rapaz, por tu Cupido?
—Tómalo desde luego: sólo pido,
Señor, lo que tu mano darme quiera.

Decirte debo la verdad entera:
Ni artista soy, ni su escultor he sido;
Mas mi revuelto hogar, del dios de Gnido
La ingrata sociedad ya no tolera.

—Ten esta dracma, y al gentil infante
Pon en mis manos. Aunque astuto y ciego,
Compañero lo haré fiel y constante.

Ven, ¡oh Cupido! abrásame en tu fuego,
Ó á las voraces llamas al instante
Tu débil forma á derretirse entrego.

ODA XI.

EL DESAFÍO.

Rendido estoy. A Amor desobediente,
Puse, insensato, á sus preceptos traba.
Él con el arco y la dorada aljaba
Me provocó á la lid armipotente.

Yo con el yelmo coroné mi frente,
Tomé el escudo y empuñé la clava.
Segundo Aquiles ser me figuraba
Con mi coraza de metal luciente.

Todos sus tiros evité gallardo;
Y al ver Cupido su carcaj vacío,
Se disparó á sí propio como un dardo.

Agudo penetró en el pecho mío,
Y desde entonces en sus llamas ardo
Maldiciendo combate y desafío.

ODA XII.

Á UNA GOLONDRINA.

¿Qué quieres, vocinglera golondrina,
Qué quieres que severo haga contigo?
Tú propia elige el ejemplar castigo
Que merece tu charla matutina.

¿Perder las raudas alas más te inclina,
Que del halcón te ponen al abrigo,
O cual Tereo, de tu pico amigo
La lengua arrancaré, que tanto trina?

Tranquilo reposaba hacia la aurora
Y á mi lado miraba en grato ensueño
Al hijo que perdido mi alma llora.

Llegaste á mi ventana; y con empeño
Empezando á trinar, tu voz canora
Me arrebató á la par Batilo y sueño.

ODA XIV.

Á SÍ MISMO.

Tu pie vacila; trémula tu mano
Se mueve, Anacreonte; eres ya viejo.
Mira, si no lo crees, en el espejo,
Tu frente calva y tu cabello cano.

De alegres mujercillas coro insano
Así me da sarcástico consejo,
Sin advertir que de pulsar no dejo
Con diestra firme el plectro soberano.

Si ya toda cayó mi cabellera
O alguna hebra quizá quedó adherida,
Ni me importa, ni sé, turba parlera.

Sí sé que de la tumba aborrecida
Cuanto más cerca me hallo, más debiera
Correr tras los placeres de la vida.

ODA XVIII.

LA COPA DE PLATA.

¡Eminente escultor, nuevo Vulcano!
Quiero que en esta lámina argentina
Ostenten á la par su arte divina
Tu buril y tu ingenio soberano.

No vayas á forjar yelmo troyano:
La destructora guerra no me inclina.
En vez de fuerte escudo ó cota fina,
Un cáliz bien profundo haga tu mano.

No me grabes en él constelaciones,
Ni Pléyades, ni Carro, ni Boyero.
¿Qué me importan á mí los Septentriones?

Vides, racimos incrustados quiero,
Y un lagar do las uvas á montones
Huellen Baco y Amor su compañero.

ODA XXXII.

LOS AMORES DE ANACREONTE.

Las olas de la mar y las arenas
Cuenta, desde la playa al horizonte:
Cuenta las hojas del Idalio monte,
Y á mis amores llegarán apenas.

Veinte, y quince además, marca en Atenas.
¿Te place que hasta Acaya me remonte?
De los triunfos del Teyo Anacreonte
Están las calles de Corinto llenas.

De Jonia á Lesbos y de Caria á Rodas
Rindiéronse á mi amor dos mil beldades.
—¡Cómo!—Guarda el papel, aun no están todas.

¿Las conquistas de Cánope no añades,
Y las que la dulzura de mis odas
Ganó en las Indias y el lejano Gades?

ODA XXXV.

EL NIDO DE AMORES.

Vienes cada año, amada golondrina,
A hacer tu nido en el ardiente estío;
Tornas al Nilo al empezar el frío,
O á Menfis te diriges peregrina.

Forma, entretanto, el hijo de Ciprina
Nido perenne dentro el pecho mío,
Y de amorcillos el enjambre impío
Copioso en todas épocas germina.

Unos el cascarón rompen apenas,
Otros ya se ejercitan en el vuelo,
Otros ya tienen las aljabas llenas.

El grandecito educa al pequeñuelo,
Y éste al que ayer nació. ¿Pueden mis penas
Entre parvada tal hallar consuelo?

ODA LIII.

LOS AMANTES.

Hierro candente, del corcel veloce
El anca pingüe doloroso sella,
Y lo distingue la indeleble huella,
Aunque entre muchos el bridón retoce.

De nada sirve que la faz emboce
El lidiador; por la tïara bella
Que en su cabeza fúlgida descuella
El guerrero de Partia se conoce.

Así, á primera vista, en el semblante
Descubro yo á la niña enamorada
Y el secreto adivino del amante.

La que en el corazón llevan grabada
Marca sutil de llama fulgurante,
Al encendido rostro se traslada.

ODA LIV.

LA VEJEZ.

Canas mis cejas; blanco mi cabello;
Mi barba se tornó color de nieve;
Mi dentadura lánguida se mueve
De la vejez mostrando el triste sello.

Pasó fugaz el tiempo dulce y bello
De la florida juventud; y en breve
La adusta Muerte sin remedio debe
Con pesada segur tronchar mi cuello.

Lloro al mirarme del sepulcro encima.
¿Cómo queréis que viendo la apacible
Vida escaparse, de pavor no gima?

¡Hórrido abismo, Tártaro terrible!
¡Cuán fácil es bajar hasta tu sima!
Pero el subir de nuevo es imposible.

ODA LX.

Á DIANA.

¡Diosa gentil, de ciervos cazadora,
Blonda prole de Jove, alma Dïana,
De las fieras agrestes soberana,
Y de los bosques única señora!

Oye mi voz, que tu favor implora,
Y ven benigna á la región lejana
Do el Leteo veloz, con furia insana,
Hace girar su linfa bramadora.

A recibir el férvido homenaje
De esta ciudad, henchida de valientes,
Tu excelso numen del Olimpo baje.

Yo te ruego que aquí tu trono asientes:
No son un pueblo rudo ni salvaje
Los que hoy inclinan á tus pies sus frentes.

ODA LXIII.

Á UNA YEGUA.

¡Yegua de Tracia, honor de la pradera!
Si llego á ti con palpitante seno,
¿Por qué relinchas tú con voz de trueno
Y, mirándome torva, huyes ligera?

¿Te parezco poltrón? Sabe, altanera,
Que te pondrá mi mano rienda y freno,
Y sobre ti lanzándome sereno,
Te haré girar en rápida carrera.

Pace libre por hoy: alegre salta
Sobre la hierba, en tu feraz retrete,
Que con mil flores primavera esmalta.

No tardará en llegar hábil jinete
A domeñarte. Goza mientras falta
Quien á la silla y carro te sujete.



EPIGRAMAS GRIEGOS.



EL CUPIDO DE PLATA.

Cubres en vano tu virgíneo pecho
De la virtud con el brillante escudo.
Soy poderoso, y aunque ciego y mudo,
Sigo tus pasos y sagaz te acecho.

De los dardos sin fin con que pertrecho
Mi dorado carcaj, ¿quién huir pudo?
¡Alerta, esquiva niña! Arpón agudo
Ya te disparo, al corazón derecho.

¿Ves cuál te derribé? Mi alada caña
Tu seno atravesó de parte á parte,
Y sanguíneo raudal tu veste baña.

Ni á Esculapio llamar, ni al fiero Marte
Pienses. Herida tal sólo restaña
Diana gentil, ó de Minerva el arte.

AMOR CORONADO.

DE MARIANO ESCOLÁSTICO.

—¿Dónde has dejado tu arco, buen Cupido?
¿Dó tus alas están? ¿Dónde las flechas
Que al corazón del hombre van derechas,
Y la antorcha que á mil ha consumido?

¿Has olvidado tu carcaj en Gnido?
¿Bajo nuevo disfraz por qué me acechas
Y tres coronas en la mano estrechas,
Mientras otra tu sien ha circüido?

—No soy hijo de Venus, ni me llamo
Cupido. Soy Amor que al cielo guía:
Las almas puras con mi fuego inflamo.

Cuatro virtudes á la frente mía
Tejen coronas. Hoy el áureo ramo
Ciño de la inmortal Sabiduría.

Á AMOR DORMIDO.

DE ESTATILIO FLACO.

Duermes, ¡oh niño! que al mortal despierto
Penas y angustias inplacable infieres;
Duermes ¡funesta prole de Citeres!
Entre las flores del Idalio huerto.

Duermes, no hay duda: desarmado y yerto
Te miro y sin carcaj; pero Amor eres.
Con tu punzante dardo ya no hieres,
Y hasta la antorcha que te falta advierto.

¡Otros se engañen viéndote dormido!
Mi vigilancia tu sopor no quita,
Rapaz soberbio de la infausta Gnido.

Maléfica visión quizá te agita,
Y alguna trama, digna de Cupido,
Aun entre sueños tu ánimo medita.

DE ANTIPATRO SIDONIO.

Plátano seco soy, oh caminante;
Mira mi tronco deshojado y yerto
Por el follaje y pámpanos cubierto
Con que en redor me enlaza vid amante.

Mis propios ramos extendí arrogante;
Asombro fuí del monte y del desierto:
Ni aunque prestada y nueva, es hoy por cierto
Mi veste menos rica y abundante.

Sírvate de modelo mi ventura;
Y al enlazarte con humana esposa,
Busca virtud y amor, más que hermosura.

¡Feliz si tu consorte cariñosa
Te abriga fiel en la vejez madura
Y presta sombra á tu funérea losa!

IMITACIÓN.

DE ZONA SARDIANO.

Dejad, blondas abejas, la colmena;
Libad el néctar de exquisito aroma
Que entre las hojas del jazmín asoma,
Y la uva negra y la violeta llena.

Bebed de la amapola y la azucena
El dulce jugo, y la sabrosa goma
Que en redor nutre la cidonia poma,
Y el zumo que destila la verbena.

Tornad á vuestra plácida guarida
Y la cera labrad, para el servicio
Del santo Dios, que de vosotras cuida.

Arderá en su incrüento sacrificio
Vuestra labor; pero alimento y vida
En recompensa os doblará propicio.

Á UNA ESTATUA DE DIDO.

La efigie ves de la infelice Dido,
De majestad radiante y de hermosura:
Bien representa el mármol mi figura;
Muy mal la historia mi ánimo ha fingido.

Ni á Eneàs vi jamás, ni el fementido
Entró conmigo en la caverna obscura;
Ni me arrojó de Troya la captura
De Libia al litoral desconocido.

El himeneo y el odiado yugo
De Yarbas por huir, vibré con saña
La espada, y de mí propia fuí verdugo.

¡Oh Musas! ¿Contra mí de ira tamaña
Por qué al casto Virgilio armar os plugo
Que así mi nombre y mi pureza empaña?

LA NODRIZA.

DE FILIPO DE TESALÓNICA.

Tres bellos hijos regalé á Fileno,
Amante madre y adorada esposa;
Y en breve tiempo, ¡oh cielos! triple fosa
Cavé á los frutos de mi casto seno.

Brindé mi pecho, aun turgente y lleno,
De otras entrañas á la prole hermosa,
Esperando que el hado más dichosa
Ser me dejara con el niño ajeno.

¡Con cuánto afán lo alimenté! ¡Con cuánto
Cariño lo velé! ¡Vana esperanza,
Que acrece sólo mi fatal quebranto!

Mío lo llamo apenas, cuando lanza
La Muerte el dardo fúnebre; y mi llanto
A otra madre infeliz también alcanza.

EPITAFIO DE UN PASTOR.

DE LEÓNIDAS DE TARENTO.

¡Pastores que pacéis en la colina
Blanco ganado de vellón vestido!
Un pequeño favor humilde os pido
Por la Tierra y la casta Proserpina.

Resuene, do mi cuerpo se reclina,
De los corderos vuestros el balido,
Y al desnudo peñón, zagal garrido
Venga á pulsar su fístula argentina.

Con las primeras flores mano hermosa
Bella guirnalda para mí entreteja
Y orne con ella mi funérea losa.

Regad con leche, al ordeñar la oveja,
Mi tumba, en fin: sin recompensa honrosa
Jamás un muerto los favores deja.

EPITAFIO DE UN NÁUFRAGO.

DEL MISMO.

¡Ay! No te lances á la mar de Atlante,
Fiado en tu barco sólido y velero:
Destruye con un soplo el Noto fiero
La nave más robusta en un instante.

El que aquí yace, osado navegante,
Víctima fué del huracán de Enero,
Quedando sumergido el marinero
En las ondas del piélago espumante.

Mas en el patrio suelo ya disfruta
De alto sepulcro, y fúnebres honores
La parentela triste le tributa.

Templó, por fin, la suerte sus rigores,
Y su cadáver á la playa enjuta
Arrojaron los vientos bramadores.

EL PAPAGAYO.

IMITACIÓN.

Las rejas de oro y la feliz clausura
Rompió á la par de jaula y de convento
Loro hablador de sin igual talento,
Delicia y propiedad de virgen pura.

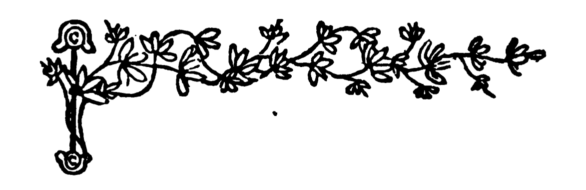
Y del nativo bosque en la espesura,
Con fiel remedo del humano acento,
En derredor atrajo ciento y ciento
Papagayos de apuesta donosura.

En alto ramo de la selva umbría
Empezó á modular con aire grave
El saludo del Angel á María:

El verde coro repitió süave
Del maestro las notas á porfía,
Y hoy todos cantan de Gabriel el AVE.



ENVIANDO MI RETRATO.



I.

Á UN POETA.

Esa que ostento despejada frente,
Esa sonrisa y juvenil mirada,
Ocultan ¡ay! una alma acongojada
Y un corazón que el exterior desmiente.

La que en mi pecho brilla refulgente
Pequeña cruz, de piedras adornada,
Atorméntame más y es más pesada
Que la que lleva al hombro el delincuente.

¿El anillo lucir veis en mi dedo?
Es manantial perenne de dolores
Que á quien no los sintió, decir no puedo.

De vuestra alegre Musa entre las flores
La triste efigie conservad, ALFREDO,
Del último y menor de los Pastores.

II.

Á UN RELIGIOSO.

¡Dichoso tú, que en el claustral retiro
Ignoras del malvado la perfidia,
Y satisfecho gozas sin envidia
De la paz monacal por que suspiro!

Tu amigo, en tanto, en incesante giro
Contra el hereje y el salvaje lidia;
Me cansa el mando, el brillo me fastidia,
Y el báculo á entregar tan sólo aspiro.

Pues no permite Dios que frente á frente
En sabroso coloquio, cual antaño,
Mis cuitas y pesares hoy te cuente,

Mi triste imagen te dirá, MONTAÑO,
Que la pena mayor que mi alma siente
Es ver al lobo en mi infeliz rebaño.

III.

Á UN SACERDOTE, EL DÉCIMO ANIVERSARIO DE SU PRIMERA MISA.

Diez años hace que por vez primera
Te condujo al altar mi amante mano
Do la reliquia santa el fiel Romano
Del Angélico Luis grato venera.

A ti después la suerte lisonjera
Te ha sonreído; á mí á país lejano
Me trajo Dios á predicar en vano
A gente que su nombre no tolera.

Mas el que nos unió, fraterno nudo,
En Inglaterra y en el suelo Ausonio,
Nuestra varia misión romper no pudo.

Y aunque abrazarte no me es dado, ANTONIO,
Mi nueva imagen llevará el saludo
Que de mi amor te mando en testimonio.

IV.

Á UN CORTESANO.

¿De mi gesto barbárico te asombras?
¿Te admira el ver mi montaraz ropaje,
Y sonriendo, á augusto personaje
É infausta fecha con malicia nombras?

El mismo soy que séricas alfombras
A tu lado pisé con rico traje;
La voluntad de Dios me hizo salvaje,
Y hoy moro de la selva entre las sombras.

Del Señor todo puede el llamamiento:
En nómade convierte al cortesano
Y al párvulo de atleta da el aliento.

Si Él te manda bajar del Vaticano,
Verás que un buen pastor puede contento
Vivir entre el hereje y el pagano.

V.

Á UNA DAMA AL VOLVER DE TIERRA SANTA.

No te asuste esa barba de rabino,
Ni me declares del Oriente azote;
Esa tostada faz y ese bigote
No son de musulmán ni de beduino.

Reconoce al devoto peregrino,
Venera al misionero y sacerdote,
Que acaba de saltar del raudo bote
Que lo trajo del suelo palestino.

Del Tabor he subido á la eminencia;
He navegado á Mágdala y Betsaida;
Llegué de Tierra Santa á los confines.

Mas siempre el mismo soy que aquí en Flo-
Cuando eras niña, te llevó, ADELAIDA, [rencia,
De Bóboli á los mágicos jardines.

VI.

Á PERSONA DESCONOCIDA.

¿El rostro contemplar del vate quieres
Que imitando á Teócrito y Virgilio
Cantó en romance el Siciliano Idilio
De Adonis en loor y de Citeres?

A gallardo mancebo ver no esperes
Que, acepto de las Musas al concilio,
De erótico laúd con el auxilio
Busca la admiración y los placeres.

Mi efigie te dirá cuánto te engañas:
Pastor, mas no de Arcádico ganado,
Es ese IPANDRO cuyo nombre extrañas.

De místico redil Jefe y Prelado,
Mientras cuido mi grey en las montañas
Canto muy poco, y con rabel prestado.

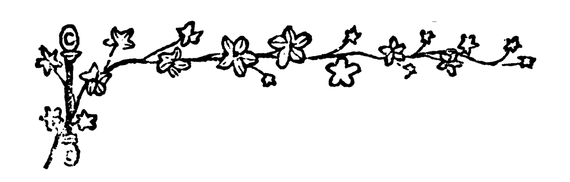


Á VARIOS

DEDICÁNDOLES LA VERSIÓN MÉTRICA DE LOS

IDILIOS DE TEOCRITO

CUYOS TÍTULOS SE EXPRESAN.



Á UN POETA.

TIRSIS Ó LA CANCIÓN DE DAFNIS.

Dulce de Dafnis el divino llanto,
Dulce de Tirsis la gentil avena;
Dulce tu voz en mis oídos suena,
¡Vate querido, de mi patria encanto!

Sabes que lenitivo á mi quebranto
Pido á la Musa: la floresta amena,
Ó bien la playa de la mar serena
El son escucha de mi triste canto.

Pero ya pulse caramillo griego,
Ya mi tosco rabel gimiendo taña,
Me faltan ¡ay! tu numen y tu fuego.

El primer eco de mi agreste caña
Te consagra mi amor. Borra, te ruego,
Cuanto su lustre original empaña.

Á OTRO.

LOS SEGADORES.

¡Cantor de Leila, y de aves y de flores,
Cuya inspirada voz más suave trina
Que el eco de la tierna golondrina,
Mensajera que fué de tus amores!

Los himnos de los mismos *segadores*
Que interpretó tu fístula argentina,
Al modular mi Musa, á ti se inclina
Indulgencia pidiendo y no loores.

Temblé, pulsando la sonora caña
Que de tu labio el perfumado aliento,
Más dulce que la miel, sabroso baña:

Me fué preciso repetir tu acento,
Y temo que de Pan la justa saña
Me condene á terrífico escarmiento.

Á UNA DAMA.

EL VAQUERILLO.

No sólo una castísima Susana
Recuerda altiva la nación hebrea,
Ni sólo destrozó de Amor la tea
La que nombre te dió, virgen romana.

En Sicilia también ninfa pagana
El cinto desgarró de Citerea:
Tu probada amistad la égloga lea
Que vierto para ti, ¡viuda cristiana!

Es una flor de fraternal cariño,
Que quisiera añadir á la corona
Que en tu frente he admirado desde niño.

Ya virgen, ya vïuda, ya matrona,
Dura cual roca, pura como armiño,
La trompa de la Fama te pregona.

Á OTRA.

LA RUECA.

¡Mujer insigne, varonil matrona,
Luz de tu pueblo, de tu hogar delicias,
Como la esposa del Milesio Nicias,
Cuya virtud Teócrito pregona!

Tú, que ya el arco vibras de amazona,
Y ya la rueca plácida acaricias,
Oh Carolina, dame las albricias:
Hoy nueva *Rueca* mi amistad te dona.

No es de marfil, ni delicado torno
La pulió girador de Siracusa
Del rojo Mongibelo junto al horno.

Es rica perla de la griega Musa,
Que de tu casta frente para adorno
Traslado al Tamesí desde Aretusa.

Á UN CURA PÁRROCO.

LOS GEMELOS.

La historia de dos fuertes adalides
Que el Bucólico Príncipe sublima,
Y yo describo en castellana rima,
Te mando al par que el himno que me pides.

Y que antes que llegáramos, no olvides,
Del sacerdocio á la anhelada cima,
Nos deleitaban la variada esgrima
Y del atleta las robustas lides.

Recuerda, amigo, los Britanos juegos
En que de mí alcanzabas la victoria
Con risa de estudiantes y labriegos.

De nuestra adolescencia la memoria
Aviven los que canto, idilios griegos,
Por pasatiempo, y no por sed de gloria.

Á OTRO.

LOS PESCADORES.

Mira á dos *pescadores*, buen Darío;
Que en despoblar el piélago se empeñan,
Y en medio á su pobreza, en vano sueñan
Con peces de oro en su falaz navío.

Tal fué tu suerte y el destino mío:
Los versos que te mando á ambos enseñan
Que si dorados peces nos desdeñan,
No hay que perder en nuestra pesca el brío.

No al avaro Epulón; á quien aflige
Mendicidad, las puertas de los cielos
Abre el Señor que el universo rige.

A la gloria entrarán los pequeñuelos,
¡Oh de almas cazador! A ellos dirige
Tus redes, y tu caña, y tus anzuelos.

Á UN AMIGO.

EPITALAMIO DE HELENA.

¿Qué sierra ó valle bélico te esconde,
O en qué palacio cortesano brillas?
¿Sirves al tierno Rey de las Castillas,
O en ocio blando duermes, oh Vizconde?

Sea que mores en tu España, ó donde
Yo te dejé, del Sena en las orillas,
Prendas serán mis églogas sencillas
De que mi amor al tuyo corresponde.

Si entre el que nos encubre hórrido caos,
Los que te mando cánticos nupciales
Pueden llevar americanas naos,

Sabrás que ante mis ojos, á inmortales
Elenas y á gloriosos Menelaos,
Mi buen Narciso y Carmen son iguales.

1876.

Á UN GOBERNANTE EN 1874.

PANEGÍRICO DE TOLOMEO.

De Carlos sigues las amadas huellas,
De ti modelo, de mi casa origen:
Cuantos la nave del Estado rigen,
Surgen y pasan, mientras tú descuellas.

Cesan, por ti, del pobre las querellas;
Nunca, por ti, las guerras nos afligen:
Tú haces que el orden y la paz cobijen
Con rico manto tus comarcas bellas.

Por ti las minas brotan abundantes;
Los campos aran infinitos bueyes:
Tus villas pueblan ricos traficantes.

Un modelo te doy de antiguos reyes:
Síguelo, y el mejor de gobernantes
A despecho serás de inicuas leyes.

Á MI HERMANA SOR***

DESTERRADA EN 1874.

AMARILIS.

¡Triste Amarilis! Fiel á tu bandera,
Abandonaste el suelo mejicano,
Huyendo de las garras del tirano
Que asolador en nuestra patria impera.

Si no me permitió la suerte fiera
Estrechar al partir tu dulce mano,
¿Del que te llora ausente, vate hermano,
Acogerá la voz tierra extranjera?

Con el laúd del griego Simiquida
De otra *Amarilis* canto los desdenes
Que á su amador odiaba empedernida.

Así del mundo los caducos bienes
Desdeñas tú; y á tu Señor unida,
La fe jurada férvida mantienes.

Á TRES HERMANAS.

LAS SIRACUSANAS.

¡Arminda bella, Filis elocuente,
Piadosa Nice, vírgenes galanas
Que entre las flores respiráis ufanas
Del Marañón el perfumado ambiente!

La ofrenda recibid de amigo ausente,
Y de mi libro en las doradas llanas,
Permitidme que á dos *Siracusanas*,
De Egipto moradoras, os presente.

Las calles recorred de Alejandría:
Ved á una reina, de virtud ejemplo,
Munífica y hermosa, grande y pía.

Grandes así y hermosas os contemplo,
Cuando á despecho de la turba impía
Con ricos dones decoráis el templo.

Á UN MÉDICO.

No trueques la simbólica serpiente,
Que hora en tu mano con placer sujetas,
Por el arco de amor y las saetas
Con que te brinda Erato complaciente.

Corre el estadio de la ciencia, ardiente,
Hasta llegar á sus lejanas metas;
Y entonces el laurel de los poetas
Circunde verde tu gloriosa frente.

Extingue el fuego que tenaz te inflama;
Resuene poco tu colgada lira;
Olvida, amigo, á tu hechicera dama:

Cuando llegares do tu pecho aspira,
Desfoga entonces tu amorosa llama
Y fiel celebra á tu adorada Elvira.

AL MISMO,

DEDICÁNDOLE, VEINTE AÑOS DESPUÉS, «EL CÍCLOPE», QUE DEDICÓ TEÓCRITO AL MÉDICO-POETA NICIAS.

Es tiempo ya que tu cansada frente
Coronen los laureles del Parnaso,
Y alegre llenes tu dorado vaso
De Aganipe dulcísima en la fuente.

Sin dejar de Esculapio la serpiente
Sigue, por fin, con atrevido paso
Las huellas de Marón y Garcilaso,
Pulsando la zampoña juntamente.

El sabio Nicias tu modelo sea
A quien mandó Teócrito su amigo
La que te doy, canción de Galatea.

Feliz seré, si al repetir contigo
El Idilio que en griego me recrea,
Que te deleite en español consigo.

Á UNA NIÑA

ENVIÁNDOLE LOS BUCÓLICOS GRIEGOS.

Cuando la nieve en derredor blanquea,
Y las últimas hojas arrebata
El huracán que horrible se desata,
Y el cielo con fragor relampaguea,

Al calor de la ardiente chimenea,
En resguardar las flores, que aun no mata
Del invierno crüel la saña ingrata,
Empeñosa la niña se recrea.

Del olvido en salvar así me afano
Las flores de mi Musa, hoy que el invierno
Hiela mi corazón y ata mi mano.

Forma con ellas mi cariño tierno
Un ramillete que te ofrezco ufano
En prenda cierta de mi amor paterno.

Á LA MISMA.

REGALÁNDOLE LAS ODAS DE PÍNDARO.

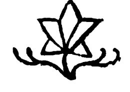
Fueron las Musas de mi edad primera
El inocente amor y dulce encanto,
Y embelleció su deleitoso canto
De mi vida la alegre primavera.

En mi azarosa pastoral carrera
Ellas secaron mi copioso llanto;
Mas hoy á su beldad causan espanto
Las canas de mi escasa cabellera.

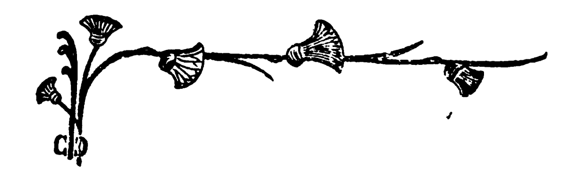
Ya que mi lira, abandonada y rota,
Se niega á repetir las harmonías
Que prodigara en época remota,

En vez de los cantares que pedías
Á un corazón cuyo raudal se agota,
Recibe estas añejas melodías.

1892.



RECUERDOS Y MEDITACIONES
DE UN PEREGRINO
EN EL CASTILLO DE MIRAMAR
EN OCTUBRE DE 1876.



I.

MIRAMAR EN 1876.

Sepulcro de doradas ilusiones,
Terror de las modernas monarquías,
Ostentas hoy, cual en mejores días,
Tus muros y almenados torreones.

Corona azteca vanidoso pones
En pórticos y vastas galerías,
Y de Méjico al águila confías
Tu regia alcoba y mágicos salones.

¿Mas dó el Príncipe está que sér y fama
Te diera, y nombre de fatal dulzura?
¿Dó la que fué tu luz, augusta dama?

Encubre á aquél sangrienta sepultura,
Y á la infeliz Princesa, en lenta llama
Quemando va terrífica locura.

II.

EL ARCHIDUQUE.

Aquí lo conocí. Con palpitante
Seno, en este magnífico recinto
Al Vástago imperial de Carlos Quinto
Por la primera vez llegué delante.

Brillaban en su traje de almirante
Sobre el pecho el Toisón, la espada al cinto.
¡Qué majestad! De mármol de Corinto
Parecía su pálido semblante.

Entre sus guardias de elevada talla,
Y áulicos gigantescos, el Hapsburgo
Cual Ayax ó Saúl sobresalía.

A Aquiles igualar en la batalla,
En el consejo á Minos y á Licurgo,
A Néstor en el trono, prometía.

III.

TRES AÑOS DESPUÉS.

¡Ay! Ya lo vi después. ¡Cuán diferente
Del Príncipe magnánimo y hermoso
Que respiraba *aquí*, libre y dichoso,
Del Adriático mar el fresco ambiente!

Los ojos sin fulgor, yerta la frente,
Atravesado el pecho generoso,
No por hostil acero victorioso,
Mas por el plomo de comprada gente.

Así el Hapsburgo exánime yacía,
Hecha pedazos la valiente mano
Que aun al morir favores repartía.

En torno al ataúd, vulgo profano
Y soldadesca ruda escarnecía
Al muerto Emperador Maximiliano.

IV.

LA PRINCESA.

Esta es la regia alcoba: ahí la mesa
Miro de mármol y de entalle añejo,
Do reclinada con gentil despejo
Aguardaba la bella Archiduquesa.

Yo desde aquí la contemplaba, presa
Mi alma de admiración; aquel espejo
Retrataba con vívido reflejo
El manto y la diadema, obra francesa.

¡Ah! ¿Cómo no admirarla? Encantadora
Estaba la deidad resplandeciente
Que íbamos á aclamar reina y señora.

¿Del tiempo quién así la marcha siente?
Fugaz momento fué la feliz hora
Que de la augusta dama estuve enfrente.

V.

EL JURAMENTO.

¿Es sueño? ¡Aquí otra vez! Nada ha cam-
Tapices, cuadros, techo, pavimento, [biado;
Todo lo reconozco: el regio asiento,
El sérico dosel y rico estrado.

Aquí el Abad, ahí Él, Ella á su lado,
Enfrente estaba yo (¡grato momento!)
Cuando el sacro espontáneo juramento
Prestó sobre el Volumen Inspirado.

¡Cuánto augurio de paz! ¡Cuánta esperanza
Al oirlo exclamar: *Por Dios yo juro*
De Méjico labrar la bienandanza!

¡Patria feliz! (pensé). Jamás perjuro
Un Hapsburgo será. Mas ¿quién alcanza
A descifrar el porvenir obscuro?

VI.

EL ORATORIO.

¡Señor! Tus juicios reverente adoro,
Y en la desierta, lúgubre capilla
Del solitario Alcázar, la rodilla
Doblando humilde, por mis Reyes oro.

¡Cuán otra en aquel día! Del sonoro
Órgano, de la Europa maravilla,
Aun oigo el eco, y á mis ojos brilla
La cera ardiendo en los blandones de oro.

¡Con qué fervor el Ambrosiano canto
Entonábamos todos! ¡Con qué fuego
Dimos gracias á Dios por favor tanto!

Resto de aquella Corte, solo llego,
Y á fúnebre salmodia mezclo el llanto
Con que su trono ensangrentado riego.

VII.

EL 19 DE JUNIO DE 1867.

¡Desventurada raza mejicana!
Mandar no sabe, obedecer no quiere:
Al que aclamaba rey, voluble hiere;
Al que hoy ensalza, abatirá mañana.

¡Victoriosa facción republicana,
No goces, no! MAXIMILIANO muere,
Mas en tu seno sobra quien impere
Con despótica vara y ley tirana.

Después del que hora sacudir te plugo
Con infanda traición, otro más grave
Romperá tu cerviz, sangriento yugo;

Y nunca satisfecha, harás que clave
Siempre nuevos puñales el verdugo,
Y roja tumba á tus señores cave.

VIII.

EL PAÑUELO.

¡Qué recuerdos excitan en mi mente
Sus prendas y su hogar! ¿Qué miro, oh cielo!
Su cifra..... la corona..... es el pañuelo
Con que antes de morir limpió su frente.

¿Cuál héroe, qué filósofo no siente
Un instante de amargo desconsuelo,
Cuando con mano de pesado hielo
Toca su faz la Parca de repente?

Del cadalso al pisar la primer grada,
El rostro se enjugó, y al Crucifijo
Lanzó, lleno de fe, tierna mirada;

Y el lienzo dando al sacerdote, dijo:
Llegue esta prenda á ti, ¡madre adorada!
Con el postrero trasudor de tu hijo.

IX.

¿FUÉ TRAICIÓN?

De una felicidad siempre ilusoria
Buscaba en vano Méjico la senda;
Yerro tras yerro, culpas sin enmienda,
Guerra y guerra no más: tal fué su historia.

¡A cuántos elevó desde la escoria
El torbellino de civil contienda,
Que del gobierno al empuñar la rienda
Sin provecho cayeron y sin gloria!

Campo, Comercio, Foro, Artes, Milicia,
Sangre plebeya, noble, azteca, hispana,
En el poder mostraron su impericia.

¿Y habrá de ser traidor quien á lejana
Región pide EQUIDAD EN LA JUSTICIA
Para la triste patria mejicana?

X.

¿FUÉ LOCURA?

De conocida fruta la figura
Observo aquí doquier. Mas escudriña
Mi vista, y hallo más la Índica Piña
En cuadros, en relieve, en escultura.

Mas no concedió al Príncipe Natura
Verla fructificar en la campiña
Do el olivar y la fecunda viña
Hace crecer constante Agricultura.

La planta, fruta ó flor, que bajo el cielo
Del trópico nació, pompa y fragancia
Hallar no puede entre el austriaco hielo.

¿Y no se llamará candor de infancia
El transplantar al mejicano suelo
Un Príncipe alemán y usos de Francia?

XI.

«NON TI FIDARE.»

¡Oh Príncipe! ¿dó vas? ¿Qué espesa bruma
Engañadora tiende ante tus ojos
Adverso Numen? Cesen tus arrojos,
Y torna antes que el rayo te consuma.

¡Oh, vuelve á Miramar! De Moctezuma
El solio, que te ofrecen los antojos
Del pérfido francés, trono es de abrojos,
Cáliz que guarda hiel bajo la espuma.

Odia á tu noble casa Bonaparte.
Aunque cetro te dona, desconfía:
Témelo, aun hoy que protección te imparte.

¡Ay del troyano que en los griegos fía!
Escondida hallará con púnico arte,
Bajo el manto Real, la soga impía.

XII.

CARLOTA EN VERACRUZ.

No es esta playa de abrasada arena
La que en mis sueños vi, tierra encantada;
Ni encuentro en esa atmósfera pesada
La brisa que esperé, de aromas llena.

Cual doble funeral, lánguida suena
Solitaria campana. El gozo nada
Manifiesta en la calle despoblada.....
¡No reveléis, oh lágrimas, mi pena!

¿Dó las turbas están al trono fieles?
¿Dó las aclamaciones y el rüido,
Los arcos de trïunfo y los laureles?

¡Ay! ¿Por qué abandoné mi patrio nido?
¡Ambición de reinar! ¿á dó me impeles?
¡Usurpador Francés! ¿dó me has traído?

XIII.

MORIR COMO CRISTIANOS.

«¡Aun es tiempo, Señor! El férreo muro
Que lentamente en derredor avanza,
Romper podrán mi brazo y vuestra lanza,
Y al campo libre saltaréis seguro.

»La venta horrible del traidor perjuro
Quizá deshaga aún nuestra pujanza:
La desesperación es la esperanza
Única que nos queda en tanto apuro.

»¡Ay si caemos vivos en sus manos!
Se acerca su veloz caballería.....
¡Ea, señor, morir como romanos!»

Un anciano guerrero así decía,
Y—*No, mejor morir como cristianos*,
Replicando el Hapsburgo, se rendía.

XIV.

APOLOGÍA.

Borró con el martirio el gran Cipriano
Sus cartas al Pastor de los Pastores;
Del santo Hermenegildo los ardores
Y rebelión, en sangre ahogó el arriano;

De María de Escocia, el inhumano
Patíbulo, lavó yerros y amores;
Y con sangriento velo sus errores
Cubrió el EMPERADOR MAXIMILIANO.

Y si á la Estuardo lloro, ¿quién lo extraña?
¿Quién, si mi incienso en los altares arde
Al mártir de Cartago ó al de España?

¡Dejad que de ensalzar haga hoy alarde
Al regio mártir! Ya nada lo empaña:
¿Quién su memoria insultará cobarde?



VARIOS.



Ni pido gloria, ni riquezas quiero,
Ni dominar imperios ambiciono;
Morir desdeño en elevado trono
Llorado del magnate y del guerrero:

Negra sotana al esplendor prefiero;
Del poderoso anhelo el abandono:
Luchar deseo con el rudo encono
De hereje altivo y ateísta fiero.

Quiero buscar del bárbaro un asilo
En medio de selvático follaje;
Vivir allí entre afanes y sudores:

Hambre sufrir y desnudez tranquilo,
Y á manos del indómito salvaje
Morir, en fin, con hórridos dolores.



ADIÓS Á MI CIUDAD NATAL.

Cava, infelice, tus avaras minas,
Cubierta siempre de ansiedad y espanto,
Y con sudor y codicioso llanto
El oro riega que afanosa hacinas.

Del Arno yo á las márgenes divinas
Mi dulce lira pulsaré entretanto,
Ó solitario elevaré mi canto
De Roma entre las plácidas rüinas.

A ti tal vez potente foragido
Te arrancará tu espléndido tesoro
Y dejará tu suelo enrojecido.

Yo viviré sin conocer el lloro,
Ni en su furor codiciará el bandido
Mi pobre canto y mi rabel sonoro.

VUELTA AL HOGAR PATÉRNO.

¡Cómo sufrió mi corazón ausente!
¡Cómo de gozo férvido palpita
Hora que ya mi planta te visita,
Bello lugar de mi niñez rïente!

¡Tu prado, qué magnífico! Esa fuente
Que el céfiro gentil süave agita,
¡Cuántos recuerdos en mi mente excita;
Cuántas heridas abre juntamente!

Así, tan puro, su cristal corría
Cuando á la luz de la callada luna
Mi madre sus canciones repetía.

El arroyuelo, el fresno, la laguna,
Todos se muestran á la vista mía:
Sólo mi madre..... ¡oh pérfida fortuna!

ADIÓS AL MARAÑÓN.

Antes que en brazos del destino impío,
Y desafiando al huracán y al trueno,
Prestados lares en hogar ajeno
Busque á través del piélago bravío,

Recibe, oh claro y cristalino río
Que te deslizas á mis pies sereno,
Recibe grato en tu paterno seno
(Ofrenda postrimera) el llanto mío.

Y no te asombre, oh Marañón, si ahora
Mi corazón agita pena extraña
Y el varón fuerte en tu ribera llora.

Sabe que tu corriente mansa baña
La dulce casa do mi padre mora;
Por eso el llanto mi pupila empaña.

EN LA MUERTE DE MI PADRE.

I.

No me fué dado ni cerrar sus ojos,
Ni recoger su postrimer aliento,
Ni acompañar al triste monumento
De mi adorado padre los despojos;

Extraño sacerdote oró de hinojos
Ante su lecho en el fatal momento,
Mientras á Europa me llevaba el viento
De alto deber, no fútiles antojos:

Y cuando me alejaba amarga ausencia
De mi afligido hogar, hirió con saña
Su cansada cerviz letal dolencia.

¡Ah! ¿Por qué de la muerte la guadaña
No detuvo ¡oh Señor! tu omnipotencia
Mientras tornaba á mi natal montaña?

II.

De frescas flores su funérea losa
Si con guirnaldas á adornar no llego,
Ni las adelfas diligente riego
Que mano fraternal plantó en su fosa;

Mi ungida mano esfuérzase piadosa
Del Purgatorio en mitigar el fuego,
Con el agua lustral, y con el ruego
Que hace á Jesús su Inmaculada Esposa.

Rosas de salmos, blancos azahares
De mortificación, rojos claveles
De actos de caridad traigo á millares.

¡Angeles del Señor! Recoged fieles
Las flores que coloco en sus altares
Entre ciprés y místicos laureles.

III.

No solo yo su pérdida deploro,
Ni solo el familiar círculo estrecho;
En derredor del mortüorio lecho
Vertió de la orfandad el triste lloro.

Oid cuál gime agradecido coro
De pobres mil y mil, cuyo derecho
Hizo triunfar con indomable pecho
Quien gloria fué del mejicano foro.

Al ver lucir la funeraria tea
Mirada de inquietud en torno lanza
Desde su templo solitario Astrea:

El manto rasga, rompe la balanza,
La cabellera mesa, el rostro afea;
Que á la virgen también mi luto alcanza.

IV.

Dos eran mis amores en el mundo:
Ajeno al brillo, sordo á los placeres,
Mi afecto concentrábase en dos seres:
Mortal el uno, espíritu el segundo.

Hirió á mi padre el golpe furibundo
De la implacable Parca: tú no mueres,
¡Angel Custodio! y desde entonces eres
Único sér en quien mi dicha fundo.

Mirarte no me es dado; mas yo siento
Que velas tú por mí. ¿Son ilusiones?
Aun me parece respirar tu aliento.

¡Oh centro de mis puras afecciones!
Mientras yo vivo, á tu celeste asiento
No pretendas volar. ¡No me abandones!

Á UN GLOBO AEROSTÁTICO.

¡Símbolo fiel de la fortuna mía,
Oh de frágil papel gigante globo!
Al mirarte ascender, en dulce arrobo
Mi atribulada mente se extasía.

Así entre flores empecé yo un día,
Cual tú al abrigo del laurel y el pobo,
Á inflarme y subir; y en vano el lobo
En desgarrarme se empeñó á porfía.

Alzarme hasta las nubes quise luego;
Y cuando en alto me juzgaba el mundo,
¡Ay! se extinguió de súbito mi fuego.

Caí precipitado en lo profundo;
Y con el llanto amargo en que me anego,
El monte, el llano y la pradera inundo.

EL ÁNGEL DE LA FORTALEZA.

Me derrocó el Señor en su justicia,
Como al antiguo Job, de mi alto asiento;
Y me tornó en oprobio en un momento
Del pueblo de que fuera honra y delicia.

Me sumergió del mundo la malicia
En piélago fatal de hondo tormento;
Y, presa de profundo desaliento,
Perdido me juzgaba en mi impericia.

Un ángel me tendió la fuerte diestra,
Y volviendo hacia mí su dulce rostro,
Me hizo triunfar de nuevo en la palestra.

¡Espíritu! á tus plantas yo me postro;
De amor, de gratitud, pide una muestra;
Por mi ángel salvador todo lo arrostro.

LA ESTRELLA DEL MAR.

Abrasador el sol, lejos la orilla,
Boga mi nave por el mar de Atlante,
Y el Ángel de la Muerte va delante
Con rojo alfanje, que desnudo brilla.

Lo esgrime vengador; y la amarilla
Asoladora fiebre, en un instante
Al marinero audaz y al caminante
Sepulta sin piedad bajo la quilla.

La gente en balde por socorro clama:
Salir en vano del bajel pretendo,
Y huir del fuego que tenaz me inflama.

Las manos con fervor al Cielo tiendo,
Y la Estrella del mar su luz derrama,
Y huye á su vista el Querubín tremendo.

FALLAX EQUUS AD SALUTEM.

¡Señor! Tan sólo en tu socorro fío
Para las duras marchas y campañas
Que por desiertos y ásperas montañas
En bien emprendo del rebaño mío.

Ni el invierno me arredra ni el estío;
Por tierras propias voy y por extrañas;
Pero si Tú, buen Dios, no me acompañas,
Es vano mi valor, vano mi brío.

¿Qué me sirvió mi fuerza y lozanía?
Cual flor que el viento arranca de su tallo
Dolencia aguda me abatió en un día.

¿Qué me valió mi indómito caballo?
Cayó al cruzar agreste serranía,
Y por tierra con él postrado me hallo.

MAGDALENA.

I.

Donceles mil de plácidas maneras,
De heroico porte y de gallardo brío,
El que te vió nacer, fecundo río
Produce en ambas fértiles riberas.

Habla, y la mano te dará quien quieras.
¿Qué no podrá tu garbo y señorío?
Mas no perturbes al esposo mío,
Ni por quien tuyo no es, de amores mueras.

Mira en su dedo, oh niña, la sortija,
De la jurada fe místico sello:
A otro amador tu corazón elija.

¡Ay si á tocar te atreves ni un cabello!
¡Ay si en su rostro tu mirar se fija!
Súbita muerte segará tu cuello.

II.

¡Blanca paloma, que de amor sedienta
Rompiste el nido, y desvïando el vuelo
Senda fatal te abriste sin recelo
Por aire impuro, que áspides alienta!

Cuando empezabas á gozar contenta
Del dulce objeto de tu infando anhelo,
Te derribó sin vida por el suelo
De fiero cazador flecha sangrienta.

¡Tórtolas que saltáis de rama en rama,
Presto bajad! ¡Venid, oh mariposas,
Que en torno revoláis de ardiente llama!

Ved el cadáver, y aprended llorosas
Que muerte y perdición Amor derrama
En quien suspira por ajenas rosas.

III.

No oréis por ella, oh niñas. ¿Qué aprovecha
Verter, do ya no está, funéreo llanto,
Si el alma á la mansión de eterno espanto,
De su cuerpo al salir, bajó derecha?

Madre infeliz, que en lágrimas deshecha
La tumba riegas de quien fué tu encanto,
¿Por qué en su corazón, de amor no santo
Entrar dejaste la homicida flecha?

Mancebo que al hechizo no supiste
Huir de su mirada seductora,
Luto por ella no, cilicio viste.

Y tú, infernal ministro, que en malhora
Unión vedada sancionaste triste,
Su muerte no, tu propio crimen llora.

IV.

¡Aun es hermosa! Cual de mármol Pario
Se ve á la luz de osciladora tea,
Y de su cuerpo la esbeltez no afea
El que la envuelve, fúnebre sudario.

¡Callad, profanos! Ved que el incensario
Ante el altar propiciador humea,
Y que al cristiano féretro rodea
La augusta majestad del santüario.

Al precioso ataúd en torno moja
Agua lustral, y fervorosas preces
Mitigan de los deudos la congoja.

Tu fe proclama, oh niña, que mereces
Perdón. Llanto oportuno desenoja
A Dios, aunque ofendido muchas veces.

Á UN GENERAL.

Sigue blandiendo tu brillante acero,
Del malvado terror, gloria del justo,
Con ese brazo intrépido y robusto,
Del asesino espanto y del guerrero.

Blándelo, sí; mas no de Marte fiero
El bélico fragor é infando susto
A la mansión de paz lleves adusto,
Ni del rebelde huelles el sendero.

Sírvate sólo tu gloriosa espada
Para guardar los plácidos hogares
De la ciudad á ti y á mí confiada.

Y el que anudaron los paternos lares,
Vínculo dulce de amistad sagrada,
Al arrullo estrechemos de los mares.

AL GENERAL RIVA PALACIO,

MINISTRO DE FOMENTO.

Hijo á la par de Apolo y de Mavorte,
Del Sur luchando en la lejana tierra,
Al eco de tu cítara, á la guerra,
Cual Tirteo, llevabas tu cohorte.

Cantaba en tanto en la Romana Corte
Quien hora alegre, por llanura y sierra,
Su grey dispersa apacentando, yerra
En las fronteras del desierto Norte.

Unidos hoy, do juntan sus corrientes
El Tamesí y el Pánuco, en los mares
Antes de sumergir las verdes frentes,

Colguemos de los sauces seculares
Lira y zampoña; y tú construye puentes,
Mientras yo sueño en erigir altares.

1878.

TAMPICO.

Del Pánuco argentado en la ribera
Alza la frente encantador Tampico,
En opulencia y hermosura rico,
Joya sin par de la terrestre esfera.

Sombra le da la colosal palmera;
Y el bullicioso plátano, abanico;
Papagayos sin fin, de curvo pico,
Nutre en redor eterna primavera.

El azulado mar sus muros baña;
El sol siempre sus torres ilumina,
Y la bruma polar nunca lo empaña

¡Oh! Si lo viera la Deidad Ciprina,
De Idalia abandonara la montaña,
Y aquí fijara su mansión divina.

Á UNA DAMA

QUE VENDIÓ SUS JOYAS PARA ERIGIR UN ALTAR, ENVIÁNDOLE FLORES DE BETANIA Y DEL MONTE SIÓN, EL DÍA DE SU SANTO.

No es recogida en la floresta Idalia
La que te ofrezco, cándida azucena;
Ni Citera produjo esta verbena,
Ni Pafos la que ves fragante dalia.

Las cultivaron vírgenes de Galia
En Betania, y do fué la Última Cena;
Y en la casa de Marta y Magdalena
Para ti las corté, piadosa EULALIA.

En vez de la diadema refulgente
Que al Señor ofrecistes, hoy corona
Con flores de Sión tu casta frente.

La Mártir tutelar de Barcelona,
Cuyo nombre te dió la sacra fuente,
Esta guirnalda virginal te dona.

Á UNA NIÑA

EN SU PRIMERA COMUNIÓN.

—¡Mariposa gentil de raudas alas,
De vivos ojos é incesante vuelo,
Que al arco bello de nublado cielo
Con tus matices seductora igualas!

Dime: ¿qué significan esas galas,
Esa cándida veste y blanco velo?
¿Por qué la vista clavas en el suelo
Y suspiros de amor lánguida exhalas?

—Ya no soy la fugaz mariposilla
Que volaba á tus hombros cariñosa
Del Bravo turbio en la caliente orilla.

Plegué mis alas; me lavó preciosa
La sangre del Cordero sin mancilla,
Y hoy mi Jesús conmigo se desposa.

Á OTRA.

¡Lirio gentil de mi heredad ardiente
En cuyo tallo mi esperanza estriba,
Que en huerto ajeno la piedad cultiva
De tierna virgen, de la patria ausente!

Del cierzo crudo tu gallarda frente
El soplo abrasador nunca reciba;
Jamás agote la calor estiva
La que te riega, cristalina fuente.

Del que prefieres hoy, cercado süelo,
Ya te arranque feliz mano terrena,
Ya para sí te guarde el Rey del cielo,

Cándida y pura, y de fragancia llena,
Gloria del valle, del Pastor consuelo,
Consérvate, oh blanquísima azucena.

LA VIOLETA DEL VOLCÁN.

¡Celeste flor que lánguida te meces
Al pie de esa blanquísima montaña!
¿Cómo es que el crudo cierzo no te daña?
¿Cómo en Enero tan gallarda creces?

¡Viola gentil, dichosa tú mil veces!
Ni el ábrego ni el sol tu azul empaña;
Del segador no alcanza la guadaña
Al nevado volcán do te guareces.

Desde Julio marchítase la rosa;
En Diciembre buscar fuera delirio
La dalia ó la azucena primorosa.

Tú, superior al girasol y al lirio,
Resistes, tan modesta como hermosa,
De Orión al hielo y al calor de Sirio.

Á UN AMIGO

ENVIÁNDOLE MI CABALLO.

Este rojo corcel, bello y ligero,
De raudo trote y gigantesca talla,
No es un bridón de corte ó de batalla,
Ni regalo de rey ó de guerrero.

Es prenda de fogoso misionero
Que nunca sufre en su carrera valla;
Que á su Dueño y Señor todo avasalla,
Y hasta á través del mar se abre sendero.

Sobre él más de una cerca y más de un foso
Atrevido salvé. De más de un río
Y más de un bosque me sacó brïoso.

Móntalo, amigo; y en recuerdo mío
Guarda, mientras en Roma yo reposo,
El caro potro que á tu brazo fío.

AL VÉSPERO.

Estrella de la tarde, astro de amores,
¡Cuán refulgente brillas! ¡Ay! No en vano
Luz de Citeres te llamó el pagano
Al contemplar tus vivos resplandores.

Del gentilismo huyeron los errores;
Y ojo, lumbre, destello soberano
De la Virgen Deípara, el cristiano
Te apellida, cantando tus loores.

¡Véspero, que del bosque entre las hojas
Mil veces alumbrándome el camino
Calmaste mis afanes y congojas!

Cuando á cruzar el mar voy peregrino,
No ocultes, por piedad, ese que arrojas
Sobre las aguas, esplendor divino.

AL MAR.

¡Oh mar, que cuando airado te levantas
Naves sumerges, mástiles doblegas,
Y hoy mansamente á acariciar te llegas
Sobre la arena mis cansadas plantas!

¡Hermoso mar, que al pescador espantas,
Y, aunque la casa do nací no riegas,
Más que mis montes y nativas vegas
Con tu imponente majestad me encantas!

¡Oh mar divino! Si á tu numen grato
Ha sido alguna vez el canto mío
En que tus ondas límpidas retrato;

Si no te ofende el júbilo y el brío
Con que á tu seno de lanzarme trato,
Protege ahora mi veloz navío.

EN EL MAR PACÍFICO.

Llega rugiendo el huracán de Oriente,
Y atravesando la montaña y lago
De Nicaragua, el espantoso estrago
Comunica á los mares de Occidente.

Su fuerte soplo el piélago resiente,
Y alzándose feroz con rudo amago,
Su antiguo nombre de celeste halago
El Pacífico Océano desmiente.

El mismo, en tanto, que gentil corona
Otro tiempo tejió de humildes flores,
Cogidas ya en Salem, ya en Helicona,

Insensible del ponto á los furores,
En la agitada nave himnos entona
Del rayo á los terríficos fulgores.

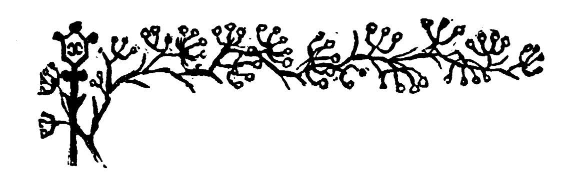
PLEGARIA EN LA PLAYA.

¡Angel divino, á cuya dulce guarda
Confió el Omnipotente estas riberas;
Cuya plegaria, en la región do imperas,
Los castigos de Dios templa y retarda!

¡Angel consolador, por quien gallarda
Se eleva, entre los cedros y palmeras,
Torre que las agujas altaneras
Vence de la Basílica Lombarda!

¡Santo Angel tutelar, por quien mi mano
En la orilla del mar firme coloca
La combatida enseña del cristiano:

Haz que, partido yo, la furia loca
De las olas y el viento azote en vano
La Cruz que hemos clavado en esta roca!



EN LA PIRÁMIDE DE CHOLULA.

I.

¿Qué mano tus hondísimos cimientos
Audaz abrió, pirámide famosa?
¿Quién elevó esa cúspide, que airosa
Iguala á los egipcios monumentos?

¡Oh! ¡De Titán sin duda tuvo alientos
El que eligió tu mole ponderosa!
¿Cubres, quizá, su funeraria fosa?
¿Volaron sus cenizas á los vientos?

¿Dónde nació? ¿De la remota orilla
Del Nilo bienhechor lo trajo acaso
Al Nuevo Mundo ignota navecilla?

¿Ó por Béring helado hallando paso,
La que aprendió en Babel, obra de arcilla,
Vino á imitar en la región de Ocaso?

II.

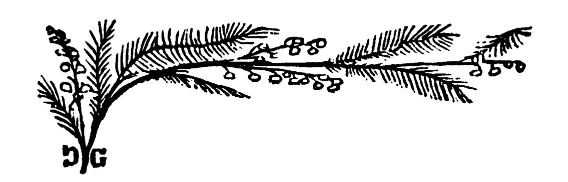
De la indómita raza de gigantes
Que pretendieron escalar el Cielo
Vástago soy: al mejicano suelo
Me arrojaron los Númenes triunfantes.

Prófugo y desterrado, fué, como antes,
Otro Babel edificar mi anhelo:
Los túmulos de Céops y de Belo
Apenas son á mi obra semejantes.

Del vecino volcán la ardiente lava
A recocer la inmensa muchedumbre
De mis nuevos ladrillos no bastaba.

Al sol entonce arrebaté su lumbre,
Y quise con Popoca y Orizaba
De mi montaña nivelar la cumbre.





ÍNDICE.

LIBRO SEGUNDO.

ELEGÍAS.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

SÁTIRAS.

LIBRO QUINTO.

LIBRO SEXTO.

SONETOS SAGRADOS, HISTÓRICOS Y MITOLÓGICOS.

TRADUCCIONES DE ANACREONTE.

EPIGRAMAS GRIEGOS.

Páginas.

ENVIANDO MI RETRATO.

Á VARIOS, DEDICÁNDOLES LA VERSIÓN MÉTRICA DE LOS «IDILIOS DE TEÓCRITO» CUYOS TÍTULOS SE EXPRESAN.

Páginas.

RECUERDOS Y MEDITACIONES DE UN PEREGRINO EN EL CASTILLO DE MIRAMAR, EN OCTUBRE DE 1876.

VARIOS.



Este libro se acabó de imprimir en Madrid,
en el Establecimiento tipográfico
«Sucesores de Rivadeneyra»,
el dia 15 *de Enero*
de 1896.



